Hendelie

sol amarillo



COLECCIÓN ARCOÍRIS

Sol amarillo

Colección Arcoíris

Hendelie



Créditos

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.

© 2025, *Sol amarillo*

© 2025, Hendelie

© 2025, Diseño de portada: Colección Arcoíris y Diego Bober

Has adquirido una obra publicada mediante autoedición. Gracias por apoyar el trabajo de los autores independientes.

Instagram: @hendelie_

Colección Arcoíris

Seis autoras. Seis novelas cortas, una por cada franja de la bandera LGBT. Seis colores. Seis historias diferentes y únicas con un nexo en común: el Café del Mar, ambientado en Sitges.

Como gatos al sol, Laura Sanz
Cuatro amigos, Nut
Sol amarillo, Hendelie
Fede y Federico, Nisa Arce
En otra vida, Roser A. Ochoa
Si fuera magia, Enara De la Peña

Amarillo

Representa la luz y la alegría. Simboliza optimismo, claridad y calidez. Sin embargo, en exceso, puede asociarse con la ansiedad o la cautela. Es un color que inspira actividad mental y energía positiva.

Índice

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho

Acerca de la autora

Capítulo uno

Lo malo



Octubre de 1997

A veces, la gente elige lo malo.

Elegimos fumar. Elegimos beber. Elegimos drogarnos.

Elegimos amar a un gilipollas, aunque nos decimos que el amor es incontrolable, que no se puede hacer nada cuando habla el corazón. Elegimos comer una hamburguesa en lugar de la ensalada que nos recomendó el médico porque está más rica. Elegimos cortarnos el pelo tras una ruptura y luego nos arrepentimos. Pasa a veces, somos imperfectos.

Hace falta mucho valor para elegir lo bueno. Cuando eliges lo malo, siempre puedes lamentarte después. Pero, si escoges lo bueno y aun así no te hace feliz, ¿qué haces con esa frustración?

No sé la respuesta porque a mí no me pasa. Algunos no podemos evitar ir siempre hacia lo malo. Hay una gravedad que nos empuja, una atracción retorcida que no puedo comprender. Yo soy de esos, lo hago mejor que nadie.

Por eso estoy en este tren, viajando a Sitges para el estreno de la película de Jon.

Debería haber olvidado ya a ese cabrón. Debería haber rechazado la invitación, decir que no podía ir, que estaba liado en

Madrid. Pero no lo he hecho, y no sé si soy un cobarde o un gilipollas masoquista. Supongo que las dos cosas.

Apenas recuerdo lo que hablamos cuando me llamó por teléfono. Estaba demasiado impactado. Dije mucho que sí, eso lo tengo claro. Demasiado. «Sí», «sí», «lo que quieras», «sí», como siempre me pasaba con él cuando estábamos juntos.

—Perfecto, entonces te mando la invitación. ¿Donde siempre? —preguntó.

Él daba por hecho que yo estaba en el mismo sitio, claro, sin avanzar, esperando su llamada como un idiota. Y no se equivocaba.

—Sí, donde siempre.

Esa debe ser una de las veinte cosas más patéticas que le puedes decir a tu ex.

Miro por la ventanilla. Pienso en hacer una lista, en poner una marca a cada una de ellas, porque seguro que yo las he dicho todas alguna vez. «Lo siento, es culpa mía», «perdona, no sabía que te sentías así», «claro que no me importa», «es verdad, nunca dijiste que fuéramos en serio», «no pasa nada, entiendo que no vengas».

Puto Jon.

El cristal semitintado me devuelve mi propia imagen superpuesta al paisaje: los ojos inquietos y oscuros, el pelo negro y rizado, la barba cerrada que, según mis amigos, me hace parecer un *hippie* de los setenta en vez del joven ambicioso que debería ser. La generación más preparada de España. Dispuesto a comerme el mundo. ¡Ja!

El traqueteo del tren me acuna. Afuera, el mar aparece y desaparece entre acantilados, azul intermitente entre las sombras grises de las rocas. Me recuesto en el asiento con la mirada perdida, preguntándome si alguien como yo podría realmente comerse el mundo y qué pasará cuando fracase (porque fracasaré). Hay algo que sí puedo vaticinar: Tami estará allí, y eso es un alivio.

Tamara es mi mejor amiga, o lo fue durante años, y dice que soy idiota. En realidad no lo ha dicho, pero su tono cuando le conté por teléfono que había aceptado la invitación sonaba bastante a «eres idiota».

—¿Cómo que vienes a Sitges? ¿Por la peli, la del Jon de los cojones?

Ella es así, malhablada, directa. Intimida a todo el mundo, sobre todo a los hombres, pero dice que eso le ahorra muchos dolores de cabeza.

—Te recuerdo que hice la banda sonora para la peli del Jon de los cojones y que estoy nominado a un premio.

—Ya, ya… Oye, te felicité, ¿verdad? ¡Espero que sí! Joder, estoy tan orgullosa de ti, niño… —Fue un instante de entusiasmo, luego volvió a gruñir—. Pero ten mucho ojo, no te acerques a él. No quiero que vuelvas a salir escaldado.

—Voy a tener que verlo —respondí yo, como si fuera inevitable.

Ella chasqueó la lengua y empezó a jurar en arameo.

—Mira, tú haz lo que quieras, Álex, pero luego no vengas llorándome.

—Pues claro que voy a ir llorándote. Para eso eres mi amiga, ¿no? Para aguantarme los llantos, ¿o qué clase de relación es esta?

Tras un segundo de silencio, Tamara se echó a reír.

—Sí, vale, vale. Pero te diré lo que va a pasar —añadió—: vas a venir al festi y vas a convencerte de que lo has superado, pero luego verás al puto Jon, te dirá cuatro cosas con su acento de Bilbao y ya está. Se te hará el culo agua de limón. Y te lo vas a follar, y te vas a ilusionar. Y te va a dar la patada, y vas a volver a Madrid sin premio, con el corazón roto otra vez y además sin tenerme a mí allí para secarte las lágrimas.

—Tía, eres una ceniza. Oye, y ¿por qué dices que voy a volver sin premio? ¿Es que no confías en mis posibilidades?

—No, si yo confío mucho, pero Michael Nyman…

—No me jodas, ¿también está nominado?

—¿Es que no lo sabías? ¿Ves? En el fondo te importa una mierda lo del premio —me reprochó, riéndose de mí—. Lo siento, niño, no te vas a comer un rosco. En fin, ¿cuándo llegas? Tendré que prepararte el cuarto de invitados…

Pienso en Tamara. Hace más de un año ya que no la veo en persona, desde que se mudó a Sitges, al antiguo piso de su abuela. Ahora va a acogerme durante los diez días del festival, y me va a

tocar aguantar lo mejor y lo peor de ella: sus chistes malos, su desorden, su entusiasmo y sus sermones. Y también otras cosas: los silencios extraños que tienen que ver con nuestro pasado en común y con el fantasma que nunca nos abandona.

Aparto la mirada de la ventanilla; la velocidad del tren me trae de pronto malos recuerdos y me crea un extraño hormigueo en el estómago, como el batir de las alas de un montón de murciélagos.

Suspiro, arrastrando mis pensamientos de nuevo hacia la conversación con Tami, la película y Jon. Lo más probable es que todo suceda como ella ha dicho. Lo peor de Tamara es que suele tener razón. Pero, en honor a la verdad, no es difícil acertar cuando se trata de mí, solo hace falta ponerse en lo peor.

Saco la invitación del bolsillo interior de mi chaqueta vaquera. Está dentro de un sobre blanco de papel satinado. Lo abro y extraigo el documento: ahí está la carta con la tarjeta identificativa y el cordón plano del que cuelga mi acreditación. Releo la carta por encima: mi nombre, el nombre de la peli —*Yellow sun*—, el nombre de Jon, mi nominación: «Alejandro Castañeda, mejor banda sonora».

Suspiro. Mejor banda sonora.

No, claro que no voy a ganar. Si tengo que competir ni más ni menos que contra Michael Nyman ya puedo olvidarme. Pero no es solo por eso. Aunque mis rivales fueran niños de sexto de EGB tocando el *Himno a la alegría* con la flauta dulce, estaría preocupado. El caso es que tengo muchas dudas. La música que compuse para la película no es tan buena, en realidad. Yo no lo creo, al menos. Ahora me parece aún peor porque me recuerda a él, cada nota, cada acorde.

Compuse la banda sonora en el piano de su piso. El que yo creía que era su único piso, antes de saber que también tenía una casa y que en ella vivían su mujer y sus hijos. Jon me decía que mi música era como yo: emocional, intensa. Nunca supe si era un cumplido o una burla. Eso me pasaba mucho con él.

Cierro los ojos, intentando ahogar su voz en mi cabeza, pero es inútil. Saco el discman, me pongo los auriculares y presiono el botón

hasta dar con la pista adecuada. *Don't speak*, de No Doubt, empieza a sonar y cierro los ojos, intentando dejar de pensar.

Pero no lo consigo, y los minutos pasan y cada vez estoy más sumergido en los recuerdos de nuestras noches juntos, de nuestros días compartidos, de sus besos y sus brazos… y de las mentiras descubiertas.

Ojalá fuera capaz de pasar página, pero tal vez es que no quiero. Es mi destino: siempre elijo lo malo.



La estación de cercanías de Sitges es pequeña, pero cuando bajo del tren está animada gracias al bullicio del festival. No soy el único que llega hoy: hay gente con maletas por todas partes, muchos guiris y algunas caras que me suenan; gente del mundillo a la que conozco y otra a la que seguramente acabaré conociendo en persona estos diez días. El sonido de las maletas rodando sobre las baldosas se mezcla con el rumor de las conversaciones y los acentos. Andaluces, vascos, ingleses, franceses, murcianos. Hay mucha gente, sobre todo hombres, pero también algunas chicas.

Respiro hondo. El aroma del mar se mezcla con el olor del tabaco y el combustible, ese perfume extraño, semialienígena, como a tecnología y humanidad, artificial y al tiempo familiar, que flota en los espacios liminales: estaciones de tren, aeropuertos, andenes de metro. A mi lado, un grupo de turistas se dispersa, riendo. Intento recordar la última vez que estuve aquí y me vienen imágenes de Tamara y Loïc. Sus voces, sus risas. Días de verano en la playa y cenas en chiringuitos, sol, luz y una alegría casi adolescente, pura, mejorada por el retoque digital de la memoria, que siempre lo hace todo más bonito de lo que fue.

Esos días no volverán, lo sé. El recuerdo de Loïc se me vuelve amargo en la memoria, llenándome de sombras. «Al menos me queda Tamara», pienso, resignado. Me cierro la chaqueta vaquera, agarro mi maleta y empiezo a caminar.

El trayecto hasta casa de Tami no es largo. Salgo de la estación y cruzo la Plaça Eduard Maristany, esquivando a una pareja que se hace una foto frente a la fuente. Tomo la Avinguda de les Flors y sigo recto hasta girar en Sant Bartomeu. Me detengo un segundo en la esquina: los edificios blancos con persianas de madera reflejan la luz pálida de la tarde, es octubre y el sol es bondadoso con el mundo. La brisa marina se desliza entre las calles mientras avanzo, cruzándome de vez en cuando con algún coche.

La calle de Pilar Franquet es tranquila, alejada del bullicio del centro. Llego al número 2 y exhalo un suspiro. «Estoy aquí», me digo, tratando de prepararme para lo que vendrá en los próximos días, para tantas emociones y encuentros que me producen más miedo que ilusión.

Llamo al telefonillo y mi amiga abre directamente, sin preguntar.

Entro al portal y veo que el ascensor está estropeado. Con una maldición entre dientes, agarro la maleta y subo la escalera a buen paso, sorprendido de mi propia agilidad. Después de que Jon me dejara, tuve algunos problemas de autoestima. Decidí empezar a hacer dieta e ir al gimnasio, y aunque no perdí mucho peso y mi barriga sigue ahí, redonda y evidente, es cierto que me puse más fuerte. Ahora puedo subir tramos de escaleras sin ahogarme, cosa que agradezco, porque Tamara vive en el cuarto.

Ella me espera con la puerta abierta.

—Vamos, que te pesa el culo.

—Lo que pesa es la maleta, pava.

Tamara ríe y viene a ayudarme, aunque antes me da un fuerte abrazo. Lleva el pelo recogido en un moño deshecho con mechones decolorados escapando por todas partes, una camiseta de Bon Jovi con las mangas recortadas y unos vaqueros por la rodilla.

—¡Ay, mi niño! Qué alegría verte. Qué guapo estás —dice acariciándome la barba con una enorme sonrisa—. Ven, entra. Lo tienes todo preparado.

—Te he traído una botella de vino.

—Esta noche cae —dice guiándome a lo largo de su minúsculo apartamento.

La casa de Tamara es un reflejo de su personalidad: caótica, identitaria, abrumadora. Hoy tiene las ventanas abiertas, pero no entra apenas ruido de la calle; Sitges es tranquilo pero además estamos en temporada baja y no hay tráfico en esta zona. Todo huele a pintura acrílica e incienso de sándalo. Hay libros en las estanterías, vídeos amontonados sobre la mesita de café, los Cuarenta Principales sonando en la radio, pósteres de grupos de rock y, por supuesto, sus cuadros: lienzos que reposan aquí y allá contra las paredes, algunos apenas empezados, otros ya convertidos en explosiones de color abstracto. También hay trastos incomprensibles por todas partes: un Curro enorme de peluche que siempre huele a goma, una bici de montaña, sillas plegables, una estatuilla de Buda.

—Te he puesto las sábanas de franela, que por la noche refresca, y tienes una manta por si acaso —va diciendo.

Me abre la puerta de la habitación de invitados, un pequeño cuarto con una cama, un armario empotrado y un póster de Queen en el que Freddie Mercury, con su inimitable chaqueta amarilla, canta a viva voz.

—Seguro que estoy bien, tranquila.

—Bueno, ¿y ese vino? —pregunta, risueña.

Dejo la maleta encima de la cama, la abro y saco la botella mientras ella aplaude, feliz.

—Qué fácil de sobornar —me burlo mientras nos dirigimos de nuevo al salón.

—Ven, siéntate —dice, apartando un montón de revistas del sofá y sacando dos vasos de Nocilla, vacíos y limpios, de un aparador donde guarda todo tipo de cosas sin sentido: pinceles, marcos de fotos y cristalería desigual—. Necesito que me expliques con qué energía vienes.

Me dejo caer en el sofá, que tiene salpicaduras de pintura en los reposabrazos.

—Pues con la normal. —Ella me mira, suspicaz—. Sé que no te gusta que esté aquí, pero con la nominación y todo eso... no podía no venir.

—Sí que podías. —Se levanta y corre hacia la cocina; regresa casi de inmediato con un sacacorchos en la mano—. En los últimos años te han invitado a tres galas y nominado a dos premios, que yo sepa, y te ha sudado los cojones.

—Nada era tan importante como esto —me justifico.

Tamara se sienta en el suelo y descorcha la botella con la facilidad de quien lo hace a diario. Me sirve un vaso sin preguntar y se lleva el suyo a los labios mientras me observa con esos ojos afilados, esperando que diga algo más, como si tuviera que confesarle un crimen o algo así.

—Tía, venga ya… ¿Es que no te alegras de verme?

—Claro que me alegro, pero preferiría que la causa no fuera el festival en el que el idiota que te rompió el corazón va a estar en el centro de todo.

Me encojo de hombros.

—No está en el centro de todo, y no iba a dejar de venir solo por él.

—¿Me puedes prometer que no estás deseando verlo de nuevo?

—Pues claro.

Nos miramos en silencio un momento. Ninguno de los dos sabemos si estoy mintiendo o no. Luego, Tamara suspira y se pone en pie.

—En fin, ¿has comido?

—Un sándwich en el tren.

—Eso no es comer. Te haré un bocata y luego me cuentas tu vida estos últimos meses, ¿vale?

La sigo con la mirada mientras va a la cocina. Hay algo reconfortante en su forma de moverse, en su brusca hiperactividad. Siempre ha sido así, desde niña. Suspiro y echo un vistazo alrededor, buscando fotos. No hay ninguna, ni de ella, ni de Loïc, ni de nosotros tres. No quiero preguntar, es una de esas cosas de las que no hablamos, pero ese vacío tiene tanta presencia como nosotros mismos. Suspiro, intento ignorarlo y me dedico a beber vino y disfrutar de la tranquilidad de su casa durante un rato, escuchando a Joaquín Luqui desgranar la lista de éxitos.

Al cabo de un rato, Tamara vuelve con un par de bocadillos de mortadela y una bolsa de patatas fritas que deja sobre la mesa con un gesto despreocupado. Se sienta en el suelo, como siempre, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en un sillón.

—Bueno, cuéntame cosas de Madrid. ¿Sigues viviendo en el mismo barrio?

—Sí, por suerte no me han subido el alquiler. A ver si vienes pronto, creo que te gustará. Es todo muy bohemio, muy de tu rollo.

—¿Y qué tal con el curro? —prosigue, sin responder a mi invitación.

—Bien. Sigo componiendo, ahora hago sobre todo *jingles* publicitarios y guardo algo de tiempo para mis propias obras, pero últimamente todo me suena a lo mismo.

Ella asiente con la boca llena.

—Es la crisis creativa de los treinta. Le pasa a todo el mundo.

—¿Sí? —inquiero curioso, cogiendo una patata de la bolsa.

—No. Me lo acabo de inventar, pero suena convincente.

Sonrío de medio lado y bebo un sorbo de vino.

—Bueno, aún me quedan un par de años para cumplir treinta y agobiarme con todo lo que no he conseguido. ¿Y tú? ¿En qué andas últimamente?

—Pinto cuadros para los guiris del Garraf y expongo aquí y allá por la costa. A ver si algún día me hago rica y dejo de vivir en este cuchitril.

Me echo a reír. El pequeño piso de Tamara es heredado, no tiene que pagar nada por él y por eso puede intentar hacerse una vida con su arte. No entiendo por qué querría renunciar a vivir en una casa gratis, pero supongo que tiene que ver con el afán de Tamara por conseguir las cosas por sí misma.

—Siempre has dicho que no te venderías al sistema… —la pico. Durante la adolescencia, Tami tuvo una breve etapa *punk* en la que estaba insoportable con los lemas anarquistas.

—Bueno, el sistema paga facturas, ¿no? Y me paga las entradas a conciertos. Por cierto, ¿has escuchado el último disco de Nick Cave? Está guapísimo.

Pasamos el resto de la tarde hablando de música y viendo películas antiguas. Tamara tiene una colección impresionante de VHS y elige *El último hombre vivo*, con Charlton Heston. La vemos con los pies sobre la mesa, haciendo comentarios tontos como cuando éramos adolescentes.

Entonces, de pronto, nuestro fantasma se cuela como una sombra.

—¿Te acuerdas de cuando Loïc nos hizo ver esta película tres veces seguidas? —comenta Tamara, riendo por lo bajo.

La miro de reojo con media sonrisa insegura.

—Sí. Decía que era «cine filosófico».

—Nunca conseguí convencerle de que la de Vincent Price era mejor. Puto Loïc. Era un pedante —dice ella, su voz tiene un matiz de nostalgia.

No respondo. Ella cambia de tema rápidamente, pero la presencia de Loïc se queda flotando en la habitación el resto de la tarde.

Cuando empieza a oscurecer, Tamara se levanta y se estira.

—Suficiente cine por hoy. Voy a salir a cenar, he quedado con unas amigas. ¿Te vienes?

La miro, algo sorprendido. Por alguna razón, pensé que pasaríamos la noche juntos, solos, hablando de nuestras cosas.

—No, gracias —digo forzando una sonrisa. Que haya hecho planes el día que yo llegaba me hace sentir extraño, como si sobrara —. Estoy cansado. Me quedaré aquí, si eso luego salgo a dar una vuelta para tomar el fresco.

—¿Seguro? Estás más que invitado —dice ella, pero a pesar de que sé que es sincera, no dejo de sentirme incómodo.

—Seguro, seguro. Pásalo bien.

—Vale… Pero si te quedas aquí, no te bebas toda mi botella de vino.

Me entrega una copia de las llaves con un llavero de Cobi, coge su chaqueta de cuero y desaparece tras la puerta con un gesto de despedida. Todo es rápido, fugaz, aderezado por sus comentarios igual de rápidos y fugaces, como disparos, y antes de darme cuenta me quedo solo en el apartamento.

Suspiro y pongo la tele. En *Crónicas Marcianas*, Javier Sardá entrevista a Juan Echanove mientras fingen que ha habido un apagón. Hablan de actores, actrices, directores y cine con un humor ácido que me arranca más risas de las que esperaba. Al final aparece Galindo, el actor enano que siempre da la réplica a Javier Sardá, y antes de la siguiente pausa publicitaria apago el televisor. Es probable que Juan Echanove esté mañana en la primera jornada del festival, presentan una película en la que ha participado.

De repente, me pongo muy nervioso. No sé qué pinto en esta ciudad, en este festival, donde voy a estar rodeado de gente famosa e importante, artistas que saben lo que hacen, no como yo.

De pronto se me seca la boca y la idea de quedarme encerrado aquí me resulta insoportable.

Me pongo en pie, cojo mi chaqueta, la bandolera de lona verde que siempre llevo conmigo, una botella de agua de la cocina y salgo al exterior. Necesito caminar.

Las calles, iluminadas por farolas de luz amarillenta, conservan la energía del día, aunque con un ritmo más pausado. Los ecos de risas y conversaciones en terrazas flotan en el aire junto al aroma de la brisa marina. Camino sin rumbo fijo, bordeando el paseo marítimo, adentrándome en callejuelas empedradas mientras pienso en Loïc, en Tamara, en Jon.

—¿De verdad te gusta lo que hago? —le pregunté a Jon mientras componía para *Sol amarillo*. La película era una coproducción francoespañola e inglesa, por eso el título oficial estaba en inglés, aunque a veces nosotros hablábamos de ella en español.

—¿Tú te crees que te habría contratado si no me gustara? —me respondió—. Vamos, hombre. Mi *Sol amarillo* es lo mejor que he hecho nunca, no habría cogido a cualquiera.

—¿No tiene que ver con que quisieras acostarte conmigo? —insistí yo.

Él se rio como si hubiera dicho una locura.

—Tampoco eres tan guapo.

—Ya lo sé —dije con sinceridad.

No entendía nada, ni por qué quería estar conmigo ni por qué quería mi música. Sigo sin entenderlo, por más que lo pienso, igual

que tampoco entiendo por qué me mintió.

El aire fresco me hace bien, igual que hundirme en los pensamientos melancólicos. El pasado me entristece, pero al menos no me pone nervioso, como el futuro, así que prefiero vivir ahí. Aflojo el ritmo de mi caminar y me dedico a pasear, perdido en mis recuerdos.

Deambulo sin rumbo a través de Sitges hasta llegar a una cafetería en la que no había estado antes, aunque la he visto de pasada varias veces. Tiene un gran ventanal y un letrero anticuado, estilo años setenta, sobre la puerta: Café del Mar.

Espío a través de los cristales. Parece un lugar tranquilo, uno de esos sitios pasados de moda y medio vacíos que invitan a tomar una copa, juguetear con las servilletas de papel y pensar más de la cuenta hasta que uno acaba haciéndose daño.

Y como yo siempre elijo lo malo, decido entrar.

Empujo la puerta, que conserva un acristalamiento color ámbar que me recuerda a los platos Duralex de casa de mis padres. El local me recibe con una agradable luz cálida y un perfume denso a madera y café, con el matiz punzante del gas de los barriles de cerveza. El rosetón de escayola en el techo sostiene una lámpara de araña envejecida; una escalera con barandilla de forja conduce a la planta superior, donde puedo entrever más mesas de mármol blanco. Es un sitio con historia, está claro, con esa decadencia elegante de los lugares que han visto pasar muchas vidas.

En la planta principal, una barra de roble larga y amplia domina el espacio. Las mesas pequeñas y las sillas de madera permanecen vacías en su mayoría. No hay mucha gente, solo ocho o diez parroquianos que beben en silencio o en parejas.

Por un momento me quedo quieto en la entrada, debatiéndome entre pedir un café o algo más fuerte. Tal vez una copa haría que los recuerdos de Jon, de Loïc, de todos mis errores, dejaran de atormentarme, al menos por un rato.

Entonces, de pronto, escucho un piano, y los errores, los fracasos, la tristeza por el pasado, los nervios por el festival, todo desaparece, como si ese nuevo sonido de armonía neoclásica fuera un huracán barriendo mi mente.

Busco con la mirada, ansioso. En un lado del local veo un piano de pared, colocado en un lugar sin sentido: junto a un aparador donde se amontonan tazas y platillos, como si estuviera ahí de paso.

De ahí sale la música. Y es familiar, pero al mismo tiempo, distinta a todo, como una canción que hubiera escuchado en sueños. Esto es algo que no he oído nunca. Es…

Joder, es demasiado bueno.

Voy a la barra, donde una chica joven, de piel muy morena y ojos negros, me sonríe.

—*Bona nit*, ¿qué te pongo?

—Un café solo, largo. Gracias.

Espero a que me lo sirva y me dirijo a una de las mesas del fondo, lo bastante cerca del piano como para ver al músico, pero no tanto como para incomodarlo. Me siento, escuchando con una mezcla de rabia y admiración, y observo al culpable.

Desde mi posición, apenas veo su espalda y parte de su perfil. Es un hombre de unos treinta y tantos, con falanges largas y fuertes, como corresponde a un buen pianista, cabello castaño con entradas, barba perfilada y rostro anguloso. Entrecierro los ojos, mirando cómo se mueven sus dedos.

«Dios, qué cabrón» pienso. Parece que no esté haciendo nada, pero todo suena fácil y limpio.

¿Quién diablos será?

Hay algo extraño en él, algo que percibo poco a poco cuanto más lo miro, recolocándome en la silla para verlo mejor. Algo en su apariencia distinguida, en sus ojos claros, grandes y rasgados, me hace pensar en druidas, en las cortes feéricas de los celtas, en las pinturas de Cabanel. Parpadeo, sin saber si este impacto que hace que me pese el pecho un poco menos tiene que ver con el rostro que entreveo cuando se mueve al tocar o con la música que sale del piano.

Esa música. ¿Por qué tiene tanto significado?

Sus dedos se mueven con precisión, sin esfuerzo. Un mechón de cabello le cae sobre la frente, no del todo rizado, con reflejos de oro bajo la luz cálida de las bombillas del café. Rostro afilado con pómulos altos, mandíbula fuerte, rasgos definidos. Tiene un aire

severo y atractivo, como de profesor de literatura o algo así. Distingo algunas arrugas de expresión que me hacen dudar sobre su edad. Ahora pienso que podría tener treinta y cinco o cincuenta, a saber. En realidad, parece como si estuviera fuera del tiempo, como si no perteneciera a este lugar, pero al mismo tiempo hubiera formado parte del café desde siempre.

Intento averiguar el color de sus ojos, pero desde donde estoy no lo consigo; solo sé que son muy claros. Hay algo trágico en ellos, bordeados de espesas pestañas y enmarcados bajo unas gruesas cejas expresivas.

Cambio de postura, observándolo, reflexivo. Trato de reconocerlo, quizá sea un músico famoso. No, si lo conociera me acordaría, estoy seguro.

La pieza termina. Aguarda un instante antes de apartar los ojos y los dedos del piano; a continuación se aleja del instrumento y se sienta en una mesa al fondo, poco iluminada, donde hay un vaso de licor a medias que debe ser suyo, porque lo coge y da un pequeño sorbo.

Sin pensar en lo que hago, como movido por un resorte, me levanto y voy hacia él.

—Perdona, ¿puedo preguntarte algo? —lo abordo directamente.

Esto no es nada propio de mí, temo estar haciendo el ridículo. Pero entonces me mira, y cuando lo hace siento que se para el mundo y ya no puedo arrepentirme de nada. Debería estar prohibido tener unos ojos tan bonitos y tan misteriosos. Parece un jodido elfo. Sí, el Legolas de la peli de Ralph Bakshi del 78, pero más guapo y con los iris azules. Porque ahora sí los veo y son azules, casi aguamarina, como el océano.

Él frunce el ceño un instante, sorprendido y desconfiado.

—Adelante.

Tiene la voz grave, profunda, y un ligero acento extranjero.

—Esa música, ¿de dónde es? No he reconocido la pieza.

—¿Es que conoces todas las canciones del mundo? —Su respuesta tajante me deja helado por un momento, pero luego veo un destello de diversión en su mirada—. No es conocida. Es mía.

—¿En serio? —Él me observa, inexpresivo—. Es muy buena.

—Gracias.

Aparta la vista y bebe otro pequeño sorbo. De pronto, su presencia me parece insultante y su talento insoportable.

—Yo también soy músico. Compositor. Hago bandas sonoras —le digo. No hay respuesta, ni siquiera asiente. No parece tener ganas de hablar. Supongo que debería dejarlo en paz, pero no quiero. Necesito saber cómo ha hecho esa canción—. ¿Te importa que me siente?

De nuevo me mira, evaluándome. Parece estar pensándoselo, lo cual me irrita un poco.

—No, adelante.

Tomo asiento y dejo la taza en la mesa; él vuelve a perder la mirada. Saca un paquete de tabaco de su chaqueta y se enciende un cigarrillo con un mechero de metal. No me ofrece uno y yo tampoco se lo pido.

—La canción que estabas tocando… ¿cómo se llama?

Sus ojos brillan tras la nube de humo.

—*El final del tiempo*.

—¿De verdad? ¿Por qué? —quiero saber, más interesado de lo que recuerdo haber estado nunca por un título pedante.

—Porque es la canción que toco cuando el tiempo se acaba —dice, como si fuera la cosa más normal del mundo.

—¿El tiempo para qué?

—Para marcharse. Para vivir. Para cambiar.

—¿Va sobre el arrepentimiento?

—No. Es una canción sobre aceptación y esperanza. —De nuevo toma una calada, el humo gris hace de barrera entre nosotros. Habla con calma, con un tono sereno que me relaja, como si no hubiera prisa por nada—. Recuerdos de cosas que fueron y ya no son, aceptación de aquello que es y la esperanza de encontrar la armonía.

Lo observo, pensativo y algo incrédulo. ¿Quién dice todas esas cosas profundas y extrañas así, como si nada, a un desconocido en medio de un café? He tratado con muchos artistas intensos a lo largo de mi vida, pero ninguno a quien pareciera importarle tan poco su propia intensidad.

—Pero «final del tiempo» suena a… a final. ¿Dónde está la esperanza en eso?

—No es un final de las cosas, solo del tiempo —aclara, mirándome de nuevo con una expresión más apacible, como si por fin estuviera entrando de buen grado en la conversación—. El final del tiempo significa que ya no hay segundos, minutos ni horas. Los relojes se detienen pero la vida sigue, de un modo u otro.

—Eso es imposible.

—Tal vez, yo no lo sé. —Se encoge de hombros—. Solo hago música. —Da una calada y tras una pausa, continúa—. El tiempo solo es la forma en que medimos nuestras experiencias, la decadencia del cuerpo que habitamos. El final del tiempo significa que no hay pasado ni futuro, solo presente.

Me quedo pensativo, tratando de comprender. Recuerdo perfectamente la canción que ha tocado, la tengo grabada a fuego. Visualizo el movimiento de los dedos y creo entender algo, al menos en parte.

—La mano izquierda —digo—. La melodía de la izquierda sonaba como el tictac de un reloj. A veces parece que va a contratiempo, pero luego todo se une y ese reloj desaparece. Eso es el final del tiempo, ¿verdad? —Él asiente—. Es brillante, joder —digo sin pensar, y en mi voz hay admiración y también algo de envidia.

¿Por qué no se me ha ocurrido a mí?

Yo podría haber compuesto algo así. ¿Por qué no lo he hecho?

Él me mira, estrechando los ojos.

—¿Quieres algo más? —pregunta educadamente.

—No, solo tenía curiosidad. —Adelanto una mano para presentarme—. Perdona mis modales. Soy Álex Castañeda.

Él mira mi mano antes de estrecharla. Sus dedos están fríos, pero su gesto es firme y extrañamente cálido.

—Robert Green.

Siento una corriente fluir entre los dos, como cuando te acercas a un aparato eléctrico demasiado cargado. Cuando aparto la mano, estiro las falanges con un escalofrío.

—¿Eres inglés? —pregunto, intentando ser amistoso y pasar por alto esa sensación que ahora se adueña de mí, un hormigueo súbito

en la sangre.

¿Lo habrá notado él también?

—De Oxford.

—Ah. Como Tolkien. Y Radiohead.

Él se ríe. Es una risa dulce y grave, como el tacto del terciopelo oscuro. Me mira de reojo, con un ligero brillo de humor en la mirada, y luego da otra profunda calada.

—Radiohead no me apasionan, pero Tolkien está bien.

—¿«Tolkien está bien»? —bromeo—. Nunca he oído a nadie juzgar al Profesor con semejante desdén.

—Imagino que no soy la persona más entusiasta que conoces.

—No, la verdad, pero tampoco creo que sea algo malo —me apresuro a aclarar—. Demasiado entusiasmo me agobia, y estos días voy a tener entusiasmo de sobra a mi alrededor. —Doy un sorbo a mi café, que se ha quedado frío—. Así que eres músico, aquí en Sitges. ¿Das clases o algo así?

—No. —Hay una breve pausa. Su mirada huidiza se pierde en algún punto a lo lejos, cerca de la barra, mientras espero que se explique—. Soy músico, entre otras cosas… y vivo aquí, por ahora.

No puedo evitar que se me escape una risita suave.

—Esa respuesta es muy ambigua. ¿Vives de la música, sí o no?

—Digamos que no lo necesito.

—Esta conversación cada vez se parece más al «Quién es quién» —digo, y lo escucho reír de nuevo, la curva de su sonrisa insinuada tras otra nube de humo, un hoyuelo vertical en su mejilla—. Veamos, no lo necesitas… ¿Eres una especie de caballero inglés podrido de pasta?

—Sí, soy inglés. Pero no soy rico. Y desde luego no soy un caballero.

—Si no tienes que trabajar para vivir, entonces eres rico —digo con convicción, repitiendo una de las frases que siempre dice Tamara—. ¿Seguro que no eres un caballero? Porque lo pareces.

—¿Es que conoces a muchos? —replica, irónico.

—No, pero los he visto en películas y son como tú: corteses, bien vestidos...

Alza una ceja y vuelve a reír de un modo casi condescendiente.

—Pues siento decepcionarte. No soy ningún *lord*, simplemente soy educado con los extraños.

—¿Y cómo eres con tus amigos?

De nuevo la mirada de soslayo, el destello risueño en los ojos azules.

—Con ellos soy terrible.

Me río, sintiendo una sacudida en el estómago al percibir la súbita conexión.

—Entonces tengo suerte de no ser tu amigo.

—Sí, sí que la tienes.

Por un momento, el silencio flota entre los dos. De pronto me aterroriza que la conversación acabe, así que doy otro trago de café helado y sigo hablando.

—Entonces… *El final del tiempo*. ¿Cuándo la compusiste?

—¿Eres periodista? ¿Me estás entrevistando para tu columna?

La respuesta me suena algo seca. No estoy seguro de si ahora está siendo irónico o no, así que carraspeo, incómodo y nervioso.

—Perdona, es que tengo curiosidad. ¿Te estoy molestando?

Me mira un momento, parece estar decidiéndolo. Me siento juzgado, y lo odio, pero al mismo tiempo espero sacar buena nota en esta evaluación o lo que sea.

—No, no me molestas. —Niega con la cabeza y un velo de melancolía empaña su mirada—. Discúlpame, no estoy acostumbrado a hablar de mi música. Menos aún con desconocidos.

—Bueno, ya no somos desconocidos. Pero tienes razón. Me estoy comportando como un periodista pesado o un chaval haciendo un trabajo para clase —admito, sintiéndome un poco avergonzado—. En fin… Verás, soy compositor, como te dije. Uno de mis trabajos está nominado a un premio en el festival de cine y…

—Enhorabuena.

—No, no… Bueno, gracias, pero no voy a ganar.

—¿Por qué no?

—También está nominado Michael Nyman —digo con una sonrisa resignada.

Alza las cejas.

—Ah. —Luego se encoge de hombros y aprovecha para acomodarse mejor en la silla—. No es un rival fácil, pero no pierdas la esperanza tan rápido. Puede pasar cualquier cosa.

—¿Lo crees en serio? —pregunto incrédulo.

—Hay que tener esperanza siempre —responde. Por alguna razón, no esperaba que esas palabras salieran de sus labios. Este hombre parece la personificación de la melancolía. Es un cuadro de Caspar David Friedrich hecho carne. Da otra calada y deja el cigarrillo en el cenicero de cristal—. ¿Cómo es tu música? —añade.

—Es una obra para piano y orquesta, sin muchos efectos de sonido. La película es intimista, así que quise prescindir de artificios. De hecho, la llevo encima, ¿quieres escucharla? —le propongo con entusiasmo, aunque me arrepiento al instante.

—Sí, claro. Me encantaría —dice, echándose hacia delante en la silla e irguiendo la espalda.

Me da un vuelco el corazón. Abro la bandolera de lona y saco unos cuantos CDs: Rachmaninov, Philip Glass, las Spice Girls, Pet Shop Boys y Tino Casal. Robert sonríe a medias, observando la selección.

—Me va la variedad —comento a modo de excusa. Finalmente, encuentro el CD grabado y lo dejo en la mesa mientras busco el discman. Él lo coge sin pedirme permiso y lee en alto el título, escrito en rotulador negro sobre la superficie plateada del disco.

—*Yellow sun*. —Esas dos palabras me catapultan hacia el pasado. Jon, su voz, sus manos. Las pecas de sus hombros, la forma en que me hablaba y me tocaba. «Tampoco eres tan guapo», me dijo, pero aun así, estaba conmigo. Estaba conmigo, hasta que…—. ¿Es el nombre de la película?

Asiento con la cabeza, como si no estuviera sufriendo una absurda regresión y no quisiera llorar ahora mismo. Saco el reproductor y los auriculares, con sus fundas de esponjilla anaranjada.

—Aquí tienes —le digo con una sonrisa.

Robert me mira un momento antes de cogerlos.

—¿Estás bien?

Sonrío con incomodidad.

—Sí, es que estoy muy alterado con todo esto. Con lo de la nominación. Verás, yo… —busco las palabras sin éxito—. Da igual, olvídalo. Solo escucha y me cuentas qué te parece, ¿vale?

Inserto el CD y espero a que se ponga los auriculares. Aún tarda un poco, analizándome con sus ojos de elfo, como si tratara de desentrañar el secreto detrás de mi comportamiento. Finalmente, se los coloca en los oídos y pulso el *play*.

La música empieza. Oigo cómo se filtra el sonido del tema principal hacia el exterior a través de los endebles auriculares, por encima de los leves rumores del café: tintineos de cucharillas, el zumbido de las máquinas, la radio, que suena muy baja ahora que no hay nadie tocando el piano.

Trato de parecer tranquilo, pero no lo estoy. No entiendo por qué hago esto. No conozco a este tío, ¿por qué le dejo escuchar mi música? No le he dado copias a nadie, no he dejado que la oigan ni siquiera mis amigos más cercanos. Y aquí estoy, esperando la opinión de un desconocido.

Lo observo, ansioso. El primer tema dura casi cinco minutos y lo escucha entero, pero los demás solo a medias, pasando de uno a otro con el botón de *skip*. Finalmente, tras un rato, se quita los auriculares.

—¿Qué te ha parecido? —pregunto de inmediato.

—¿Por qué te importa tanto? —dice. Hay algo indiscernible en sus iris azules, sus pupilas me atraviesan de lado a lado, queriendo irrumpir en mi alma.

Me remuevo, incómodo.

—No lo sé —digo con sinceridad—. Tu música es mejor que la mía. He pensado que tal vez pudieras darme… una opinión.

Él sonríe a medias, entrecerrando los ojos, rodeados de pequeñas arrugas.

—Una opinión. —Hace una pausa—. Creo que no es eso lo que estás buscando. —Su mirada se vuelve más compleja, intensa—. Esto es una obra completa, ya terminada. El trabajo ya está hecho, no está sujeto a variaciones. Puede que ganes un premio, así que eso significa que un jurado la ha escuchado y la ha considerado apta

para competir por un galardón. ¿De qué podría servirte? —Hace una pausa—. No, creo que quieres otra cosa.

—¿A qué te refieres? —pregunto, molesto.

—Quieres que alguien te diga que te lo mereces. Que mereces estar aquí. Que mereces esa nominación.

Aparto la vista, avergonzado. Qué cabrón. Podría haber respondido «no está mal» o «me ha gustado», alguna otra frase hecha, sin compromiso. Pero no, ha decidido abrirme en canal con sus palabras y dejarme vulnerable y expuesto. Porque tiene razón, aunque yo no lo sabía hasta ahora. Me revuelvo por dentro.

—Pues sí —admito desafiante—, eso es lo que quiero.

—¿Por qué?

Un recuerdo cruza mi mente: «¿De verdad te gusta lo que hago?». Jon y yo estábamos en la cama. Acabábamos de follar por cuarta o quinta vez y yo era todo inseguridades. Tras la euforia del inicio del romance, empezaba a dudar de la relación y de mí mismo. «¿No tiene que ver con que quisieras acostarte conmigo?». Jon, su risa, su sonrisa.

«Tampoco eres tan guapo».

—Porque siento que soy un fraude —confieso al fin, y es liberador. Es como quitarme un peso de encima y echar a volar—. Nunca seré suficiente. Nunca estaré a la altura.

—¿A la altura de qué? —«De que alguien le otorgue el suficiente valor a mi música como para quererme a mí», pienso, pero no respondo. No hace falta, Robert sigue hablando—: No eres ningún fraude. La obra es muy buena.

—¿Lo piensas de verdad?

—Sí. Es emotiva y funciona. Me gusta la progresión, el tono general, la dinámica…

—¿Pero? —pregunto, como si necesitara escuchar algo malo antes de volar demasiado alto.

Robert me mira de reojo y saca otro cigarro, encendiéndolo con el mechero de metal.

—Quieres que sea crítico con tu trabajo, ya terminado, y que opta a un premio. Eso es un poco masoquista, ¿no crees?

—Puede, pero yo siempre elijo lo malo —digo, y él arquea la ceja, con curiosidad genuina por primera vez—. Hazlo, por favor —insisto—. Dime qué está mal, de qué carece. Dime lo que le falta. Porque yo sé que le falta algo.

Nunca hasta ahora había expuesto mis dudas con tanta claridad. Robert se toma su tiempo, da una larga calada y exhala el humo antes de decir, claro y conciso:

—No.

Me quedo helado.

—¿Por qué?

—Porque no quiero hacerte daño. Ya te lo haces tú mismo.

—Esto no va de hacerme daño, sino de…

—Es exactamente de lo que va esto —dice de pronto en voz más baja. Se echa hacia delante, de nuevo sus ojos me atraviesan. La nube de humo vuelve a flotar entre nosotros pero ahora, a través del tabaco, me llega un suave perfume a madera y ciprés y percibo una calidez nueva en su mirada—. De dolor, de miedo. El trabajo está bien, pero no se arriesga en nada —suelta al fin—. No toda la música debe ser arriesgada, cierto. Pero tengo la impresión de que, al componer esto, tenías miedo de ir demasiado lejos. De mostrar algo de ti. Hay cierta represión, demasiado cuidado.

De nuevo, me golpea en plena línea de flotación. Asiento y fijo la vista en la pared, pensando. Por supuesto que no arriesgué nada. Quería complacer a Jon, al director de la película, a mi amante. Pero tenía miedo de ir más allá, de ser demasiado intenso. De expresarme yo en lugar de expresar lo que creía que él quería ver.

—Es verdad —susurro.

Él me mira muy serio, con una sombra de tristeza en los ojos. Luego me ofrece un cigarrillo. Lo observo primero a él y después al cigarro, sintiéndome totalmente perdido. Finalmente, lo tomo.

—Gracias.

—De nada.

Me lo enciende con un gesto tranquilo y fumamos en silencio durante un rato.

—Dijiste que no soy un fraude, pero… parece que sí lo soy, después de todo.

—No, en absoluto. —Lo miro, no muy convencido—. Cuando uno hace arte, nunca puede esconderse del todo. Siempre estarás ahí. Tus ideas, la manera en que ves la realidad y cómo la expresas a través del filtro de tus sentidos y emociones. —Sus palabras se tejen con grave calma, sosegándome—. Es cierto que podrías estar más presente, pero eso no es algo malo. Los trabajos profesionales suelen ser así —aclara—. Podría tener más personalidad, pero no te tortures por eso. Ya habrá otras oportunidades.

—Más personalidad... Supongo que no tiene más porque yo no la tengo.

—Tratar de encontrarse a uno mismo no es ser un fraude. Es todo lo contrario —dice con seriedad—. No hay nada más honesto que intentar conocerse. Y en cualquier caso, esto no eres tú —añade, tamborileando con los dedos sobre el discman—. Es solo música.

—Para ti es fácil decirlo —escupo con amargura.

—Probablemente, pero eso no significa que esté equivocado. Tengo razón, y tú lo sabes.

Se me escapa una risa.

—Dijiste que eres educado con los extraños y terrible con tus amigos… ¿Ya somos amigos? Porque estás siendo un poco cabrón.

Sonríe de nuevo y sus ojos brillan con un destello travieso.

—Tal vez. —Nos miramos un instante. De nuevo siento esa extraña conexión, pero pronto aparta la vista y la dirige hacia su reloj de pulsera (esfera plateada, correa de piel)—. Me tengo que ir. —Lo sigo con la mirada mientras se levanta y se arregla la chaqueta. Es tan elegante. Y atractivo. Maldita sea, sí que es atractivo. Me mira una última vez con esos ojos azules, directos y profundos—. Mucha suerte con tu trabajo. Espero que obtengas todo el reconocimiento que deseas.

—Gracias. Me ha gustado charlar contigo.

—A mí también.

Le veo marchar, analizando de forma casi obsesiva cada uno de sus movimientos: la manera en la que camina, la mano en el bolsillo, el cigarro en los labios… y luego la puerta, el espacio de aire vacío que él había ocupado ante mí, la colilla en el cenicero, el piano.

«Es solo música», ha dicho. Pero lo que él ha hecho ahí sentado ante las teclas, eso no era solo música. Y yo no quiero hacer solo música. Yo quiero lo que él tiene.

Un latigazo de envidia me sacude de nuevo y miro el discman. En mi mente, lo rompo en pedazos y arrojo el CD al mar, voy al hotel de Jon, me lo follo con rabia y después lo abofeteo hasta quedarme a gusto. En mi mente, estrangulo a Michael Nyman en el estreno de *Gattaca*. En mi mente, le grito a Tamara que deje de meterse en mi vida. En mi mente hago muchas cosas, mientras aquí, en el Café del Mar, solo recojo mis cosas, pago y me despido educadamente.

Camino de regreso, malhumorado, perdido en mis propias contradicciones.

Capítulo dos

Lo peor



Esta noche he soñado mucho. Cuando llegué a casa, Tami no había vuelto, así que me metí en la cama sin cenar, sintiendo el estómago cerrado. Tardé en dormirme y me desperté un par de veces a causa de los nervios. Finalmente, cuando logré conciliar el sueño, soñé con Loïc y con Jon. No recuerdo exactamente qué ocurría, pero sé que volvía a ver el accidente, que tenía miedo y que había gritos. Después, soñé con el mar. Estaba nadando y comenzaba a hundirme, pero el mar me sacaba a flote, como si fuera uno de esos lagos salados donde uno no puede sumergirse. Allí, flotando, escuchaba la voz de alguien que me decía que estuviera tranquilo, que todo iba a ir bien, que yo estaba bien, que no me hundiera. Y funcionaba.

Sin embargo, cuando me despierto ya no estoy nada tranquilo y me siento en la cama con la sensación de tener una losa en el pecho. Miro alrededor, un momento de desconcierto antes de recordar dónde estoy. El techo blanco, la persiana bajada a medias dejando entrar una luz tenue, la humedad en el aire. Ah, sí. Estoy en Sitges. El festival. *Sol amarillo*.

—Nominado a mejor banda sonora. Vaya mierda —susurro.

Cierro los ojos de nuevo, tratando de respirar calmadamente, pero la ansiedad ya se me ha atenazado en la boca del estómago. No hay razón para estar así. ¿Qué es lo peor que puede pasar? Hoy es la inauguración del festival, solo habrá algunas proyecciones,

muchos cócteles, ruedas de prensa, fotos y canapés mustios. Puede que vea a Jon, sí, ¿y qué? No tengo nada que temer.

Abro los ojos de nuevo y me obligo a levantarme.

El suelo está frío bajo mis pies descalzos. Fuera oigo la radio, Tami ya estará levantada aunque anoche no la oí llegar. Voy al baño, cierro la puerta y abro los grifos de la ducha. Me quito la camiseta y me miro un segundo en el espejo. Tengo ojeras, los músculos de los hombros demasiado tensos y el aspecto de quien ha pasado una noche horrible, como ha sido el caso. Me rasco la barba, demasiado crecida. Pienso que me da igual, me la voy a dejar larguísima como un mendigo, como un loco, a lo Rasputín. Pero al final me arrepiento. Cojo las tijeras con las que Tami se repasa el flequillo y la recorto un poco para que quede bien perfilada. Mientras lo hago, recuerdo las bromas de Jon (siempre Jon, maldito Jon).

—Con ese pelo y esa barba pareces Trajano.

Yo me reí ante su comentario, como siempre, sin saber si era una crítica o algo cariñoso, pero una vocecita interior me recordaba que los emperadores romanos no llevaron barba hasta Adriano y que Jon, en el fondo, no tenía ni puta idea de nada.

Esa vocecita siempre existió, pero yo elegía no hacerle caso.

Suspiro, apartando el pensamiento de mi cerebro a empujones. Me meto bajo el chorro caliente y dejo que el agua me empape, gotas a presión cayendo contra mi piel. Si me concentro lo suficiente en la sensación del agua corriendo por mi cuerpo, el resto se difumina un poco. Jon, la música, el miedo a ser un fraude, a no tener sentido por mí mismo... Todo se vuelve ruido de fondo. Suspiro de nuevo y vuelvo a imaginar el mar, el sol, la voz que me dice que todo está bien.

La ducha es lo suficientemente larga como para devolverme las ganas de vivir y cuando salgo, la casa huele a café.

—Buenos días, Tami —digo levantando la voz.

—Hola, guapo —responde ella desde la cocina.

Me pongo una sudadera y unos vaqueros y voy en calcetines hasta la cocina. Tamara está sentada en la mesa con una taza en la mano, las piernas cruzadas, el pelo recogido en una trenza esta vez.

Lleva un pijama de cuadros y una bata rosa con flores, es la mezcla perfecta entre abuela y artista moderna.

—Mañana productiva —digo, señalando con la cabeza una mancha de pintura amarilla en el suelo de la cocina.

Ella bosteza y se encoge de hombros.

—Se me fue la mano con un encargo anoche.

Me acerco a la cafetera y me sirvo una taza.

—¿Te pusiste a trabajar después de venir de fiesta?

—Estaba inspirada. ¿Qué tal tú? ¿Qué hiciste?

—Todo bien. Vi *Crónicas marcianas* y luego me fui a dar una vuelta. Estuve en el sitio ese, el Café del Mar.

—Ah, sí. Es un poco hortera, ¿no?

—Un poco, pero hay piano. Y había un pianista. Estuvo bien, estuvimos charlando y tomando algo, luego volví a casa.

—Vaya, así que has socializado. Increíble.

Me río.

—Qué puta eres. Sí, he socializado. El ambiente era bueno y el pianista agradable.

—Supongo que te servirá de entrenamiento para lo de hoy.

Nos quedamos un rato en silencio. Tami está leyendo el texto trasero de una caja de galletas Tosta Rica que no ha abierto aún.

—Oye, ¿te vienes hoy conmigo al festival? —pregunto al final.

—¿Por qué? Yo no pinto nada ahí.

—Estoy muy nervioso. Me va a dar un ataque si voy solo —digo con honestidad.

Ella me quita la taza de las manos con cierta brusquedad.

—Tío, ¿estás nervioso y te metes un café? ¿Eres tonto o qué? Hazte un Eko o un Nesquik. —Se levanta rápidamente y se pone a preparar la leche con cacao mientras yo la miro con una mezcla de gratitud y culpa—. ¿Por qué estás nervioso, por el evento o por Jon?

—Por las dos cosas.

Tami suspira mientras el microondas zumba con el vaso de leche dentro. Me mira, seria, con la lata de Nesquik en la mano.

—No me apetece nada meterme en un evento de cine esta tarde, Álex. Además, no tengo qué ponerme.

—A mí tampoco me apetece —confieso.

—Pues no vayas.

Me río sin ganas.

—No es tan fácil. Se supone que tengo que estar ahí. Me han invitado; si no aparezco, hay gente que se molestará. Y además, tengo que hacer contactos y estar presente, ya sabes. Hay que estar presente —repito, como siempre me dice Óscar, mi representante.

Tamara resopla y en ese momento suena el timbre del microondas. Saca el vaso de leche, le echa cuatro cucharadas de cacao en polvo hasta que el líquido se vuelve marrón oscuro y me lo ofrece.

—Vale, iré. Pero si aparece Jon y se pone imbécil, le suelto un guantazo.

Sonrío, aunque no sé si bromea. Con Tamara, nunca se sabe.

—Gracias, tía. Eres la mejor.

—Ya lo sé —dice ella, cogiendo otra vez la caja de galletas.

—Abre las putas Tosta Rica, anda. Que me estás poniendo de los nervios.

—A ti todo te pone de los nervios, hijo.

Después de desayunar, nos vestimos con la radio puesta de fondo. Escucho a Tami cantar y sonrío. Nunca entenderé cómo alguien puede tener tanta mala leche y ser tan alegre al mismo tiempo. Una vez preparados, salimos a pasear y a buscar alguna tienda de ropa donde comprarle un vestido adecuado para esta noche. Al final, encuentra uno estilo años 20 en una tienda de segunda mano.

—Con el fresco que está haciendo este otoño, te vas a helar.

—Me da igual —replica ella—, si me da frío me bebo veinticinco martinis y se me pasa.

Después de las compras, nos paramos a comer en un pequeño bar restaurante de la calle Europa, de fachada blanca con un porche cerrado y arcos decorados, pintados de amarillo. Tami me recomienda la fideuá y, mientras comemos, me pregunta por las películas de este año en el festival. Durante la conversación, me doy cuenta de que ella sabe más que yo.

—Tío, estás tan obsesionado con el Jon que ni siquiera te has preocupado de saber qué pelis van a proyectar —me reprocha.

—No es que no me haya preocupado, es que no quería saberlo —me defiendo.

Finalmente, volvemos a casa y nos cambiamos para el evento. Tomamos una copa en casa para relajarnos (o relajarme, más bien) hasta que llega la hora de irse.

El sol es un disco tímido y paliducho, ya descendiendo a lo largo del cielo, cuando salimos. La brisa marina nos desordena el pelo, demasiado fresca. Nos cerramos las chaquetas, caminando el uno junto al otro en medio de una charla insustancial. El asfalto sigue acumulando esa humedad pegajosa propia del Mediterráneo incluso en otoño. Tamara camina a mi lado con su paso despreocupado, las manos en los bolsillos de su abrigo fino de paño de segunda mano y un cigarro colgando de los labios. Al final se ha puesto medias y unas plataformas negras de charol que no sé de dónde ha sacado, se ha hecho un moño y se ha maquillado con eyeliner, pintalabios, sombra de ojos verde con purpurina y un montón de rímel. Lo cierto es que está muy guapa. En cambio, mi aspecto no le convence.

—Te has arreglado demasiado poco —comenta, echándome un vistazo de arriba abajo—. Pareces el tío ese de Fleetwood Mac, con el pelucón y las barbas.

—No es verdad.

—Deberías haberte puesto corbata.

—Me aprieta.

—Pues te la aflojas. Es un festival, es tu momento dorado, ¿no? El punto más alto de tu carrera. Me has hecho comprar un vestido y tú vas como un vendedor de enciclopedias, tío. Hasta mi agente del Círculo de Lectores viene a verme más arreglado que tú.

—Llevo traje, es suficiente.

—Claro, claro. Bueno, si tú estás cómodo así…

—Te recuerdo que vienes conmigo para que no me ponga tan nervioso, no para ponerme más, ¿vale?

—Vale, vale.

Ignoro su risita y sigo caminando. Al girar una esquina, el bullicio del festival empieza a alcanzarnos. La avenida está más transitada de lo normal: gente con acreditaciones colgadas al cuello, otros

cargando equipo de cámara, algunos curiosos que se detienen para tomar fotos de los carteles…

Tamara me lanza una mirada de soslayo.

—¿Vas a portarte bien?

—¿Qué significa portarme bien?

—Significa que no te vas a poner a beber como un condenado si aparece Jon.

Resoplo, mirando hacia otro lado.

—No prometo nada.

—Genial.

Ya cerca del hotel donde se celebra el evento, Tami se detiene en un puesto de prensa improvisado donde varios periodistas hojean panfletos y programas del festival. Aprovecho para echar un vistazo a mi alrededor. El Melià Sitges se alza, blanco y majestuoso. De repente, siento una punzada en el estómago. No estoy listo para esto.

Recuerdo mi sueño, el mar, la voz tranquila diciéndome que todo iba a ir bien.

Tamara me tiende uno de los programas con un gesto casual.

—Venga, que tú puedes. Vamos a entrar y luego, si hace falta, le prendemos fuego a todo.

No sé si lo dice en serio, pero me hace reír.

—Te tomo la palabra.

El vestíbulo del Melià está abarrotado de gente. Voces, risas, copas tintineando, un zumbido constante de actividad que se mezcla con la luz dorada que entra por los ventanales. Me ajusto la chaqueta sin pensarlo, como si pudiera enderezar algo dentro de mí con ese gesto.

Tamara y yo avanzamos entre el gentío, ella con la seguridad de siempre, como si el espacio le perteneciera, yo amparándome en su sombra de forma disimulada.

—¡Hola, Álex! —me saluda enseguida Juani, una de las maquilladoras de *Yellow sun*. Nos damos un abrazo.

—¡Hola, guapa! Qué alegría verte.

—¡Ya te digo! Casi un año, qué cruz de posproducción, ¿verdad? Parecía que no iba a terminar jamás.

—Ya te digo —respondo.

Le presento a Tamara y comentamos algunas anécdotas, Juani alaba su vestido, ella le habla de sus cuadros…

Y entonces lo veo. O más bien, mis ojos parecen precipitarse hacia él como un halcón cuando al fin ha encontrado a su presa. Por supuesto, estaba esperando este momento, soy así de patético.

Jon está al otro lado del vestíbulo, cerca de la barra, rodeado de gente. No ha cambiado mucho: cabello rubio rojizo cortado a máquina, muy corto; perilla rubia perfilada. Pecas, ojos verdes, nariz elegante, sonrisa inquietantemente perfecta. Es el de siempre, supongo, pero ahora tiene un aire de éxito incuestionable, nada que ver con el hombre maduro y bohemio que era conmigo. Viste un traje oscuro bien ajustado, seguramente de sastre, no como el mío que es de El Corte Inglés, camisa blanca… y va sin corbata. Ese detalle me gusta. Se inclina hacia alguien con una sonrisa fácil, esa que parece sincera hasta que lo conoces tan bien como yo. Mi estómago se contrae.

Tamara también lo ve y siento cómo se tensa levemente a mi lado.

—Éramos pocos y parió la abuela —espeta por lo bajo.

Y entonces, como si lo hubiéramos invocado, Jon levanta la vista y me encuentra entre la multitud. El tiempo se ralentiza, igual que en una escena a cámara lenta, pero mi corazón se acelera.

Su expresión apenas cambia, solo alza la ceja de forma sutil, en sus ojos brilla un destello de reconocimiento. Luego, murmura algo a su interlocutor y se separa del grupo, avanzando hacia mí.

—Hola, Álex —dice, con esa voz que mi memoria había distorsionado hasta hacerla parecer más bonita, más dulce. Ahora me doy cuenta de que no lo es, es… burlona. Venenosa, pero no de un modo evidente, sino como la flor colorida que parece inofensiva hasta que la tocas y tienes la peor urticaria de tu vida—. Me alegro de que hayas venido.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Te dije que vendría.

—Claro. —Me mira con una mezcla de interés y diversión. Me recorre con los ojos, sin prisa, descarado—. Te veo bien. ¿Has perdido peso?

El comentario me golpea igual que una patada en el estómago.

—¿Tú crees? No sé.

—Sí, te veo un poco más delgado. No mucho, pero algo.

«Tampoco eres tan guapo».

—Será por el trabajo. Estoy trabajando mucho últimamente —miento.

Tamara da un paso adelante, como un reflejo.

—Hola, soy Tamara, una amiga de Álex. Tú debes de ser Jon. —Alarga la mano hacia él—. Álex me ha hablado de ti.

Ambos se sonríen con sonrisas tan falsas que me resultan incómodas.

—Todo bueno, espero.

—Todo cierto —dice ella y luego suelta una risa impostada. Él alza las cejas y ríe con ella, señalándola como si fuera un chiste muy bueno. Esto es horrible, quiero que la tierra me trague—. Ay, qué bien estar aquí —sigue ella, mirando alrededor de forma sobreactuada—, es maravilloso que Álex me haya invitado a vivir esta experiencia única.

Jon le dedica una sonrisa breve.

—El festival de Sitges es muy especial, seguro que lo disfrutarás mucho —le dice antes de volver a centrarse en mí—. Me alegra verte. De verdad.

—Igualmente —replico de forma automática.

No sé si es cierto, probablemente sí y no, ambas cosas a la vez. Ahora mismo solo quiero… No sé qué quiero. Abofetearle. Que nos quedemos a solas. Besarlo, preguntarle si alguna vez me quiso, si significaba algo o solo era su puta gratis, la aventura para darle emoción a su matrimonio, como la subtrama secundaria que no lleva a ninguna parte de una serie de bajo presupuesto.

—¿Qué te parecen los seleccionados? —pregunta con tono casual —. ¿Has visto alguna de las películas?

—No, y de hecho ni siquiera conozco la mitad. Pero bueno, no soy cineasta. Yo soy músico. Tampoco hace falta que lo sepa todo —respondo, y siento que mi voz suena demasiado seca.

Él asiente, inclinando ligeramente la cabeza.

—Entonces eres terreno virgen. —Su media sonrisa me produce rechazo—. Esto te gustará. Este año la selección es excelente.

—¿Por qué piensas que me va a gustar? —digo a la defensiva.

—Porque te conozco —suelta sin más.

Me quedo sin palabras. La angustia se me atenaza en la garganta, me siento como si estuviera enredado en una maraña de algas.

Tamara cruza los brazos y me lanza una mirada fugaz, esperando que yo diga algo inteligente o cortante, cosa que no ocurre.

—No puedo esperar a pasado mañana, estoy deseando que todo el mundo vea *Yellow sun*. Tu música suena increíble en la película —prosigue Jon, tomando la palabra de nuevo.

Yo me he quedado mudo, mi mente es un cóctel de emociones. Estoy seguro de que si abro la boca ahora, gritaré.

—Seguro que sí —interviene Tamara al fin, salvándome de paso —. ¿El resto está a la altura? —espeta con una sonrisa de porcelana.

Jon le devuelve el gesto.

—Creo que sí, todos hemos trabajado muy duro. No hay nada más bonito que compartir una visión con un equipo involucrado, capaz de coordinarse así de bien. Y el guion de Stephane es maravilloso, era difícil no hacerle justicia.

—Qué bien —dice ella, colgándose de mi brazo.

—En fin, os tengo que dejar. Hasta luego, Álex. Nos vemos.

Tamara se mueve inquieta a mi lado mientras Jon se marcha, mostrándonos su espalda ancha y su trasero perfecto bajo los pantalones del traje sastre.

—Vaya gilipollas, no sé qué le veías —me dice.

—No lo entenderías —respondo con sinceridad.

—Seguro que no. Venga, vamos dentro, anda. No quiero quedarme sin un buen sitio.

Suspiro, siguiéndola con docilidad. Tras saludar a algunos compañeros más, entramos al auditorio y el bullicio amortigua mis pensamientos. Tamara no me suelta hasta que nos colamos entre las filas de butacas y encontramos dos asientos en el centro. Me dejo caer en el mío y exhalo, como si acabara de cruzar un campo de batalla.

Tamara me observa de reojo mientras se quita el abrigo de paño y lo coloca sobre su regazo.

—¿Cómo estás?

Asiento.

—Mejor de lo que esperaba. Al menos no he vomitado.

—Lo has manejado bastante bien —añade, y su tono suena sincero.

La miro con una sonrisa, reconfortado. La luz empieza a atenuarse y el murmullo del público disminuye. Suspiro y dejo caer la cabeza contra el respaldo. No sé por qué esperaba que mi primer encuentro con Jon después de tanto tiempo fuera distinto. Tal vez en el fondo creía que no me afectaría tanto. Que ya no tenía poder sobre mí.

Tamara me da un leve codazo en las costillas.

—Eh. No te empanes.

Parpadeo y la miro.

—No lo hago.

—Sí lo haces. Siempre te pierdes dentro de tu propia cabeza después de un momento de estrés. Lo entiendo, pero ya que me has arrastrado hasta aquí, vamos a disfrutar de la peli, ¿vale? Deja de sobreanalizarlo todo. Que le den al puto Jon.

Aprieto los labios. No le doy la razón, pero tampoco la contradigo.

La pantalla se ilumina y la proyección comienza.

Cuando veo las letras de *Spawn* alzo las cejas, sorprendido. No sabía que habíamos entrado a esta. A mí *Spawn* me da igual, conozco los cómics de vista, pero nunca me han atraído demasiado. Sin embargo, en cuanto la película empieza me siento arrastrado por las imágenes y el sonido, que me llevan lejos de todo. La acción, los efectos especiales y la música retumbando en el auditorio, me arrancan de mis recuerdos y mis dramas personales.

Le dije a Jon que soy músico y que no tienen por qué importarme tanto las películas, pero eso no es verdad. Siempre me ha encantado el cine, de lo contrario no haría bandas sonoras.

De niño me hice socio del videoclub de mi barrio en cuanto tuve la edad. Alquilaba películas todas las semanas y mi madre las

grababa en cintas vírgenes, fotocopiaba las carátulas y las almacenaba en una enorme estantería que tenía solo para eso. Allí reposaban las colecciones de Charlot, de Hitchcock, de John Ford, de Tarkovski, de Coppola, Kubrick, Scorsese y Ridley Scott. Siempre que podía, cuando mis padres no estaban en casa, me sentaba en el salón a verlas una y otra vez. Era mi forma de escapar de la realidad, lo que más paz me daba.

—Tú no ves las películas para pensar, las ves para evadirte —solía decirme Loïc cuando nos fuimos a vivir a Barcelona con Tamara —. Es algo que no entiendo.

—Mejor que no lo entiendas —le decía yo con una media sonrisa.

Mi casa no era ningún paraíso: trabajos precarios, problemas familiares... Los padres de Loïc tenían una empresa de tecnología, una de las pocas que había en España en los setenta. No les faltaba el dinero. Loïc tenía una «chica» en casa; así es como llamaban a la trabajadora que les hacía las camas y la comida, les limpiaba los baños y se encargaba de que ellos no tuvieran que realizar ninguna tarea doméstica. «La chica». Nunca me dijo su nombre. Yo necesitaba becas para estudiar, a él nunca le hicieron falta. Yo ahorraba todo lo que podía de los pequeños trabajos que hacía en verano, a él le daban una asignación mensual que era casi la mitad del sueldo de mi padre. Por eso, entre otras cosas, Loïc veía las películas para pensar y yo para olvidar.

Ahora, mientras veo *Spawn*, de nuevo, olvido. La película está llena de efectos especiales y acción, y unas interpretaciones un poco mediocres, pero es entretenida. Tamara se inclina hacia delante en su asiento, completamente absorta, con una sonrisa en los labios. La he visto hacer esto antes, cuando algo realmente le engancha: aprieta los puños sobre las rodillas, como si estuviera lista para saltar dentro de la pantalla.

Finalmente, aparecen los créditos y la luz del auditorio se eleva poco a poco. Tamara se estira en su asiento y se gira hacia mí con la expresión satisfecha de alguien que acaba de disfrutar de un buen espectáculo.

—Ha sido una puta pasada.

—Sí —respondo, relajado, aunque, la verdad, me ha parecido un poco floja.

Me mira con sospecha, como si pudiera oler mis pensamientos a kilómetros de distancia.

—Di lo que piensas de verdad, no me des la razón como a las locas.

—A ver… No está mal, el traje está chulo y John Leguizamo está muy bien, pero el guion es muy cutre. Y la música no me ha gustado.

Ella resopla y me da un manotazo en el brazo.

—¿Cómo que no te ha gustado la música? Si había temas de Metallica.

—Por eso mismo —la pico.

Nos ponemos en pie junto con el resto del público y salimos, comentando la proyección, ella furiosa por mis opiniones, yo divirtiéndome con su enfado. La luz de la tarde ya se apaga y el resplandor de las farolas me golpea de lleno. Me llevo una mano a los ojos, parpadeando. Es extraña la sensación de volver al mundo real después de haber estado encerrados en la oscuridad de la sala.

Tamara se estira como un gato, entrelazando los dedos y elevando los brazos por encima de la cabeza.

—Vale, ahora toca comer.

—¿Y si damos una vuelta primero?

—Ni de coña. Tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre.

—Y por eso soy sabia, porque estoy mejor alimentada que tú. Vamos, en la playa seguro que encontramos algo decente.

La sigo mientras avanzamos entre las calles de Sitges, dejando atrás la vibración del festival. Caminamos hasta el paseo marítimo y nos metemos en un chiringuito, uno de los pocos que siguen abiertos por estas fechas. Hay dos mesas de guiris tomando algo allí, disfrutando de los calamares a la romana como si eso fuera una delicia gourmet. Por lo demás, está casi vacío. Se oye el rumor del mar y el aire, salado y fresco, acaricia mi rostro.

Tamara pide una cerveza y yo otra, y añadimos una ración de patatas bravas y unos *fingers* de pollo.

—Pues me ha gustado mucho, igual me la pillo en vídeo —dice Tami mientras esperamos a que nos sirvan.

—Seguramente no tengas que esperar mucho —río, convencido de que saldrá a la venta pronto, como suele ocurrir con las películas que no son demasiado buenas.

Nos traen las bebidas y ella toma un sorbo largo, cerrando los ojos.

—Loïc decía que odiaba este tipo de películas, pero en el fondo le encantaban, ¿recuerdas?

El nombre estalla en el aire como una piedra en un estanque tranquilo. La onda se extiende hasta alcanzarme, y siento cómo mi estómago se contrae un poco. El sonido de las olas se vuelve más lejano, menos importante. Me encuentro mirando mi cerveza, sin saber qué hacer con las palabras.

Tamara no parece darse cuenta. O tal vez sí. Su voz se ha vuelto más baja, como si lo estuviera diciendo para ella misma. Pero yo la escucho, lo escucho todo. Escucho lo que nunca hablamos. El amor que había entre nosotros, el que nunca pudimos decir. Loïc y Tamara, Tamara y Loïc… Loïc y yo.

Y entonces me pregunta, como si no supiera ya la respuesta:

—¿Nunca piensas en él?

—Pues claro. Todo el tiempo —respondo, y mi voz suena más rota de lo que esperaba.

Tamara desvía la mirada, fijándola en el mar. Es como si todo el peso del pasado se hubiera instalado en su rostro, en su postura. Un peso que yo también llevo, y que a veces siento que nos aplasta. Durante un rato, solo bebemos hasta que el camarero llega con la comida.

—A veces también sueño con él —añado. Espero por si Tamara quiere añadir algo, pero está mirando el mar y mordisqueando un *finger* de pollo—. Sueño con el accidente, aunque no veo las imágenes, solo oigo los frenos del coche y los cristales rompiéndose.

—No hables de eso, Álex —dice suavemente, sin cambiar de postura, sin que su rostro varíe lo más mínimo. Bebe otra vez, un trago más largo. Solo le queda medio tubo ya.

—Vale, no hablaré de eso, pero deberíamos hablar de Loïc. De lo que pasó. Ese día todos estábamos tensos, yo sabía que tú estabas enfadada. Pero te prometo que lo que sucedió entre nosotros fue antes de que tú y él empezarais a salir.

—Y aun así, ninguno me lo dijisteis. Nunca lo hicisteis. Me tuve que enterar por sorpresa. No te imaginas cómo me sentí al pillaros hablando del tema como si fuera un secreto sucio —dice, y esta es la voz de Tamara que más temo: baja, tajante, grave, calmada pero llena de decepción.

—No tenía que haber pasado así —digo, angustiado.

Sus ojos me atraviesan.

—No, no tenía que haber pasado así, pero pasó. —Trago saliva—. Y no podemos hacer nada para cambiarlo, solo seguir adelante.

Ella aparta la mirada otra vez y la pierde en el mar.

El silencio es tan denso que parece envolvernos.

Tiene razón, no podemos hacer nada.

Pienso en aquella época con una mezcla de nostalgia y tristeza. Parece mentira que hayan pasado seis años ya.

Fue en 1991. Vivíamos los tres juntos en Barcelona. Nos habíamos mudado allí para aprovechar el crecimiento de la ciudad de cara a los Juegos Olímpicos del 92. Por entonces, se estaban construyendo nuevos espacios, pero no solo físicos, también culturales: había conciertos, obras de teatro, exposiciones y todo tipo de eventos, abriéndose como flores en plena primavera. Y había muchísimo trabajo, o eso decían.

Nos fuimos juntos, Tami y yo con los pocos ahorros que teníamos, Loïc con su propio dinero. En parte, lo hicimos por mí. Mis padres me habían repudiado cuando descubrieron que era homosexual. Mi madre era más comprensiva, dentro de lo que le permitía su anticuada mentalidad, pero mi padre no pudo soportarlo: discutimos y al final me golpeó hasta hacerme sangre.

—Para esto más nos valdría que no hubieras nacido. Lárgate y no vuelvas, a ver si coges el SIDA y te mueres —me dijo después de romperme el labio.

Decidimos que era el momento perfecto para un cambio de aires, y qué mejor que mudarnos los tres. Tamara tenía familia en

Barcelona y sus padres eran tan bohemios como ella, de modo que apoyaron sus aspiraciones.

Así que alquilamos un piso terrible en L'Hospitalet de Llobregat y empezamos una nueva vida. En esa nueva vida, Loïc y Tamara se hicieron pareja, Loïc acabó enganchado a la coca y, en diciembre de 1992, ella descubrió que él y yo habíamos estado liados en Madrid, poco antes de mudarnos. Hubo una bronca horrible, la peor que recuerdo, y luego los tres nos fuimos a una fiesta en la Razzmatazz, malhumorados, nerviosos y drogados.

Entonces tuvimos el accidente de coche.

En realidad, no fue tan terrible como podría haber sido. Al menos conducía Loïc, que fue el que se mató. Si se hubiera matado otro y el conductor hubiera sobrevivido, estaríamos martirizados por la culpa. Pero, aun así… Aun así, ese es nuestro fantasma, lo que nos une y a la vez nos separa, más que ninguna otra cosa.

Cuando Tami habla de nuevo, es tan inesperado que me sobresalto.

—Voy a casa. —Su voz es suave, como si intentara no romper algo más de lo que ya está roto—. No vuelvas muy tarde, y no te dejes liar por Jon. Si te agobias o estás triste, ven. Quizá no sea la mejor compañía, pero yo no te voy a fallar.

Deja un palillo en el cenicero, apura la cerveza y se levanta. Me quedo ahí, mirando cómo se aleja, cómo se pierde entre las sombras que ya empiezan a invadir la playa.

—¿Va a tomar algo más?

—No, gracias. La cuenta, cuando puedas.

Después de pagar, me marcho de allí, sintiéndome más huérfano que nunca.

Camino sin rumbo, como si el simple movimiento me ayudara a calmar la pesadez en el pecho. El horizonte, donde la oscuridad se une con el mar, me parece ominoso, una especie de maldición. Voy hacia la playa, cerca de la orilla, y me siento en la arena. La brisa acaricia mi rostro, el sonido de las olas es un murmullo constante, casi hipnótico. Cierro los ojos, respiro hondo. Intento encontrarle el gusto, pero la verdad es que este rollo de la playa nunca ha sido lo mío.

—Tamara no quiere hablar de eso, pero yo sí —le digo al mar.

Pienso en Loïc. Su risa, sus bromas, su manera de abrazar la vida, como si todo tuviera una respuesta clara. Como si todo fuera a salir bien. Nosotros, Tamara y yo, no sabíamos hacer otra cosa que seguirle. Recuerdo nuestra infancia en Madrid, los días largos en los que nada parecía importante más allá de lo que estábamos viviendo, de nuestros pequeños dramas adolescentes y nuestros descubrimientos. Las cervezas a escondidas, los primeros cigarros, las cintas grabadas, los primeros amores.

Él quería ser director de cine. Y nosotros, Tamara y yo, pusimos nuestros sueños a remolque de los suyos, como si no pudiéramos hacer otra cosa.

Soy patético, y empiezo a pensar que siempre lo he sido.

Antes de conocer a Loïc mi mundo giraba alrededor de complacer a mi padre y a mis profesores. Después de conocerlo, giraba alrededor de él, aunque no fuera capaz de verlo. Siempre lo seguía sin pensar en mí mismo; todo lo que él decía me parecía bien, justo y bueno. Incluso cuando empezó con la coca y Tamara se mostró crítica con el tema, yo lo defendí. «Solo es para pasarlo bien».

Ahora, con el tiempo, me pregunto si Tamara y yo no tomamos todas las decisiones importantes de nuestras vidas alrededor de Loïc, buscando complacerlo, buscando estar a su altura, estar con él. Y me entristece pensar que probablemente fuera así. Que, de alguna manera, fuimos sus sombras.

Si elegir a Jon fue lo malo, lo peor, mucho peor, fue mi dependencia de Loïc. El peso de su recuerdo, su muerte… Eso, eso fue lo que me desmoronó, y lo que sigue haciéndolo. Cuando perdí a Loïc perdí la esperanza y la guía. Después de él he estado buscándolas en otras personas y puede que lo más cercano haya sido Jon, pero no tengo una brújula propia, esa es la pura verdad.

—Joder, Loïc —susurro, como si le hiciera un reproche a mi amigo muerto.

El cielo está negro, el aire trae el frío del mar. Me sacudo la arena de los pantalones, como si pudiera dejarlo todo atrás, y comienzo a caminar de nuevo, sin rumbo, buscando un consuelo que no sé dónde encontrar.

Termino en una de las calles principales, frente a una cabina telefónica. La luz parpadeante parece llamarme como un faro, y, por un momento, me detengo a mirarla. Entro, me meto la mano en el bolsillo y saco una moneda. Dudo unos segundos y finalmente la introduzco en la ranura, casi sin pensar. Cuando da línea, marco un número que, a pesar del tiempo, no he olvidado.

Tres tonos. Una voz femenina.

—¿Sí, dígame?

Se me encoge el corazón.

—Mamá, soy yo.

Hay un silencio largo, demasiado largo, hasta que por fin responde.

—Álex… Hola.

Habla de forma suave, levemente cariñosa, pero apagada. En susurros.

—Hola. ¿Qué tal, cómo estáis?

«Mamá, abrázame», pienso. «Mamá, quiéreme una última vez, porque ahora mismo siento que no le importo nada a nadie, ni siquiera a mí mismo».

—Bien... —Su respuesta está llena de dudas—. Tu padre está en el salón —me advierte, temerosa—. ¿Necesitas algo?

—No, solo llamaba para ver cómo estáis. Hace mucho que no hablamos.

—Todo bien por aquí…

A esa frase le falta algo. Le falta: «¿y tú?». Pero no lo dice, y esa omisión tiene un peso frío, terrible. El peso del rechazo. Soy como un antílope que siempre regresa a beber a un río ya seco. No aprendo la lección, al parecer.

—Vale, bueno, os dejo. Estoy en Sitges, me han nominado para un premio —añado, aun así, abriendo la puerta a algo: una felicitación, un reconocimiento… Algo.

—Muy bien, hijo —susurra, nerviosa. La estoy poniendo en un apuro, lo sé.

Joder. Todo mal.

—De acuerdo. Buenas noches, mamá.

—Adiós. Cuídate, ¿eh?

Es ella quien cuelga. Me quedo mirando el auricular del teléfono, con el fuerte pitido de fondo. Observo la superficie de la cabina, el aparato metálico lleno de rayas, donde alguien ha escrito «puta Barça» y las pegatinas de los grupos hinchas de fútbol. Cuelgo y me doy la vuelta, saliendo de la cabina. Creo que nunca había estado tan perdido como ahora.

Capítulo tres

El mar



El sol entra tímidamente por la ventana, pero no me despierta. Lo hace el peso de otro mal sueño. El mar oscuro e infinito me había atrapado, y yo estaba dentro de él, hundiéndome, ahogándome, como si no pudiera salir, como si todo lo que me quedara fuera ese abismo. Una voz grave me llamaba desde arriba, desde la superficie, pidiéndome que subiera. «Sal, Álex. Vamos, sal. Todo va a mejorar. Regresa al sol. No te rindas, no te hundas. Sal, Álex, vamos».

No sé de quién es esa voz, pero me resulta tremendamente familiar. Quizá sea la voz de Loïc, tal vez he olvidado cómo sonaba igual que he olvidado parte de él: cómo se movía, cómo suspiraba...

«No pienses en eso».

El sonido del agua me sigue retumbando en los oídos cuando abro los ojos, con el corazón acelerado y un nudo en la garganta. Me quedo un rato en la cama, mirando al techo, esperando a que el sonido del mar se apague en mi cabeza.

Cuando finalmente me levanto, el sol ya ha ganado terreno y la luz entra con más fuerza en el apartamento de Tami. Ella está en el salón, pintando una escena que mezcla fotografía con arte abstracto y *pop*. La veo sentada en el suelo, con su café y sus pinceles, completamente absorbida en lo que hace y, como siempre, con la radio encendida y los Cuarenta Principales sonando de fondo. Me pregunto si tiene siempre la radio puesta para no pensar.

—Buenos días, guapa —digo con naturalidad.

—Buenos días —responde ella girándose para dedicarme una sonrisa. Sé que hay esfuerzo en ella, pero también cariño.

—¿Vas a venir conmigo a los pases de esta tarde? —le pregunto mientras me siento cerca, en el sillón desvencijado.

Tamara deja el pincel en la taza de agua y me mira sin contestar de inmediato. Su rostro cambia un poco, como si estuviera tomando una decisión, y luego, finalmente, habla.

—No puedo, Álex. Tengo que quedarme aquí a terminar el cuadro. El cliente está pesado de cojones y estoy entre mandarlo a la mierda o acabar con esto de una vez. —Su voz es suave, casi como si se estuviera disculpando.

Yo sé que no es verdad, Tamara no deja que nadie le meta prisa, así que nunca pone plazos. No quiere estar conmigo, y es por Loïc. Es por el peso de lo que quedó entre nosotros, ese pasado que nunca dejamos atrás y que se empeña en salir, como un puto inodoro embozado, que al principio traga, pero luego ya no. Siempre que nos vemos sucede lo mismo: al principio estamos felices y llenos de nostalgia positiva, pero luego su fantasma nos arrastra.

¿Y qué voy a decirle? No le echo en cara su evasiva, no le digo nada. Solo asiento y finjo, y mi sonrisa ahora también es forzada, pero llena de cariño. A veces el amor está en fingir.

—Está bien —digo, y me levanto—. Mucho ánimo, tía. A ver si te da tiempo a terminarlo pronto y puedes venirte otro día.

—Ya, quiero ir a ver *Gattaca*. Y a tu estreno, claro.

—Ojalá. Oye, voy a comer fuera hoy, me apetece dar una vuelta, que me dé el aire del mar. ¿Quieres que te suba comida, y así no te complicas?

—Ay, eres un amor —me dice, y esta vez su sonrisa es sincera—. No te preocupes, tengo arroz con pollo. Pero cuando vuelvas nos tomamos una *cerve* antes de que te vayas, ¿vale? No quiero que estés solo tanto tiempo.

Esa propuesta me consuela un poco.

—Vale. Oye, Tami… —Ella me mira, sus grandes ojos marrones fijos en mí, aguardando. No sé qué le quiero decir, pero necesito decirle algo—. Muchas gracias por dejar que me quede y… por estar.

Ella alza las cejas y suelta una risa.

—¿A qué viene eso de pronto? ¿Qué pasa, te ha picado la cobra moñas?

—Pues igual sí —digo con una media sonrisa—. Pero lo digo en serio. Luego te veo, ¿vale?

—Vale. Y no vuelvas a darme las gracias por eso o te pego dos hostias.

—Sí, sí… Blablabla —digo haciéndole burla. La oigo reír de camino a la puerta.

Salgo de la casa sin mirar atrás. El aire fresco me da un poco de alivio. Paseo por Sitges durante horas, perdiéndome entre sus calles estrechas y bulliciosas a causa del festival. A veces me detengo a mirar las fachadas de las casas, otras solo me dejo llevar. No sé qué busco, pero sigo caminando. El sol sube alto, y me siento en un restaurante de la calle Montroig, ocupando un lugar junto a la ventana. Pido un pincho de tortilla y una caña. Mientras como, veo pasar a Tristán Ulloa y Macarena García, ambos con sus acreditaciones al cuello. También a un par de productores, gente de efectos especiales y dos maquilladoras. Todo el mundo va con alguien. Me pregunto si soy el único que ha venido solo.

«No tendrías por qué estar solo. Podrías llamar a Jon», me dice la voz de la costumbre en mi mente. Intento no hacer caso.

Después de la comida, me tomo un café y me dirijo a los pases de la tarde.

El Hotel Melià está lleno de gente hoy. Al principio me siento incómodo, como si fuera un extraño en un lugar al que no pertenezco, pero pronto me dejo llevar por el fluir de saludos, las frases hechas, las sonrisas de los demás.

—Hombre, Alejandrito —me dice Juan Cánovas, acercándose para palmearme en el hombro a modo de saludo—. Madre mía, chaval, pero cuánto tiempo. ¿Qué tal estás?

—Hola, Juan —saludo con genuina alegría. Le conocí hace cuatro años, durante el rodaje de *Orquesta Club Virginia*. Por entonces yo trabajaba en el equipo de diseño de sonido, y Juan hizo muy buenas migas con todos nosotros. Es muy majo. Pese a ser un actor tan famoso sigue comportándose como una persona normal, algo de

agradecer—. Pues bien, ya ves. Aquí, que me han nominado este año.

—Ya lo he visto, ya… Con la coproducción esta, ¿no? La de *Sol amarillo*. Felicidades, macho. Tengo ganas de verla, me han hablado bien.

—Es buena, creo —me río y Juan se ríe conmigo—. ¿Cuándo proyectan la vuestra?

—Pasado mañana. Es un follón esto, todos los años igual. Traen tantas pelis que es imposible verlas todas —añade bebiendo un trago de su copa. De pronto se da cuenta de que yo no tengo ninguna—. ¿No tomas nada, Alejandrito?

—Luego, luego.

—Si has venido solo, vente con nosotros. Estoy con Tristán, Héctor y Asun.

—No, que no quiero molestar, si estoy bien.

—Que no, coño, que te vengas.

Juan me coge del brazo y me arrastra, y antes de darme cuenta me encuentro arropado por los compañeros.

Se respira buen rollo, así que sonrío e intento contagiarme de él. Hablamos de proyectos, películas y anécdotas de festivales pasados.

En un momento dado, Jon se acerca con paso firme, su mirada escaneando la sala como si estuviera buscando algo, o a alguien. Me da un brinco el corazón. Por alguna razón que no entiendo, voy hacia él, como un barco siguiendo un faro, desesperado por la familiaridad que me da lo malo.

Nos encontramos a medio camino.

—Álex. —Sus ojos se clavan en mí con posesividad—. ¿Hoy no está tu amiga?

Lo saludo con un gesto de cabeza y él se coloca a mi lado, estorbando en el paso de otras personas que tienen que empezar a rodear una mesita para poder llegar a la barra.

—No, vengo solo.

Quería parecer desafiante, pero me da la impresión de que he sonado más bien como un chiquillo perdido en el Pryca.

—Ayer casi no pudimos hablar. Cuéntame, ¿qué tal te ha ido estos meses? —me pregunta, mirándome con una ligera sonrisa, esa

que nunca sé si es de verdad o pura fachada.

—Bien, genial. Mejor que nunca —respondo, y sé que no se lo cree. Jon y yo llegamos a conocernos bastante durante el año que estuvimos juntos. «No, Álex, en realidad él llegó a conocerte a ti. Tú ni siquiera sabías que estaba casado, ¿recuerdas?»—. ¿Y tú? ¿La película ha funcionado bien?

—Sí —contesta, con la misma calma que siempre. Su rostro se ilumina un poco, algo que rara vez muestra, pero lo hace cuando habla de su trabajo—. La recepción ha sido estupenda en el Reino Unido. Están muy contentos. Y la música les encanta. Te adoran. Todo el mundo te adora —añade con intención.

Asiento, tragándome el resto de mi copa. Hijo de puta.

—A ti sí que te adoran —digo con sarcasmo—. Oye, ¿cómo es que no has venido con tu mujer? —le suelto.

Jon frunce un poco el ceño, y su expresión se endurece ligeramente.

—¿A qué viene eso?

—No, es que parece que la escondes. Supongo que te viene bien para ligar con tíos.

—No seas infantil, Álex —me dice con condescendencia. Lo que me faltaba. Como si yo fuera el que tuviera algo que demostrar—. ¿A qué pase vas a entrar? —pregunta, cambiando de tema sin más.

—No lo sé aún —respondo, casi sin pensarlo.

Él me mira como si estuviera decidiendo algo por los dos.

—¿Has oído hablar de *Perfect Blue*? Es *anime*, un largometraje. Muy interesante. Creo que te gustaría.

—¿Género?

—*Thriller* con toques de terror.

—¿Ya la has visto?

—Sí, pero la vería otra vez contigo.

Me mira con esa mirada segura, como si no pudiera concebir la posibilidad de que no acepte. Su sonrisa. Sus manos.

«Tampoco eres tan guapo».

Pienso en decirle que no, pero, entonces, ¿qué me queda? La soledad. El vacío. La nada. «¿Y quién te ha arrastrado a eso, Álex?», me digo, pero no quiero estar solo. Incluso estar con él es mejor

opción que estar solo… y antes de encontrar otra alternativa, ya le he dicho que sí.

—De acuerdo.

—Muy bien —responde con una sonrisa, y yo me siento feliz. Satisfecho.

Su aprobación es mi droga. La aprobación es mi droga, joder.

Le sigo mientras me habla de Satoshi Kon y de no sé qué corriente de cineastas japoneses, pensando en la tremenda revelación que acabo de tener sobre mí mismo a mis veintiocho años.

Así es: soy un yonki de la aprobación. Siempre he estado acostumbrado a que alguien más tome las decisiones por mí. Es triste, pero es bueno saberlo.

Entramos a la sala y nos acomodamos en las sillas. La oscuridad empieza a envolvernos mientras las luces se apagan. La pantalla se ilumina, y la película comienza.

Las primeras imágenes empiezan a tomar forma, y mi atención se ve capturada rápidamente por la historia. No necesito mucho para darme cuenta de que Jon tenía razón, esta peli es muy buena. O tal vez no, pero a mí me gusta. La película me transmite opresión, inquietud y una extraña satisfacción.

Cuando va más o menos por la mitad, Jon mueve su mano y la coloca en mi pierna como si fuera lo más normal del mundo. Sus dedos estrechan mi muslo con suavidad y yo lo miro, escandalizado. Él me devuelve la mirada y sonríe.

No me muevo. No sé qué hacer. El calor de su mano penetra a través de la gruesa tela de mis vaqueros, y la cercanía de su cuerpo, el olor de su perfume, ese tacto que no he olvidado, me hace sentir algo que no puedo definir. No puedo quitar la vista de la pantalla, pero todo mi cuerpo es plenamente consciente de esa mano en mi pierna, y por un momento parece que el mundo se reduce a esa simple sensación.

No sé qué hacer. Mierda. Mi mente empieza a entrar en pánico, a maldecir a Tami por no haber venido conmigo, a mí mismo por no saber decirle que no, por no saber qué hacer ahora. ¿Qué hago? No sé si apartarme o seguir aquí, en silencio, como si no pasara nada.

Cada vez que su dedo se mueve un poco, siento un pequeño escalofrío, un hormigueo que sube por mi pierna, como si eso fuera suficiente para arrebatarme la voluntad. Nada tiene sentido, todo se diluye. Ni siquiera sé si sigo viendo la película o si simplemente estoy dejando que la oscuridad de la sala me trague. En este momento de angustia no me siento deseado, sino como una presa.

Jon no hace nada más. No intenta mover su mano, no hace un solo gesto que sugiera que está esperando algo. Pero el simple hecho de que esté ahí me asfixia. El calor se va acumulando, y la excitación se mezcla con el miedo, como si todo lo que intento controlar se estuviera escapando de nuevo.

La película termina al fin, y las luces se encienden. Él aparta la mano y empieza a hablar, pero para mí es como si estuvieran saliendo jeroglíficos de su boca, no entiendo nada.

Salimos al *hall*, donde intercambiamos impresiones con otros compañeros del gremio. Suelto frases hechas una y otra vez, sonrisas y asentimientos. «Sí, ja, ja, ja» es mi nuevo himno nacional, una secuencia de palabras y risas que repito de forma mecánica. Luego abandonamos el hotel, juntos, el uno al lado del otro.

Jon no me mira de inmediato, pero yo sé que para él es como si hubiéramos vuelto atrás en el tiempo y nada hubiera cambiado. Su paso es firme, tranquilo. Por dentro yo estoy en el puto Titanic.

—¿Quieres dar un paseo? —me pregunta sin girarse hacia mí, como si ya supiera lo que voy a decir.

—Sí.

Tengo el corazón a punto de estallar.

Caminamos por el pueblo, por las calles adoquinadas que se llenan de sombras mientras la noche avanza. Mi mente da vueltas, no sé qué esperar. Sabía que esto podía pasar, sabía que volver a verlo no iba a ser fácil, pero no me detengo. Mis pasos siguen a los suyos, sin preguntar nada. Que me lleve donde quiera, qué más me da. Que me folle en cualquier callejón y luego me escupa, total… Siempre será mejor que estar solo. Y al menos eso será más honesto que las noches románticas en su supuesto piso mientras me ocultaba que estaba casado y que tenía una familia feliz escondida bajo la manga.

Vuelvo al pasado una vez más.

—Tampoco es para ponerse así, ¿qué esperabas de esto? ¿Que nos fuéramos a vivir juntos? —me dijo cuando descubrí su secreto y se lo eché en cara—. Mi mujer y mis hijos son lo primero para mí. Lo segundo es mi carrera.

—¿Entonces yo qué soy?

—Lo tercero —me soltó, como si tuviera que considerarme honrado por eso.

Regreso al presente y lo miro de reojo, preguntándome si no debería hacerlo, sentirme privilegiado por su atención, porque me haya elegido de entre todos los demás tíos a los que podría follarse a pesar de que no soy tan guapo.

—Ya verás cuando la proyecten, el montaje ha quedado maravilloso. —Está hablando de *Yellow sun* y yo asiento por inercia —. Pero lo mejor es la música, la fotografía y los actores. De veras. Es increíble haber podido contar con gente tan preparada. Es que no me lo creo.

Le sonrío, aunque no me trago su entusiasmo. No, es solo parte del juego, algo que dice porque quiere algo de mí. Quiere que piense que es humilde y que nos admira, pero en realidad solo se admira a sí mismo, nosotros somos herramientas. Buenas herramientas, pero herramientas al fin y al cabo.

—Estoy convencido de que vas a ganar el premio, Álex, ya lo verás —me dice, con esa sonrisa que me resulta tan familiar—. Es un trabajo increíble, y Michael Nyman ya ha ganado muchas cosas. Además, siempre hace lo mismo…

—No pienso igual, es un gran compositor.

—Tú también. Te mereces más oportunidades para destacar.

De pronto, al pasar por una calle, algo me llama la atención; un cartel anticuado que me trae un buen recuerdo. Me paro frente al Café del Mar. Jon se detiene a mi lado, curioso.

—¿Te gusta este sitio? Es muy hortera.

Sonrío a medias, recordando que Tami dijo lo mismo.

—No, es que… —Iba a comentarle que estuve aquí el otro día y pasé un buen rato hablando con un pianista, pero de pronto me doy

cuenta de que no quiero que lo sepa. Voy a reanudar mi camino, nervioso, cuando él se acerca a mirar a través del ventanal.

—Mira, hay música en directo.

El corazón me da un vuelco y de pronto siento el suelo firme bajo mis pies. Me coloco a su lado y atisbo el interior. Hay seis o siete personas tomando café y copas, y frente al piano del rincón está Robert. Lo veo de espaldas; sus manos se mueven sobre el teclado, sus hombros se balancean un poco cuando oscila al ritmo de la música. ¿Qué estará tocando?

—Ah, no es un concierto —comenta Jon—. Es solo un pianista de bar.

Miro de reojo a Jon.

—¿Qué?

«Tampoco eres tan guapo».

—Que no es un concierto.

«Es solo un pianista de bar».

Observo de nuevo a Robert, en la penumbra, rodeado de gente que parece no darse cuenta de su presencia ni prestar atención a su música, que seguro que de nuevo es excepcional.

Y entonces lo siento: el tiempo. El tiempo deteniéndose, dejándome en libertad. El pasado diluyéndose. El presente anclándome al mundo.

—¿Quieres entrar? —dice Jon entonces.

—Sí —respondo. Mi cerebro empieza a funcionar de verdad, libre como nunca, y mi alma se prende con una voluntad renovada. «Tampoco eres tan guapo», «es solo un pianista de bar». Hijo de puta engreído—: Sí, quiero entrar, pero tú no vienes.

—¿Perdón?

Hay un conato de risa en sus palabras, pero yo ni siquiera lo miro. Jon no existe, es una bruma, un sueño. Miro los dedos de Robert, intentando adivinar las notas. Dios, necesito escuchar eso.

—Vete a tu hotel, o de bares, o donde quieras. No quiero pasar más tiempo a tu lado. —En la pausa que sigue, percibo su sorpresa —. Eres un hijo de puta, Jon. Utilizas a la gente, nos tratas a todos como si fuéramos tu corte y tú el puto Rey Sol. Te crees mejor que los demás, pero no lo eres, solo tienes más dinero y mucho morro.

Yo me quedo aquí, no quiero estar contigo. Ni hoy ni nunca más —digo, volviéndome a mirarlo de reojo un momento. Jon no da crédito —. Por cierto, Trajano no tenía barba. Ningún emperador la llevó hasta que la puso de moda Adriano, salvo Nerón. Y no era una barba completa, solo un matojo rancio como el tuyo. A quien me parezco es a Marco Aurelio —suelto, y me marcho, dejándolo ahí plantado y entrando al local.

Una vez dentro, es como si hubiera cruzado las puertas del cielo. Camino intentando no hacer ruido hasta una mesa cerca del piano, distinguiendo la melodía entre los susurros y murmullos de la gente.

Al fin puedo escucharla, y, como sospechaba, es maravillosa. Tiene un ritmo suave y tranquilo, casi como el sonido de un río que fluye lentamente. Notas de piano ligeras, luminosas, claras como un día de invierno soleado. Pequeños pasos en un sendero. Los sonidos conforman una atmósfera relajante, un poco nostálgica, como un paisaje tranquilo al amanecer, donde todo está quieto y en calma.

—*Good evening*, Álex —dice Robert, alzando la mirada hacia mí un instante, sin dejar de tocar, y su voz grave y aterciopelada se teje también con los sonidos, y es perfecta.

El suelo es sólido bajo mis pies de nuevo. El olor del café y el *whisky*, de los perfumes baratos de la concurrencia me envuelven como una bofetada de realidad. Estoy aquí. Y todo está bien.

De pronto, las notas se aceleran en un adorno circular, arpegiado, como un aleteo, cada vez más envolvente. Las letras ocultas en la música se convierten en palabras, las palabras en frases y las frases en párrafos, los párrafos en ideas. La melodía habla, como siempre debería hacerlo, y crea una historia más grande que yo, más grande que él, más real que la realidad.

Un movimiento constante, las piezas de un rompecabezas uniéndose poco a poco.

«Dios, qué bueno es», pienso de nuevo, con un hormigueo en el pecho.

Observo sus dedos. Es cierto que la pieza no es técnicamente desafiante, pero es como si no le costara nada. Esa facilidad contrasta con la profunda emotividad de la melodía. Puedo ver cómo

se balancea al pisar los pedales y usa todo el cuerpo al tocar, de forma serena y elegante.

Dios, cuánto lo envidio. Dios, cuánto deseo ser él, o al menos tener sus manos (grandes, con los tendones marcados), saber tocar así.

La canción termina, y, como siempre, nadie aplaude. Él aguarda un momento antes de apartar los dedos de las teclas.

—Empiezo a pensar que solo te veo yo. ¿Cómo puede ser que a nadie le importe lo que acabas de hacer?

Robert se ríe entre dientes y me mira de reojo.

—Está bien. No lo hago para que importe. —Hoy está menos pálido, menos a la defensiva, o eso me parece. Sigue tocando mientras habla. La pieza anterior ha terminado, esta transcurre a un *tempo* más constante, casi un dibujo ornamental en modos griegos —. ¿Qué tal tu película?

—No es mía, yo solo hago la música. Y no la han proyectado aún. —Él asiente y sigue tocando. Entonces me doy cuenta de que está intercalando algunos motivos del tema principal de *Yellow sun* en esas melodías y el corazón me da un vuelco. Una oleada de calor me sacude por dentro, una mezcla de euforia y gratitud—. ¡Eso sí que es mío! —digo sin pensar.

—¿Te importa?

—No, claro que no.

Me quedo en silencio, mirando el teclado y, de vez en cuando, a su perfil. Quiero preguntar por esta canción, pero al mismo tiempo siento que si hablo ahora, si interrumpo esto, estaría rompiendo algo sagrado e irrepetible, como una vidriera. Y no quiero hacer eso.

Es tan bonito. Hay tanta esperanza. Es tan auténtico.

Cuando termina, mientras enlaza con otra pieza distinta, aprovecho para levantarme y pedir en la barra. Me atiende la chica morena de la otra vez.

—Hola, ¿qué te pongo?

—Un café y lo que sea que beba él. —La muchacha mira a Robert y asiente—. ¿Hace mucho que viene aquí?

—¿Robert? Es un habitual —dice con una sonrisa amable.

—Qué suerte tener a alguien que toca así de bien.

—Sí, la verdad. —La veo llenar un vaso bajo de ginebra y colocar una rodaja de limón—. A todo el mundo le encanta.

—Pues no lo parece —suelto sin poder evitarlo. Ella me mira y en sus ojos hay una cierta hostilidad, aunque sus labios sonríen. Me doy cuenta de lo inapropiado del comentario—. Perdón, no pretendía ser maleducado, es que… realmente es un portento, podría tocar en auditorios si quisiera.

—Pues no parece que quiera, le gusta tocar aquí —espeta—. ¿Es un portento? —dice, mirándolo de nuevo. Hay cierta adoración en sus ojos oscuros.

—Sí, lo es.

—La gente de a pie no sabe eso, pero tampoco importa. A los clientes les gusta y no lo quieren molestar. Robert es muy reservado. Prefiere estar solo.

Percibo una indirecta en esa última frase, pero no hago mucho caso.

—Entiendo. ¿Cuánto es?

Pago las bebidas y cuando voy a cogerlas para llevarlas a la mesa, la chica sale de detrás de la barra y me acompaña. Noto la tensión en su sonrisa y me doy cuenta de que le caigo mal. Deja las bebidas en mi mesa y cuando se va, la veo detenerse junto al piano y decirle algo a Robert casi al oído. Él asiente, sin darle mucha importancia. Cuando la chica desaparece, dejo de pensar en ello y me quedo de nuevo abstraído en la música.

Es curioso lo que hace Robert con el tiempo. Recuerdo lo que me contó hace dos noches, cuando nos conocimos: el fin del tiempo no significa que todo termine, sino que el tiempo desaparece y uno deja de pensar en el pasado o en el futuro, simplemente existe. Es extraño ese concepto, algo que me cuesta aceptar, y, sin embargo, diría que es lo que siento cuando estoy aquí, oyendo su música.

Siempre he estado ansioso por el futuro o triste por el pasado, pero el fin del tiempo es el momento, el ahora. Es vivir sin un tictac que marque ningún avance. Solo vivir, en una apacible espiral de presentes continuos que camina sobre sí misma con pequeñas variaciones.

La idea me resulta reconfortante, y pienso en ella mientras escucho las notas finales. Como la otra vez, Robert termina de tocar y se queda un instante con los dedos sobre el teclado, aguardando a que la última vibración de las cuerdas se disipe. Luego se endereza y suspira, se levanta de la banqueta y viene a sentarse a mi mesa. Parece sereno, y sus ojos me miran con una simpatía real.

—Te aplaudiría, pero aquí no se estila —le digo con humor.

—La verdad, lo prefiero así —reconoce y coge la copa—. María me ha dicho que esta es de tu parte.

—Qué menos. Quería agradecerte la conversación del otro día… y lo de hoy.

Levanta la ceja con curiosidad, dando un sorbo al vaso. Lleva un traje gris marengo con una camisa negra, se arregla los puños después de beber.

—Lo del otro día no tiene importancia. ¿Y qué he hecho hoy?

—Nada. Existir —digo simplemente. Quizá he sido demasiado espontáneo, porque de pronto veo que frunce el ceño y un súbito latigazo de melancolía enturbia sus ojos azules—. Estaba… Hoy ha sido un día difícil. Y anoche tuve una pesadilla en la que me ahogaba en el mar.

Me interrumpo al recordar el sueño, la voz que me llamaba. El estómago me da un brinco, mi corazón se acelera. La voz que me decía que saliera a flote, que no me rindiera… Esa voz familiar no era de Jon ni tampoco de Loïc. Era la voz de Robert.

¿Cómo es posible? ¡Si apenas lo conozco! ¿De veras soy tan influenciable, tan frágil?

—Me alegra haber sido de ayuda. —Lo miro, sorprendido, creyendo que se refiere a mi sueño, pero entiendo que solo es una forma de hablar—. La música suele tener ese efecto.

—Sí, supongo. Pero no toda la música es igual ni sirve para lo mismo. ¿Qué has tocado hoy? Aparte de la improvisación. Me siento honrado, por cierto.

—No es nada. Te dije que tu obra era buena, y es cierto. —Da otro trago a la ginebra. Luego veo que saca el tabaco y se pone un cigarrillo en la boca, ofreciéndome otro a mí. Lo cojo y dejo que lo encienda con su mechero de metal. Cuando se acerca, percibo de

nuevo el olor a madera y cipreses—. Se llama *First sun*. La que sonaba cuando llegaste.

Doy una calada y un sorbo a mi café, esperando a que siga. Se toma su tiempo, encendiendo su propio cigarrillo y recostándose en la silla. Esta vez no pierde la mirada en el local, me mira a mí.

—Tu música me recordó a esta canción. Solo por el título, en realidad, pero pensé que sería buena idea rescatarla la próxima vez que te viera. Parece que te gusta el sol.

Sonrío, sintiéndome reconfortado de un modo que no sé explicar.

—Me gusta, sí. ¿De qué trata *First sun*?

—Es sobre el primer amanecer tranquilo de este mundo.

—¿Es que hay amaneceres intranquilos?

—Debió haberlos, supongo —prosigue—. Hubo un tiempo en que este planeta eran placas tectónicas empujándose unas a otras, volcanes en erupción, gases venenosos flotando sobre un agua hirviente. Después, todo se calmó. Me gusta imaginar ese primer amanecer tranquilo.

Alzo las cejas, impresionado.

—Vaya. Encuentras inspiración en cosas muy filosóficas.

Robert se ríe, sigue siendo una risa lenta y grave, no muy sonora, pero es más abierta que la de la noche en que nos conocimos.

—Supongo. Tengo mucho tiempo para pensar.

—¿Vives solo?

—Sí. —Me dispongo a hacer la siguiente pregunta cuando me sorprende al devolvérmela—. ¿Y tú?

Debe ser que no estoy acostumbrado a que se interesen por mí, porque de pronto me pongo muy nervioso.

—Ah… Sí, ahora mismo sí. Bueno, me estoy quedando en casa de una amiga, aquí en Sitges, pero en Madrid… Yo vivo en Madrid, soy de allí, y sí, vivo solo ahora mismo.

—¿Por elección propia, o circunstancias de la vida?

—Parte de ambas, creo. ¿Cuál es tu caso?

—Elección propia.

—¿No te gusta la gente? —Se ríe otra vez, bebiendo un trago y desviando la mirada—. La chica de la barra me ha dicho que

prefieres estar solo, creo que ha pensado que yo te estaba molestando.

—María es muy protectora conmigo. Creo que causo ese efecto a veces. —Pienso que sí, recordando la primera vez que lo vi—. No me molestas, y no es que no me guste la gente, solo que no siempre, y no toda.

—Muy lógico. Brindo por eso —digo, alzando mi taza. Él choca suavemente su vaso y ambos bebemos—. Además, vivir solo es más cómodo —añado.

—Cierto. Y, en mi caso, no suelo pasar mucho tiempo en el mismo sitio.

Esas palabras me generan más curiosidad, pero intento no asediarlo a preguntas como en la ocasión anterior, me limito a asentir y a fingir que no percibo su mirada fija en mí. Hay algo animal en ella, pero no sé lo que es. No es que sea desagradable, ni algo… sexual, es otra cosa, algo que no entiendo. Hay un largo silencio entre los dos. Después, su voz se vuelve más suave, casi terciopelo, cuando vuelve a hablar.

—¿Por qué has tenido un día difícil?

Levanto la mirada, extrañado. Me cuesta mantener la suya ahora que tiene ese matiz preocupado, amable, melancólico. Me siento como si no mereciera que nadie me mirase así. No debería preocuparle, no nos conocemos.

—Es… una larga historia.

—Si eso es lo que te impide hablar de ello, tengo tiempo.

Suspiro, mirando de reojo hacia el cristal. Recuerdo haberme detenido ahí, al otro lado del ventanal de vidrio, con Jon. Dios, ¿cómo pude irme con él? Estaba dispuesto a ir a su hotel. ¿Cómo he podido volver a caer tan pronto?

—También es una historia vergonzosa. Y patética.

—Eso es porque es una historia real. No tiene nada de malo. —Hago una mueca, no estoy seguro—. No tienes por qué hablar de ello si no quieres, pero quizá te venga bien.

—La verdad es que no sabría por dónde empezar —reconozco, aunque me siento mal de inmediato, como si fuera a decepcionarle

mi respuesta—. Estoy bien así, hablando de música. ¿Podemos seguir con eso?

—Por supuesto. Hablemos de música. ¿De verdad te gustan las Spice Girls?

Se me escapa una carcajada y me relajo al instante al ver que no me va a presionar.

—¿Qué tiene de raro? Son geniales. *Wannabe* es buena, ¿no crees?

—Define «bueno» —añade con una risilla.

Y defino lo que es para mí «bueno». Y charlamos sobre música y grandes éxitos, sobre música para bailar y música para escuchar.

El fin del tiempo.

El presente, sin pasado ni futuro. Solo dos personas hablando de las Spice Girls en una cafetería de Sitges mientras la noche transcurre, a merced de las rotaciones de la Tierra.

Su voz es agradable y tranquila, y a medida que conversamos, entre algunas bromas y risas veladas, su vaso sigue lleno y en mi taza solo quedan los posos del café. El cenicero se llena de colillas, sobre todo de él. Yo apenas fumo dos cigarros, y el segundo por puro vicio, no porque me apetezca. No suelo fumar, solo de vez en cuando, pero para él parece un hábito constante. La conversación no se agota, porque de las Spice Girls pasamos a hablar de mis canciones, y de mis canciones a sus canciones.

—Escuchándote tocar siento que lo que tú haces es real, y que lo que yo hago son solo bocetos, ¿sabes? —confieso. Ya no queda casi nadie en el local, solo otras dos personas, él y yo—. Como si estuviera encadenado o dentro de una caja. Espero aprender a quitarme las cadenas, salir de ahí y… no sé. Poder hacer algo como lo que haces tú. La verdad es que te odio un poco.

Se ríe entre dientes.

—Pues hazlo. Puedes hacer lo que quieras. —Voy a decir algo, pero me interrumpe—. No es fácil, lo sé. Tampoco lo fue para mí. Por eso quiero decírtelo, porque tal vez me habría venido bien que alguien me lo dijera en el pasado. Parece evidente, pero no lo es.

—Sí, es cierto —respondo. Hacer lo que quiera. No quería ir con Jon y me fui con él. Dios, lo que quiero… Lo que quiero… ¿Qué es lo

que quiero?—. Me gustaría ser libre. Estar libre del pasado y del futuro. —Libre de Loïc. Libre de Jon. Libre de la posibilidad del éxito y de la posibilidad del fracaso—. Quiero vivir sin tiempo, dejar de sentir que me ahogo con él. Con el arrepentimiento, con las expectativas. Con el miedo.

Asiente, dando una calada.

—Lo comprendo.

Una sensación de euforia, de conexión, se extiende por mi pecho.

—¿Cómo lo haces tú? Para no tener miedo.

Ahora su mirada está perdida en un extremo de la sala, pero de pronto vuelve a mí, y hay tantos cristales rotos dentro de esos ojos, tantas vidrieras destrozadas, que se me hace un nudo en el corazón. Y entonces dice, casi a media voz:

—¿Quién te dice que no lo tengo? —Hace una pausa, dando otra calada, y esta vez exhala el humo por la nariz—. Todos tenemos nuestro propio mar en el que ahogarnos.

Capítulo cuatro

Fragmentos



La noche transcurre sin que apenas me dé cuenta. Cuando llega la hora del cierre, a las tres de la mañana (una hora excesiva para un día entre semana), sobre la mesa hay tres tazas de café vacías, un cenicero lleno y la copa de Robert, que sigue casi intacta. Hemos estado hablando de todo un poco: de música, sobre todo, pero también del mundo que nos rodea. Le he contado que estudié en el conservatorio, que mis padres querían que fuera concertista en vez de compositor y que me echaron de casa por ser gay. Le he contado cuáles son mis películas favoritas, mis músicos preferidos, las piezas que más me costaba tocar, las manías que tengo al componer.

Robert no habla mucho de sí mismo, pero su personalidad se desvela poco a poco: es anticuado, melancólico, reflexivo y profundo. También un poco esnob. No le gustan mucho las Spice Girls, pero entiende que tiene prejuicios y que en parte es por eso. Le gusta el cine, pero es más de teatro. Le he contado de qué va la película y le he hablado un poco de Jon, aunque no de lo nuestro: solo le he dicho que es un director bilbaíno de cine fantástico que trabaja en Francia e Inglaterra y que hemos colaborado varias veces.

Él me ha dicho que conoce a María, la camarera del Café del Mar porque «la chica tenía un problema» y le echó una mano, aunque no ha entrado en detalles. Dice que es un lugar con mucha historia y que por eso le gusta. Por eso y por el piano, claro.

—Lo trajo María, era de su abuelo. Cuando falleció quiso quedárselo, pero no tenía dónde guardarlo, así que le propuso al

dueño dejarlo aquí —me cuenta mientras se pone la chaqueta y recoge el paquete de tabaco de la mesa. Miro a la joven, que está limpiando la barra y me devuelve una mirada extraña, entre hostil y desconfiada—. Coge tus cosas, hay que irse ya.

—Ah, sí, claro.

Agarro mi chaqueta y la bandolera de lona que llevo siempre, llena con más cosas de las que voy a necesitar, y me dirijo a la puerta. Antes de irnos, Robert habla con María un instante, supongo que para despedirse. Lo veo sonreír. Sus ojos brillan con afecto y esa luz se refleja en ella, iluminándola como el sol a la luna. Siento una punzada de envidia, pero se me pasa cuando observo que María me mira ya sin rencor y me saluda con la mano. Tras un rato, Robert regresa junto a mí y abre la puerta para salir.

—Te acompaño a casa —me dice.

—No es necesario —respondo, nervioso.

—Lo sé, pero quiero seguir hablando contigo. ¿Te parece mal?

Que lo diga así, sin más, me hace ilusión, y niego con la cabeza, aceptando la oferta.

—No, claro que no. —Salgo delante y me subo el cuello de la americana. A estas horas de la noche, el aire otoñal sopla frío y cortante—. Hace dos días no querías hablar conmigo, no te creas que no me acuerdo —le digo medio en broma—. Me alegro de que hayas cambiado de idea.

Por un rato caminamos en silencio. Que Robert no diga nada después de mi última frase me inquieta un poco; parece perdido en sus pensamientos. Bajo la luz de las farolas, lo veo más pálido que con las bombillas amarillentas del Café del Mar, y me doy cuenta de que tiene pequeños cercos oscuros bajo los ojos, esos ojos extraños y feéricos que parecen estar mirando muy lejos, lejos en el espacio y en el tiempo.

—¿Crees que dormirás bien esta noche? —pregunta entonces, sorprendiéndome.

—No lo sé, espero que sí. ¿Por qué lo dices?

—Porque te has bebido tres cafés.

Me río por lo bajo.

—Es verdad, siempre hago lo mismo. Bueno, si no consigo conciliar el sueño me quedaré despierto hasta tarde viendo películas malas y componiendo. Quizá al fin me salga algo bueno y auténtico.

—¿Hay piano en casa de tu amiga?

—No, pero no lo necesito. —Eso parece llamar su atención, me mira alzando la ceja mientras se enciende otro cigarro—. Lo hago de cabeza. A veces dibujo un teclado en un folio y me guío por eso.

—Interesante —dice desde detrás de la nube de humo—. No mucha gente puede hacerlo así.

—¿De verdad? Creía que era normal.

—Pues no lo es.

Sonrío. Por lo visto, soy bueno. «Sí, Álex, eres bueno en algo que llevas haciendo veinte años, qué sorpresa», me digo. El olor de su cigarro me cosquillea en la nariz y hablo sin pensar.

—¿No fumas demasiado? —le pregunto, y al hacerlo me siento un poco intrusivo—. Ya sé que de algo hay que morir, pero… —Cuando le veo reírse por lo bajo, lo miro, medio ofendido—. ¿Qué pasa?

—Nada. Lo siento. —Niega con la cabeza y de pronto tengo un mal presentimiento.

—¿Te estás muriendo? —suelto sin más, con una preocupación genuina. Me he detenido debajo de una farola y lo miro a los ojos—. Dime la verdad, no me mientas.

—¿Qué? —Los segundos pesan como losas—. No, Álex, no me estoy muriendo —dice al fin, y suspiro de alivio. Había estado tenso hasta que ha respondido.

—Joder, qué susto.

—Te asustas mucho —ríe.

—Lo sé, lo siento.

—No te disculpes. Pero no deberías. Mereces una vida en la que no tengas que estar siempre alerta.

Lo miro de reojo, conmovido.

—Gracias. Supongo que tienes razón. Sé que apenas nos conocemos, pero eres muy buena persona, no quiero que te pase nada malo —digo con sencillez. Puede ser una frase algo infantil, pero es lo que siento.

Él me mira con afecto.

—Te agradezco los buenos deseos, pero no te preocupes por mí. No merece la pena. —Arrugo el entrecejo, sin entender del todo esas palabras. De pronto me da una suave palmada en el hombro—. Vamos. Quiero llegar antes de que amanezca.

—¿Dónde vives tú? —le pregunto entonces con curiosidad, retomando el trayecto. Su forma de caminar es tan elegante como el resto de su persona.

—En la calle Jesús.

—¿Número?

—¿Pensando en hacerme una visita?

—Tal vez. ¿Qué pasa, es secreto? —Le quito el cigarro de la boca para darle una calada y veo el brillo divertido en sus ojos—. ¿Te busca la Interpol o qué?

—Veintiocho.

—¿Ves? No era tan difícil. ¿Por qué eres tan reservado? —De nuevo no hay respuesta—. Eres la persona más extraña que he conocido nunca. Y he conocido a gente muy rara.

—¿De veras? —Hace una pausa mientras subimos una cuesta empinada entre dos edificios blancos que reflejan la luz de las farolas—. Entonces seré una buena anécdota que contar. «En Sitges, en el festival del 97, conocí a un inglés muy reservado que tocaba el piano. Le pedí que escuchara mi música y me dijo que era buena».

Lo miro de reojo y me río un poco cuando lo hace él, pensando con cierta melancolía en el hecho de que somos anécdotas. Quizá por eso Tami y yo hablamos tan poco de Loïc, porque no queremos que se convierta en una anécdota.

—No tan buena como la tuya. Me ha gustado mucho lo que has tocado hoy. ¿Cómo se llamaba la segunda pieza, por cierto? No me has hablado de ella.

—*Fragments*. En castellano es… ¿pedazos? Trozos…

—Fragmentos. Entiendo. Era un tapiz, ¿verdad?

—Algo así. La noche en que te conocí me preguntaste si *End of time* trataba sobre recuerdos y te dije que no. *Fragments* sí que trata sobre recuerdos. De vez en cuando, le añado algunos nuevos.

Lo miro, arrugando el entrecejo.

—¿Dónde aprendiste tú a tocar?

—Me enseñó mi madre. Era pianista. Luego fui a algunas clases, pero no tengo ningún título oficial.

—¿Y cuál es tu profesión? ¿Has tenido alguna?

Robert se lo piensa. No entiendo por qué tiene que pensárselo todo tanto. Finalmente, responde.

—Mi padre era carpintero. Yo lo fui durante un tiempo.

—¿En serio?

Asiente con la cabeza.

—Era una buena labor, la recuerdo con afecto.

—¿Y cómo te hiciste rico?

—Ya hemos llegado.

Con el cigarro encendido, señala el edificio donde está el apartamento de Tamara. Sé que no va a responder. Miro la puerta en silencio. No quiero irme. No quiero que acabe esta noche tan extraña. Quiero que este presente dure para siempre, no quiero ningún futuro.

—Espero que hoy duermas bien, Álex.

—Sí, yo también. En fin, nos vemos —respondo con más ligereza de la que siento, ofreciéndole la mano a Robert.

Se lo piensa antes de estrecharla.

—Nos vemos.

De nuevo, una corriente me sacude por dentro, como si hubiera tocado un metal cargado de radiación. Su mano está fría, pero hay una energía extraña que emana de él hacia mí, atrayéndome de una manera que no puedo explicar y me asusta un poco. «Estoy sensible, soy demasiado emocional. Solo es la noche, la confusión, mi corazón lleno de nudos. No es nada más. No puede serlo», me digo a mí mismo, sonriendo mientras finjo indiferencia.

Pero sus ojos son vidrieras llenas de extrañas promesas que no entiendo del todo. Y entonces me suelta y busca otro cigarro en su chaqueta, y sus ojos ya no me miran, se levantan hacia el balcón del segundo piso.

—Vamos, entra.

Obedezco de forma automática, me acerco al portal y abro con la llave, girándome un momento para mirarlo y despedirme.

—Buenas noches.

Él levanta la mano tras la nube de humo y aguarda hasta que la puerta se cierra. Lo veo esperando incluso entonces, como si supiera que sigo ahí. Subo las escaleras a toda prisa, el corazón latiendo con fuerza en mi pecho, aunque esta vez es una sensación agradable, ilusionante.

Cuando entro en el apartamento, Tamara está despierta, bebiendo vino de la botella que no terminamos el primer día y con los pies subidos al sofá. Me mira, preocupada.

—No he estado con Jon —suelto nada más entrar, cerrando a mi espalda.

—¿Me lo juras? —espeta.

—Te lo juro. He estado a punto, pero conseguí decirle que no.

—Joder, Álex. —Tamara deja la botella, se levanta y viene a abrazarme. Me abraza tan fuerte que me dan ganas de llorar. La abrazo a mi vez, llenándome de su olor a flores y a pintura—. Te juro que me iba a dar algo. El puto Jon. Me alegro de que hayas sido fuerte. Tienes que seguir siendo fuerte, ¿vale? No vuelvas a esa mierda.

—Vale.

Por un rato nos quedamos así, abrazados. Luego ella suspira y me suelta, haciéndome un gesto hacia el sofá. Nos sentamos y ella me llena un vaso de Nocilla con lo que queda del vino.

—Fui al Café del Mar y he estado allí hasta que han cerrado.

—Ah, el sitio ese. Le has cogido el gusto, ¿no?

—Sí. Es como estar fuera del mundo, me siento seguro allí. Jon me estaba llevando a su hotel, pero entonces lo vi y me metí dentro. Le dije que se fuera, que no vamos a volver a estar juntos y que es un engreído. —Ella me mira con sorpresa—. Que se aprovecha de la gente. Lo he mandado a la mierda.

—¡Sí! —exclama feliz, dándome dos besos sonoros en las mejillas —. Dios, cuánto me alegro. ¡Cuánto me alegro! Odio a ese tío. Y te odio a ti, por haber tardado tanto en mandarlo a la mierda.

—No seas cabrona. No era fácil, ¿sabes?

—Ya. No, si ya lo sé. O sea…, sé que a ti te cuesta mucho decir que no, y que en el fondo… —Hace una pausa. La miro, ella niega

con la cabeza.

—¿En el fondo, qué?

—Nada.

Tomo aire y miro la televisión. Está encendida, Tami tiene puesto el teletexto.

—Sabes que en el fondo me pasa como con Loïc. Dilo.

—No quería decir eso.

—Sí querías, y deberíamos hablar de ello. De Loïc. De todo lo que pasó.

—No quiero. Es doloroso.

—Como si no doliera igual cuando no lo mencionamos —espeto, haciendo un gesto alrededor—. Míralo, está en todas partes.

—Que no quiero hablar de eso —dice más firme, mirándome con rabia—. ¿Lo dejas ya?

—Sí. —Asiento, mirando alrededor—. Lo dejo. Pero lo dejo de verdad.

—¿Qué quieres decir? —pregunta ella, a la defensiva.

—Que voy a dejarlo atrás. Voy a pasar página. —Hago una pausa, bebiendo del vaso de cristal grueso—. ¿Sabes? Desde que conocí a Loïc sentí que era el sol. Una luz resplandeciente, el cabrón. Como una guía. Yo me sentía incómodo en la oscuridad, y él era tan brillante… y sé que a ti te pasaba lo mismo. Tenía ese rollo, ya sabes. El carisma, el impulso, las ganas. Así que me pegué a él y me dejé llevar; y tú, tan dura y tan chunga, hiciste lo mismo.

—Álex, me cago en todo, no quiero oír eso —suelta poniéndose en pie y dejando el vaso de un golpe en la alacena. Se agarra a ella.

Suspiro y miro hacia el balcón. Esto no es fácil, necesito reunir fuerzas. Pienso en la imagen de Robert al otro lado de la puerta del portal, como si me estuviera velando. Me pregunto si sabía que miraba hacia aquí cuando alzó la vista desde la calle hacia el balcón del segundo piso. Me pregunto si estará ahí abajo aún, si podré verlo en caso de que decida asomarme. Me pregunto si es su voz realmente la que me llama mientras me ahogo en sueños, la que me da fuerzas para salir del agua.

Y deseo que sí. Es una fantasía, una locura, pero deseo que sí.

—Pues no me escuches, pero yo lo voy a dejar ir ya, Tami. Tía, no puedo más. No puedo más con la culpa, con la pena… Y con la dependencia. Antes era Loïc, pero luego fue Jon, y al final hago lo mismo siempre. No quiero seguir así. —Suspiro de nuevo, recargando los pulmones de aire, las células de oxígeno—. No quiero seguir siendo una superficie que refleja la luz de otros. Quizá mi luz sea pequeña. Quizá no sea el sol, solo la brasa de un cigarro. O a lo mejor ni siquiera tengo luz, y aprendo a vivir en las sombras y a estar a gusto ahí, sin sentir que tengo que conseguir cosas para que me quieran, que tengo que decir que sí a todo para que me acepten. Que tengo que coleccionar logros para tener valor como persona. Quiero poder vivir sin eso. Sin aprobación. Solo con aceptación.

—Álex…

—Y lo de Loïc estaba embarrado por eso, porque me he dado cuenta de que soy un yonki de la aprobación y, admitámoslo, él era un yonki de la admiración. Le gustaba que todo el mundo lo adorase. Y que lo quisiéramos. Le gustaba más eso que querernos. —Escucho el sollozo de Tamara, veo su espalda doblarse, y me siento como un cabrón, pero al mismo tiempo me siento bien, porque Tami nunca se ha quebrado, y tenemos que quebrarnos. Ahora lo sé. Algunos huesos deben romperse para volver a soldarse bien—. Lo siento, pero es la verdad, y tú lo sabes. Loïc nos quería a su manera, pero su manera no era la nuestra, ni tampoco la mejor. Quizá con el tiempo hubiéramos aprendido a hacerlo bien, pero no tuvimos ese tiempo. Siempre fuimos sus espejos, el sol era él. Y cuando murió… Cuando murió yo me fui hacia cualquier luz, igual que una polilla. Pero no sé qué has estado haciendo tú. No sé cómo lo has llevado, lo que has hecho para seguir adelante, qué partes de ti has escondido debajo de la alfombra, cuáles has quemado. —Me pongo de pie y camino hacia ella. Le pongo la mano en el hombro y ella la aparta de un golpe, llorando con más fuerza—. Y quiero saberlo. Estamos los dos hechos mierda, tía. ¿Por qué no te apoyas en mí?

—Porque no eres lo bastante fuerte para sostenerme —dice ella entre lágrimas, con rabia—. Eres débil, estás ocupado con tus propios traumas y te dejas llevar por cualquier tío que te da una

migaja de atención. No tienes carácter, Álex, nunca lo has tenido. Eres buen amigo, pero no me sirves como apoyo, joder.

Arrugo el entrecejo. Debería dolerme lo que dice, pero no me duele, porque en cierto modo entiendo que crea eso. La rodeo con los brazos mientras ella intenta deshacerse de mi gesto.

—Ya. Pues soy el que está aquí. Así que voy a tener que servir.

Ella llora más fuerte. Al final se da la vuelta y me abraza, y por primera vez desde que la conozco, Tamara Sanz deja de obligarse a ser fuerte y se deja caer, tan patética y rota como yo.

Mi mente se llena de recuerdos: el día que conocí a Loïc en el Tirso de Molina, entrando a BUP, el día en que Tamara nos contó el primer chiste de mierda, el primer día que faltamos a clase juntos para beber litronas en el parque. El primer porro, las primeras risas cómplices, la primera cinta grabada entre los tres. El cumpleaños de Tami, las carreras para coger el último bus. Lo mal que cantaba, lo bien que hablaba. Él sí que sabía hablar. Y nosotros lo escuchábamos, subyugados, hipnotizados.

Escenas.

Momentos.

Recuerdos.

Fragmentos.

Poco a poco, me siento más y más ligero, y creo que, por primera vez, me entiendo mejor a mí mismo.

—Me vine aquí para olvidarlo y no lo olvido, Álex. No lo olvido, joder. —La voz rota de Tami es como un hilo cosiendo esos fragmentos. La abrazo con fuerza—. Es verdad lo que dices, está en todas partes y no sé cómo hacer que se vaya. Intento conocer a gente, pero nadie me lo borra de dentro. Lo ocupa todo, no deja hueco para nadie más. Es horrible. Y van seis años ya. ¿Cuándo se va a acabar esto?

—Se acabará, ya verás.

Volvemos a sentarnos en el sofá, abrazados. El resto de la noche transcurre entre silencios y conversaciones a media voz. Hablamos de Loïc, de Jon, de mis padres, de sus padres. Hablamos de cómo la familia de él nos culpó a nosotros del accidente, de cómo nuestras familias nunca entendieron qué pasaba con nuestra vida, creyendo

que era todo por las drogas y el alcohol, sin entender que estábamos perdidos, como todo el mundo lo está cuando es joven en esta época extraña e incierta.

Y al final, nos quedamos dormidos ahí, abrazados, como dos borrachos… y esa noche no sueño con el mar, sino con una playa.

Una playa gris, pedregosa, donde las olas rompen, también grises, y arriba, un sol pálido brilla. Quizá el primer sol de un mundo en calma.

Capítulo cinco

Aquí, ahora



Al día siguiente, llego al hotel Melià yo solo con la acreditación colgando del cuello y más sueño del que recuerdo haber tenido en años. En el pase matinal proyectan esa película de ciencia ficción con la banda sonora de Michael Nyman, y he pensado que tenía que verla, aunque ahora me arrepiento un poco. Quiero dormir, maldita sea.

El vestíbulo está lleno de gente: directores, actores, técnicos de sonido, maquilladores, periodistas. Entre las caras conocidas distingo a Laura Raldi, con su melena oscura planchada a la moda y un cigarrillo a medio consumir entre los dedos. Es la encargada de vestuario de *Yellow sun*, una mujer madura, hiperactiva y delgada como un alambre de tanto beber Coca Cola Light en ayunas. Está rodeada de su pequeña corte de asistentes de vestuario y diseñadores, todos vestidos con un estilazo envidiable. Yo voy en vaqueros y camisa, con la americana abierta, pero ya me da igual no encajar. Desde ayer por la noche estoy empezando a encajar conmigo mismo, y eso es más que suficiente.

—¡Álex! —me llama al verme, con su voz rasposa de tanto fumar —. Ven aquí, anda. —Me acerco y me recibe con dos besos ruidosos —. ¿Has venido solo?

—Sí.

—Pues ya no. Vamos a ver alguna peli. ¿Cuál te interesa más?

—Quería ver *Gattaca*, aunque voy a sufrir. La banda sonora está nominada.

—¿Y vienes a escucharla de primera mano para sufrir con razón?

Me echo a reír.

—Algo así.

—Vale, vamos contigo.

Mientras nos dirigimos a la sala, mi mirada se cruza fugazmente con la de Jon. Está unos metros más allá, hablando con un grupo de periodistas, la sonrisa ensayada y perfecta en su rostro. Me esfuerzo en ignorarlo y sigo a Laura hasta la sala de proyección.

Nos acomodamos en nuestros asientos y, en cuanto las luces bajan, me dejo llevar.

Desde el primer fotograma, *Gattaca* me conquista. La estética es hipnótica, fría y elegante. Todo es geometría, simetría perfecta, como una partitura visual sin una sola nota fuera de lugar. Y la música… En fin. La música.

Michael Nyman, pedazo de cabrón.

Las cuerdas, la repetición hipnótica de las notas, la melancolía sutil, devastadora, de cada pieza… En algún punto, dejo de pensar, solo me dejo llevar. La escena en la que un pianista de doce dedos interpreta el *Impromptu* de Schubert me impacta como un puñetazo en plena cara. Parece que este maldito festival se ha propuesto no dejarme indiferente con nada, y me digo a mí mismo que el año que viene voy a volver, nominado o no, aunque tenga que cruzarme a Jon cincuenta veces.

Cuando la película termina y las luces vuelven, me quedo un instante inmóvil, los ojos fijos en la pantalla negra.

—Qué buena, ¿verdad? —dice Laura, levantándose.

Asiento en silencio. Todavía tengo la banda sonora retumbando en el pecho.

—¿Tú qué dices, maestro? —pregunta, dándome un codazo en las costillas—. ¿Se lleva premio o no?

—Los tiene que ganar todos.

Ella sonríe.

—Lo dices con mucha fe.

—Es que es una locura. ¿Uma Thurman? Increíble, diosa. Los diálogos, por favor... —Busco las palabras y no las encuentro, sacudiendo la cabeza, impresionado—. Es perfecta. Toda, perfecta.

Laura me mira con media sonrisa.

—Me alegra verte entusiasmado por algo que no sea el drama de lo tuyo con Jon.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar reírme un poco.

—Eso es agua pasada.

—Me alegro, porque es un mamonazo. Vámonos a tomar algo, venga —dice ella.

—No puedo, me tengo que ir. Pero muchas gracias. Mañana nos vemos —le prometo, dándole un abrazo. Me despido del resto de conocidos y me marcho del hotel, impactado.

Salgo de allí con una energía extraña recorriéndome el cuerpo, como si algo dentro de mí se hubiera encendido después de mucho tiempo en penumbra. No tengo ganas de quedarme a los cócteles ni de escuchar a críticos diseccionar la película con frases enrevesadas. Quiero digerir lo que acabo de ver y sentir.

Camino sin rumbo por Sitges, como si lo viera por primera vez, dejando que mis pasos me guíen, y cuando me doy cuenta estoy subiendo por las callejuelas que llevan a la iglesia. El sol está radiante y la brisa marina se enreda en mi ropa, en mi cabello. Respiro hondo. Hoy el cielo sigue teniendo algo de verano.

Llego a un mirador y me apoyo en la barandilla de piedra blanca, frente al mar. Debajo, las olas rompen contra las rocas con una cadencia rítmica, constante. En mi cabeza, la música de *Gattaca* sigue resonando, pero ya no es solo eso, es algo más. Algo que todavía no tiene forma, pero que late con fuerza en mi interior.

Recuerdo la escena en la que Ethan Hawke nada en un mar embravecido, y por alguna razón todo se fusiona con mi sueño. El mar, el mar insondable, hambriento, tirando de mí hacia abajo… y la voz de Robert llamándome, la luz del sol aguardando al otro lado.

—No pierdas la esperanza —me digo.

¿La esperanza de qué? No lo sé. Quizá no haga falta ser concreto. Quizá solo necesito dejar atrás las cargas del tiempo y pensar en cada día como algo agradable, sereno. Cada día un hogar que habitar. Una canción nueva. Una eternidad.

Cambio el peso de pie, tratando de descifrarme. Siento que estoy al borde de algo. Algo que no ha nacido todavía, pero que va a

hacerlo. Sé que suena dramático, que quizá sea el subidón de la película o la emoción pasajera de un momento de inspiración, pero me vale. Me aferro a la sensación. Me dejo llenar por ella. Respiro con fuerza la brisa marina y me lleno de una fuerza nueva, más pura. Sin contaminar.

Hoy me siento más real que nunca.

Abandono el mirador y me dirijo al Café del Mar. María está detrás de la barra.

—Hola.

—Hola, Álex.

Me sorprende que sepa mi nombre, pero me alegra comprobar que ya me mira con simpatía.

—¿Puedo usar el piano?

—Sí, claro.

—Genial. ¿Me pones un sándwich mixto y una Coca Cola, por favor?

Cuando termino de comer, me siento al piano. Apoyo las manos sobre las teclas y toco un par de escalas, reconociendo la resistencia, la temperatura. Al principio, toco algunas piezas mías de las antiguas, cosas que escribí hace años, en otro tiempo, cuando todavía creía que sabía quién era. Pero después de unos minutos, las melodías se vuelven más inciertas.

Empiezo a improvisar. No quiero tocar lo que fui, quiero encontrar lo que soy. Lo que quiero ser.

Mis dedos se deslizan sobre las teclas, tanteando, buscando. Hay momentos de duda, de titubeo, pero también hay instantes en los que algo se vislumbra más allá. Me armo de valor y me dejo llevar, sin miedo, sin tratar de complacer a nadie.

La música se me antoja melodramática y cursi, pero me da igual. Suena muy romántica, como a un Beethoven especialmente maniaco-depresivo, pero me da igual. Poco a poco, a través de las emociones, la música navega hasta llegar a algo más, una esencia sensible y serena en la que encuentro, de pronto, un atisbo de quién soy yo.

Las notas se suceden como si estuvieran esperándome desde siempre, escondidas en algún rincón de mi mente, aguardando a

que me atreviera a llamarlas. No es una melodía perfecta, ni siquiera algo estructurado. Es puro instinto, una corriente subterránea que finalmente encuentra su cauce. Una luminosidad que no esperaba encontrar en mí pero que está ahí. El sueño de la tranquilidad, de la placidez. La aspiración más elemental del ser humano: confort y aceptación. El resplandor de un sol amarillo, cálido, que brilla para todos, incluso para los patéticos, los perdidos, los infames, los deshauciados, los abandonados.

Es extraño, no sabía que podía tocar así, pero me gusta. Disfruto descubriendo este nuevo aspecto de mí mismo, y como nadie me dice que pare, sigo tocando y tocando, recolocando la espalda a ratos para no hacerme daño.

No me doy cuenta de cuánto tiempo pasa hasta que el sonido de una copa sobre el mármol de la mesa cercana me devuelve a la realidad. Me giro levemente y ahí está Robert.

Ha entrado sin hacer ruido. Su traje hoy es marrón, y el viento le ha desordenado el cabello. Sus ojos de cristal me observan.

—Hola —saludo casi con timidez.

—Hola —responde con media sonrisa.

De repente, mi música es diferente. No lo decido, simplemente ocurre. Me dejo llevar por una cadencia que no es completamente mía. Hay ecos de algo que reconozco, algo que he oído antes… y sé de dónde viene. Le estoy imitando. Lo sé, pero no puedo evitarlo. Él está aquí y supongo que es mi manera de saludarle, o simplemente que estoy haciendo lo que me da la gana, sin que me importe lo que nadie pueda pensar, ni siquiera él.

Cuando termino, el silencio se queda suspendido un instante. Me giro y Robert sonríe aún. Su expresión es tranquila y afable.

—¿Te ha gustado? —pregunto, aún con los dedos sobre las teclas.

Robert asiente con un gesto leve.

—Sí. Me sonaba de algo.

—Se parecía a tu música, ¿verdad?

Él deja el cigarrillo en el cenicero con precisión.

—Un poco, solamente. Como las pirámides entre sí.

En el destello de sus ojos leo el sarcasmo, pero no parece ofendido.

—¿Eso es malo?

Robert se toma su tiempo, como siempre.

—Cuando algo nos inspira de verdad, lo absorbemos sin darnos cuenta. Es normal que lo primero que salga a lo largo de una búsqueda creativa se parezca a lo que nos ha impresionado. Es un honor para mí que mi música te inspire. —Sonrío, satisfecho—. Pero la inspiración necesita reposo. Hay que digerirla, dejar que se asiente, que crezca dentro de nosotros hasta que se transforme en algo propio.

—Esa es la idea. Sé que llevará tiempo, pero… creo que he empezado un camino. No quiero quedarme atrapado entre lo que fui y lo que quiero ser —confieso. Robert me observa con una intensidad que me obliga a sostenerle la mirada—. Quiero vivir el presente. No pensar siempre en lo que fui o en lo que seré. Solo… estar aquí. Pero no sé cómo.

Robert se inclina apenas hacia delante, entrelaza los dedos sobre la mesa.

—Aprenderás.

Suelto una risa corta y sin humor, sacudiendo la cabeza.

—No sé si tengo paciencia para eso.

—También aprenderás a tener paciencia. —Le devuelvo la sonrisa —. ¿Han proyectado ya tu película?

—No, es mañana.

—¿Estás nervioso?

—Un poco —reconozco, removiéndome inseguro—. Aunque creo que hoy lo estoy menos.

—¿Por qué?

Sonrío con cara de circunstancias mientras observo los restos de mi Coca Cola en el vaso. El hielo se ha derretido y ya no hay burbujas.

—He visto *Gattaca*, la que tiene la banda sonora de Michael Nyman —confieso—. Es un peliculón, la verdad. Y la música…, bueno, no es que no tenga esperanza, pero va a ganar, estoy seguro.

—¿Cómo es?

—La peli va sobre un futuro donde todo se rige por la genética —le explico—. La gente nace programada para ser perfecta, y los que nacen de forma natural, con imperfecciones, están condenados a vivir siempre en segundo plano. El protagonista es uno de esos humanos naturales, imperfectos, pero quiere ir al espacio. Lo que pasa es que al espacio solo pueden ir los perfectos, así que, para conseguirlo, finge ser otra persona.

—Interesante.

—Lo es. La estética es increíble, la música es preciosa, y… —Me detengo, pensando en lo que realmente me ha tocado—. Es la historia de alguien que desafía lo que está escrito sobre él. Que se niega a aceptar el papel que le ha sido asignado.

Robert me observa con su expresión inescrutable.

—¿Te has sentido identificado?

Me río entre dientes.

—No diría tanto, pero me ha inspirado. —Hay un breve silencio. Robert juguetea con el cigarro entre los dedos—. ¿Quieres acompañarme mañana a ver *Yellow sun*? —pregunto de pronto.

Levanta la vista. Sus ojos parecen más oscuros bajo la luz tenue y percibo de nuevo que intenta poner distancia.

—¿Por qué me invitas a mí?

—No lo sé —digo, pero no es verdad—. Me caes bien y me estás apoyando mucho.

Eufemismos de mierda, pero es lo mejor que puedo hacer. Una cosa es que esté empezando a tener más confianza en mí mismo y otra muy distinta que pueda plantarme delante de Robert y decirle que me gusta. Que me siento seguro a su lado, libre, capaz, mejor persona.

Él apoya un codo sobre la mesa y se inclina apenas hacia mí. Un cosquilleo de perfume a madera y ciprés hormiguea en mis fosas nasales.

—Te lo agradezco, pero sería mejor que fueras con tu amiga.

—Puede que tengas razón —concedo, aunque sé que no es cierto —. Pero quiero ir contigo. Además, podéis venir los dos.

Robert niega con la cabeza, despacio.

—Mejor no.

Algo en mí se encoge. No es una negativa dura, ni siquiera suena como un rechazo en toda regla, pero lo siento como tal.

—¿Por qué? —pregunto, tratando de que no se note mi malestar.

—No es que no quiera. Es que no creo que sea lo mejor.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué no?

—Apenas nos conocemos.

—¿Y qué? Solo es una película.

—Solo es una película, pero quieres que vaya contigo por razones que no te has atrevido a decirme. —Trago saliva—. No creo que sea solo que te caigo bien.

—No empieces a diseccionarme, por Dios —me quejo.

Pensaba que no iba a hacerme caso, que seguiría hablando, pero me mira y asiente, aceptando mis deseos.

—De acuerdo. Pero no deberías darme tanta importancia. Ni a mí, ni a lo que digo, ni a mi presencia en general.

Las palabras son una bofetada que no esperaba.

—Ah, ¿no?

—No —repite con calma—. Estoy seguro de que tienes a mucha gente que te aprecia y estaría encantada de brindarte apoyo si se lo permites. No me necesitas a mí. El festival terminará, te marcharás y yo solo seré una anécdota en tu vida. Y eso está bien.

Lo dice sin dramatismo, como si fuera un hecho incuestionable, pero algo en mi interior se rebela.

—Tal vez algún día seas una anécdota —reconozco, con un nudo en la garganta—. Pero ahora mismo también eres otras cosas. Eres un apoyo, y eres sincero. Y eres la única persona que no parece estar esperando que la decepcione.

Robert me observa largamente. Sus ojos se clavan en los míos como si estuviera midiendo el peso de mis palabras, evaluando si es cierto o si solo es el efecto de un momento de debilidad.

—¿Por qué dices eso?

Me paso la lengua por los labios. No había planeado hablar de esto, no con él ni ahora. Pero aquí estamos. Y algo en su mirada, en

su forma de esperar en silencio, hace que las palabras me salgan solas.

—Me preguntaste por qué había tenido una mala noche, pero realmente… llevo mucho tiempo teniendo malos días, y malas noches —confieso—. Es una larga historia.

—Tengo tiempo.

—Siempre dices lo mismo.

—Y siempre es verdad. Es lo que más tengo —declara sin dudar.

Suspiro, sin entender del todo lo que quiere decir, y comienzo a hablar. Le hablo de mi infancia, del conservatorio, de mis padres. Le hablo de mis problemas de estrés desde pequeño, de mis trastornos alimentarios. Le hablo de Tami y de Loïc, y se lo cuento todo. Todo, sin escatimar en detalles. Robert escucha, sereno y concentrado. Me escucha como nadie lo ha hecho jamás, sin juzgar, sin esperar nada. Solo hay aceptación. Poco a poco, despliego toda mi historia ante él y empiezo a salpicarla con esas pequeñas bromas que empleo a veces para hablar de lo que más duele, mecanismos de defensa a los que no puedo renunciar. Él sonríe a medias y sus ojos brillan con empatía, pero no se deja engañar por el humor.

Finalmente, llegamos a Jon.

—Es mi ex. O algo así. No sé si esa es la palabra correcta. —Han pasado apenas dos horas. Realmente, no sabía que una vida podía contarse tan deprisa—. Trabajamos juntos en la película. Fue idea suya que yo hiciera la banda sonora, y así fue como nos conocimos. Me contrató y luego… nos liamos. Al principio pensé que todo iba bien, pero no, nunca fue así. Estaba casado y me lo ocultó. Además, siempre me ha tratado de forma extraña. Con afecto pero con pequeños comentarios, como bromas, que en realidad eran…

—¿Qué eran?

—Desprecios. Una vez le pregunté si me había contratado porque quería acostarse conmigo. Eso me preocupaba mucho, porque tengo esta sensación, la de que no valgo lo suficiente como músico, pero tampoco como persona…, y él me dijo: «Claro que no, te he contratado porque me gusta tu trabajo». Y hasta ahí, bien. Pero luego añadió, así como en broma: «Además, tampoco eres tan guapo».

Al decirlo, siento que se me seca la garganta. Nunca lo he dicho en alto y de pronto siento la furia inundar mis venas, como un río de lava.

—Imbécil —dice Robert entre dientes.

—Sí, ¿verdad? —exclamo—. Es decir, ¿es normal que eso me ofenda? Es… Dios, lo tengo clavado, te lo juro, clavado como una lanza. No se me olvida. No lo entiendo. Hacía eso todo el tiempo. ¡Todo el tiempo! Con otras frases, con otros gestos… Lo siento, no sé explicarlo, sé que parece una tontería, pero…

—Sé exactamente a qué te refieres. Son demostraciones de poder. —Parpadeo, mirándolo, sintiendo que todas las piezas encajan y caen en su lugar cuando él les pone nombre—. Maneras sutiles de recordarte que estás donde estás por él, porque lo permite. Que lo que tienes es lo que él te quiere dar, y que es algo por lo que deberías estar agradecido. ¿Qué pasó? ¿Lo dejaste? —pregunta con gentileza, ayudándome a salir del punto en el que parece que me he atascado.

—Yo… Sí, pero no por eso. Fue después, cuando me enteré de que estaba casado. Le pregunté acerca de ello, esperando una explicación, una disculpa, arrepentimiento, que me dijera que iba a separarse, pero no pasó nada de eso. Solo me dijo que así eran las cosas, que lo tomaba o lo dejaba. Y al principio lo acepté, porque yo soy así, siempre elijo lo malo. Pero luego me di cuenta de que no podía soportarlo. Me estaba volviendo loco. Aguanté un par de meses más y finalmente encontré fuerzas para largarme.

—Eso es todo un logro.

Lo miro, extrañado.

—¿Tú crees?

—Sí. Hay quien nunca lo consigue. —Robert ladea la cabeza apenas—. ¿Todavía lo quieres?

Me sobresalto un poco, no porque la pregunta me incomode, sino porque la respuesta me asusta.

—No —digo al final—. Pero sigue teniendo poder sobre mí, y eso lo odio.

Robert asiente, como si entendiera eso también.

—Por eso tienes días malos, y noches malas.

—Sí.

—Es normal. Tienes una historia muy dura y la llevas a cuestas allá donde vas. Aquí están tu amiga Tamara, que forma parte de lo tuyo con Loïc, y también ese hombre, Jon, así que las heridas se reabren. Es mucho peso, Álex.

Suspiro aliviado al oírle decir eso.

Sentirme comprendido es como recibir un abrazo en el corazón. De nuevo, nos quedamos un momento en ese silencio cómodo, que parece llenar más que cualquier conversación. Robert me observa durante un largo momento y después dice:

—De acuerdo, iré contigo al estreno.

Parpadeo, sorprendido y feliz.

—¿De verdad?

—Sí. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no vuelvas al Café del Mar.

Lo miro, atónito. La felicidad se me congela en el pecho.

—¿Qué?

Robert no se inmuta, da una calada y cruza la pierna, recostándose en el respaldo de la silla.

—Si quieres que te acompañe, no vuelvas aquí.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que te enganches a esto.

Me quedo en silencio. No entiendo a qué se refiere, pero no puede ser al café, desde luego.

—¿Engancharme a qué?

—A mí —responde, directo, sin vacilar—. A la aprobación. A la idea de que necesitas que yo te escuche para saber que estás haciendo algo bien.

Sus palabras me duelen. Son como golpes, pero se parecen a los que me daba la profesora de piano en los dedos para que corrigiera la postura y no me hiciera daño, o al tirón del fisioterapeuta para recolocar una articulación. Es incómodo de oír, pero necesario de escuchar.

—Eso no es lo que estoy haciendo —digo a la defensiva.

—Sí lo es —insiste él, con suavidad pero sin dejarme escapar—. Ya lo intuía antes, pero hoy… me has contado toda tu historia. Y los dos sabemos que esto no es más que la continuación de una escala que no ha cambiado de tonalidad. —«Mierda», pienso, incómodo, frustrado conmigo mismo—. Sé lo fácil que es caer, créeme, y no quiero eso para ti. Ni para mí. Yo también podría engancharme a esto, a tu admiración.

Hay algo en su voz cuando dice esto último, un ansia contenida, un dolor antiguo.

—Tampoco te admiro tanto —replico, aunque no suena demasiado convincente y me recuerda a la horrible frase de Jon.

Robert se apoya en la mesa y me mira, comprensivo, sereno.

—No pasa nada, no eres el primero. Tengo un pasado, Álex. En ese pasado, deslumbré a mucha gente. Gente que acabó mal por mi culpa. —Me quedo muy quieto. Un escalofrío me recorre la espalda —. No quiero que vuelva a pasar —añade.

El aire pesa entre nosotros. Me vienen a la cabeza demasiadas cosas. El rostro de Jon, el control que ejercía sobre mí. El peso de Loïc en mis recuerdos, su mirada en la última noche. Me veo a mí mismo atrapado en un ciclo del que no sé cómo salir.

Trago saliva y asiento despacio, porque, la verdad, no me queda más remedio que reconocer que tiene razón… y aceptarlo.

—Lo entiendo —murmuro—. Pero es una pena.

Robert mantiene la mirada fija en la mía.

—Sí, es una pena. —Suspira—. Es mejor que tomemos distancia antes de que las cosas se compliquen.

No sé qué responder a eso. Una parte de mí quiere discutirlo, decirle que no tiene por qué ser así. Pero sé que si lo hago solo estaré dándole la razón.

—¿Por qué acabó mal la gente que se acercó a ti? —pregunto en voz baja—. ¿Por qué estás solo? ¿Qué es lo que ocultas?

Robert no responde, no sonríe, no esquiva la pregunta con un comentario sarcástico y un poco agresivo como hace otras veces. Solo pierde su mirada de vidrieras quebradas en algún lugar, fuera del tiempo y del espacio, con su rostro en sombras.

—¿A qué hora es la proyección? —me pregunta.

—A las seis.

—Allí estaré. —Se pone en pie y me dedica una última mirada. En ella se trasluce un brillo de anhelo que no puede ocultar y que me clava los pies al suelo—. Nos vemos mañana, Álex.

Me quedo sentado, mirándolo alejarse. El humo de su cigarro se disuelve en la brisa de la noche.

«No es que no quiera», ha dicho, «es que no creo que sea lo mejor».

Tomo aire, abriendo y cerrando los dedos, sintiendo una ansiedad crecer, sacudirme por dentro, gritar en mi mente.

«No es que no quiera», eso es lo importante.

Me levanto como un resorte y, antes de ser consciente de lo que hago, abandono el café a toda prisa. No, joder. No voy a dejar que se vaya sin más.

Las calles de Sitges parecen extrañamente vacías mientras sigo a Robert a cierta distancia. Sus pasos son pausados, serenos, como si estuviera hecho de aire y agua, elegante y etéreo. No entiendo por qué nadie se fija en él, por qué nadie se queda con la boca abierta al verlo pasar.

Lo observo encender un cigarro con la misma parsimonia con la que lo hace todo. No tiene prisa por nada, nunca. Pero yo sí la tengo. Yo soy todo urgencia, hambre y preguntas sin respuesta.

Lo persigo en silencio, como un lobo, aferrándome a los indicios, a los atisbos que he captado en él. «No es que no quiera». Siempre es así de ambiguo, siempre deja una puerta abierta cuando podría, simplemente, cerrarla en mi cara. Tengo que saber qué significa eso. Tengo que saber qué significa la corriente eléctrica que siento cuando nos estrechamos la mano, o el resplandor en nuestros ojos al mirarnos, o esa sensación de expectativa cuando estamos juntos.

Fuera del tiempo, más allá de mi pasado y de mi futuro, está Robert. Y aunque apenas lo conozco, me gusta que esté ahí.

Finalmente, llega a un edificio en la calle Jesús, un portal elegante, neoclásico, con ventanas altas y una puerta de madera oscura. Lo veo sacar la llave y entrar sin vacilar. Me quedo al otro lado de la calle, sintiendo cómo se me cierra la garganta.

Es la dirección que me dio cuando le pregunté dónde vivía. Podría haberme mentido, pero no lo hizo.

«¿Pensando en hacerme una visita?», me dijo.

Unos segundos después, en la última planta, se enciende una luz. Y entonces, el sonido de un piano mitigado por la sordina se desliza por la noche.

A toda prisa, salgo a la calle perpendicular a esta, más ancha, y busco una cabina telefónica. El viento del Mediterráneo me golpea con fuerza, esta está siendo la noche más fría del mes. Entro a la cabina, cierro la puerta con dificultad, dejo caer una moneda y marco el número de Tamara.

Al tercer tono, descuelga.

—Dime que no estás con Jon —es lo primero que dice.

—Claro que no estoy con Jon.

—¿Entonces? No te he visto el pelo desde esta mañana.

Abro la boca, pero no encuentro las palabras.

—Es muy largo de contar, pero quiero que sepas que estoy bien. No sé a qué hora llegaré, pero estoy bien, ¿vale? Y no estoy con Jon, eso es lo mejor de todo. Mañana hablamos.

—¡Álex…!

Cuelgo antes de que pueda decirme que tenga cuidado y regreso casi corriendo a la calle. Me acerco al portal donde vive Robert y paso la mirada por el portero automático. Pulso un timbre cualquiera.

—¿Sí?

—Perdón, voy al cuarto, no me abre la llave…

Enseguida oigo el chasquido de la cerradura electrónica y empujo la gran hoja de madera. Cuando entro, descubro que este edificio, a pesar del lujoso interior, estilo siglo XIX, tampoco tiene ascensor. ¿Qué coño pasa en esta ciudad con los ascensores?

Subo las escaleras de dos en dos, sintiendo cómo la ansiedad me carcome. Al llegar a la última planta, me detengo ante la puerta de la que sale el apagado sonido del piano.

«¿Qué estás haciendo, Álex?», me pregunto.

Una locura, supongo. Otra más. Llamo al timbre, que suena con un zumbido eléctrico, rompiendo por completo la armonía de la

música.

El piano se detiene abruptamente.

Los segundos transcurren en silencio. Escucho mi respiración, los latidos de mi corazón, el zumbido de la electricidad.

Al cabo de un rato llamo otra vez, pulsando durante más tiempo. Por fin, escucho pasos al otro lado. La mirilla se ilumina cuando Robert levanta la plaquita para ver quién es y luego se oscurece de nuevo.

—Robert, abre —digo, apoyando las dos manos en la madera.

Nada.

—Sé que estás ahí. Abre la puerta, joder. No me hagas esto.

Silencio.

Exhalo con fuerza, sintiendo que la desesperación se me retuerce por dentro como una serpiente hambrienta, devorándome las entrañas.

—¿Te crees que con esto basta? Pues no. Me ha costado mucho decidirme como para tirar la toalla ahora. Así que voy a quedarme aquí hasta que abras la puta puerta. Antes o después tendrás que salir. Y si me pierdo el estreno de mi propia peli por tu cabezonería, pues me la pierdo, que le den por culo.

Antes de que termine de hablar, la cerradura gira, la puerta se abre apenas unos centímetros y la mirada de Robert me asalta, severa, vibrando con una advertencia peligrosa desde un rostro tenso que nunca antes le he visto.

—¿Te has vuelto loco? Vete de aquí, ya.

—No.

—Álex, vete.

—Has abierto la puerta, no quieres que me vaya.

—Lo que no quiero es que sufras, ¿por qué no lo entiendes?

—Vete a la mierda, no me hagas esto —digo entre dientes, tratando de empujar la puerta para que la abra más, pero la presión de sus manos es mucho mayor que la que yo puedo ejercer. Es como si fuera un maldito bloque de hormigón—. No me sueltes el rollo de «no eres tú, soy yo». Yo siempre elijo lo malo, ya te lo dije, coño.

Aprieta la mandíbula.

—No eres el único que decide cómo van a ser las cosas. Yo también puedo elegir.

—Pues has elegido abrir. —Doy un paso adelante, empujando la puerta con mi cuerpo de nuevo. Él no se aparta, no me deja entrar, pero cede lo suficiente como para que la rendija se abra más y pueda verlo mejor, su mirada llena de emociones confusas, su mandíbula tensa—. ¿Quieres que me vaya?

—Sí. Ya te lo he dicho.

—¿Y por qué has abierto?

—Porque tengo empatía, y no se deja a la gente sufriendo delante de una puerta cerrada.

—Ya, sí, empatía. No dudo que la tengas, pero no es solo eso. ¿Cómo quieres que te crea cuando me dices que me vaya pero me abres si insisto un poco? Demuéstrame que quieres que me largue de verdad. Échame, cierra en mi cara. Llama a la poli, haz lo que sea. Haz algo que se corresponda con lo que dices, porque hasta ahora es más bien lo contrario.

Robert cierra los ojos un segundo, como si quisiera reunir paciencia suficiente, y luego me mira con dureza.

—No quiero hacer nada de eso. ¿Por qué quieres que sea así? ¿Por qué quieres obligarme a que te trate mal?

—No quiero. Quiero que me trates bien, y que aceptes… Que aceptes… —se me traban las palabras—. Tú sabes que hay algo entre nosotros —le suelto al fin, sacando a la luz la verdad de una vez. Él parpadea, sobresaltado, y cuando me mira veo el miedo en sus ojos de vidrieras rotas. Esa es la respuesta que necesitaba—. ¿Ves? Y tanto que lo sabes. ¿Qué es lo que temes? Te he abierto mi puto corazón, lo he dejado en tus manos, ensangrentado y patético, y tú...

—Yo no te he pedido nada —responde débilmente.

—Vete a la mierda, tampoco le pides al sol que salga. No seas cobarde. Dime que no hay nada entre nosotros y me iré.

—Eso no importa.

—Importa lo suficiente como para que no puedas mentir sobre ello. Déjame entrar.

—Álex, vete, por favor. No quiero hacerte daño.

—Que no.

Empujo la puerta de nuevo. Robert exhala despacio, y entonces, por primera vez, veo algo relampaguear en su expresión. Algo más allá de lo vulnerable, más allá de las barreras. Algo que he estado buscando desde que lo conocí, de lo que apenas he visto destellos ocultos, sutiles indicios. Pero ahora, mientras yo intento entrar y él intenta evitarlo, luchando más contra sí mismo que contra mí, lo veo: el anhelo, el hambre, el deseo.

—¡Basta! —exclama.

Y de pronto, su mano aparece entre la abertura de la puerta y me agarra del cuello.

Un latigazo recorre mi espalda, un escalofrío de miedo y de algo más que se sobrepone al miedo. Sus dedos fríos se cierran en mi garganta, firmes pero sin apretar. Mi pulso está acelerado. Ninguno de los dos se mueve, mirándonos allí, bajo su umbral, él en la oscuridad del recibidor, yo bajo la luz de la bombilla parpadeante del rellano. De pronto, abre la puerta del todo, me agarra de la chaqueta y tira hacia adentro, cerrando de un portazo tras de sí. El corazón me late tan deprisa que creo que se me va a salir por la boca al encontrarme ahí, tan cerca de él, más cerca que nunca.

—Ya tienes lo que querías —sisea, rabioso—. ¿Contento?

Me mira, y esta vez su mirada es como el impacto de un huracán. La euforia estalla en mi pecho: tenía razón. Hay algo entre nosotros, y sea lo que sea, es muy real.

—No —susurro.

No sé quién fulmina la distancia primero, pero un instante después, mis manos están en su pelo y su boca se estrella contra la mía. Robert me empuja contra la pared mientras nos besamos con desesperación, atrapándome en un abrazo estrecho y posesivo que hace arder toda la angustia, los recuerdos y la inseguridad. El olor a cipreses y madera me envuelve como un sudario… y ya no pienso más.

Capítulo seis

Sol amarillo



Cuando me despierto, un silencio sereno inunda la habitación de Robert. Es grande, de techos altos y paredes encaladas, con dos cuadros colgados en la pared, alfombras, un armario enorme y dos sillones viejos.

Parpadeo en la oscuridad, aún entre los restos del sueño y con el cuerpo resentido tras una noche de pasión. La sábana está fría a mi lado. Me incorporo y compruebo lo que ya imaginaba: Robert no está en la cama. Ni siquiera está en el dormitorio.

«Se ha arrepentido y se ha largado. Como yo no me voy, se ha ido él», pienso resignado.

Me froto la cara, bostezo y me levanto, desnudo. El suelo está helado. Recojo mi ropa, recordando con un estremecimiento cómo llegó al suelo.

Tras ese primer beso desesperado hubo muchos más, allí en su puerta. Yo estaba ansioso, enajenado de pasión, pero Robert no se quedaba atrás. Fue él quien metió las manos debajo de mi camiseta y fue él quien me quitó la ropa allí, en su habitación. No fue precipitado, nada lo fue. Me trató bien, mejor que nadie. Cuando ambos estábamos desnudos, besándonos, tocándonos, le pregunté si yo le gustaba. Me dijo que sí, con sus manos frías sobre mi pecho, apretando los músculos de mis brazos.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Crees que soy guapo?

—Sí.

—¿En serio? —repetía yo.

—Sí —repetía él—. Sí.

Y sé que estaba siendo sincero.

—Tú también —le dije al fin, como si fuera un secreto, y me abrazó, me dio un beso en la frente y luego volvió a hacer cosas menos puras con sus labios y con sus manos, siempre frías.

Me visto, recordando los detalles de lo que hemos compartido, queriendo encontrar los significados últimos de cada instante. Me acerco a las sábanas, buscando algo que delate nuestro encuentro pero no hay nada, solo un trazo de cipreses y madera y algo de mi propio olor.

Dejo las sábanas retiradas, abro la ventana y salgo de la habitación, con las deportivas en la mano y la chaqueta colgando del brazo.

—¿Robert? —lo llamo discretamente.

Por primera vez me fijo en el lugar.

El apartamento es enorme, más de lo que parecía anoche en la penumbra. La decoración es antigua: una alfombra persa gastada cubre el suelo de madera oscura. Libros en idiomas que no reconozco se apilan en estanterías macizas. Un perchero antiguo sostiene un abrigo negro de lana, demasiado pesado para el clima de Sitges, y hay viejas fotografías y cuadros oscuros, barrocos, colgados aquí y allá. Reconozco algunos, pero otros son un misterio.

No hay mesa de comedor ni sillas, solo sofás, sillones y un gran escritorio vacío. Y en el centro de todo, contra una pared desnuda, un piano negro con el esmalte desvencijado.

Robert está sentado allí, de espaldas a mí, sin tocarlo, deslizando los dedos sobre las teclas en silencio. Solo lleva puestos los pantalones del traje y el cabello castaño se le alborota sobre la nuca. Tiene la espalda ancha y los brazos fuertes, un cuerpo curtido por el trabajo o el deporte, no lo tengo claro, y algunas cicatrices que anoche descubrí; no muchas, pero las suficientes como para hacerme preguntas. Tiene una complexión fuerte, sin embargo… ¿por qué parece tan frágil?

Un hilo de humo asciende lentamente. El olor del tabaco me llega con claridad. Está fumando.

—Robert, ¿va todo bien? —pregunto, rompiendo la quietud.

Él se mueve hacia un lado y desliza la mano en la banqueta, sobre el terciopelo rojo desgastado.

—Ven, toca conmigo.

Obedezco, feliz por la invitación.

Me siento a su lado y lo miro, tratando de encontrar algo relevante en su expresión. Hay serenidad en su expresión y afecto en sus ojos, y eso me provoca un alivio indescriptible.

—¿Qué quieres tocar?

—Improvisa. Yo te sigo.

Coloco los dedos sobre las teclas y empiezo a tocar, casi sin pensar. Algo simple, un acorde suave, un inicio. Después construyo una melodía y con la mano izquierda defino una armonía sencilla. Robert deja caer el cigarro en un cenicero que hay sobre la tapa del instrumento y se une a mí. Sus manos encuentran las notas con una facilidad sorprendente, llenando todos los espacios.

Tocar con él es tan natural como respirar. Como si siempre hubiéramos hecho esto. Pensar en lo bien que nos complementamos el uno al otro es de una cursilería insoportable incluso para mí, pero no puedo evitarlo.

No debería sentirme así, ¿no? No debería sentir esta intimidad que va más allá del deseo, más allá de lo físico, con alguien a quien conozco desde hace apenas tres o cuatro días, pero la siento.

Intento no pensar en la frialdad de su piel anoche. Intento no pensar en el escalofrío que me recorrió cuando besé su cuello y sentí que su pulso apenas se intuía. Intento no pensar en cómo, al abrazarlo con fuerza, no había latido en su pecho. Nada de eso puede ser real, pero esto sí. Esto sí.

—No sueles hacer estas cosas, ¿verdad? —digo en voz baja, sin dejar de tocar y mirándolo de reojo—. Quedar con gente.

Él se ríe entre dientes.

—¿«Quedar con gente»? ¿Así es como tú llamas a pasar la noche juntos?

—Era una forma suave de decirlo. No me pareces la clase de persona que está cómoda hablando de sexo con palabras vulgares —aclaro a media voz.

—Tienes razón, no me gustan las palabras vulgares. Y también tienes razón en que no suelo hacer esto —responde, mirándome con calma, una mirada directa que ya no esconde nada.

Es demasiado tranquilo. Demasiado bueno. Demasiado guapo. Es demasiado para mí, así que o bien hay un truco, o bien todo se va a joder en cualquier momento.

—¿Por qué yo? —pregunto, realmente intrigado.

No responde de inmediato. Sus dedos siguen deslizándose sobre las teclas, pero su mente está en otra parte.

—Tú lo dijiste, hay algo entre nosotros.

—Sí, pero… yo sé lo que me gusta de ti.

—¿Y quieres escuchar lo que me gusta de ti? —pregunta, mirándome de reojo con una media sonrisa.

—Estaría bien, la verdad. Porque soy muy bueno engañándome a mí mismo, y no quiero irme de aquí pensando que has pasado la noche conmigo por lástima.

Frunce el ceño y resopla por la nariz, un gesto entre una risa y un reclamo indignado.

—Por lástima… —repite, desdeñoso—. Claro que no. Eres un hombre muy atractivo, Álex, y deberías saberlo. —Una sacudida de calor se extiende bajo mi pecho al oír esas palabras—. Tienes unos ojos hermosos y un aspecto cautivador, con ese aire neurótico y valiente al mismo tiempo.

—¿Neurótico…?

—Además, me gusta tu sinceridad y que luches con tanta fuerza por preservar tu propia inocencia.

—¿Qué significa eso?

—Que, a pesar de todo lo que has vivido, no permites que nada ni nadie te haga peor persona.

Parpadeo, mordiéndome el labio inferior. Creo que esto es lo más bonito que me han dicho nunca, la verdad, aunque lo de que soy atractivo también me ha reconfortado bastante. Lo miro de soslayo.

Sus ojos feéricos están perdidos en alguna parte, su expresión es insondable.

De repente, me doy cuenta de que no lo conozco en absoluto. Sé cómo suena su música, sé cómo se siente su tacto, cómo besa, cómo su cuerpo encaja con el mío en la oscuridad… Sé que no le gustan las Spice Girls y creo que conozco su alma, pero no sé nada de su historia.

El último acorde se desvanece en el aire, prolongándose hasta que Robert aparta los dedos, como siempre hace, tras un rato.

Me paso una mano por el cabello, despeinándolo aún más. El silencio pesa.

—¿Te arrepientes? —le pregunto.

Me mira, sereno.

—No.

Y ya está, eso es todo, supongo.

—Voy a hacer café —digo, en un intento de crear algo cotidiano, natural. Esto parece el día después de un ritual religioso o algo así y empiezo a sentirme incómodo.

—La cocina no funciona.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo que no funciona?

—No la uso, así que no hay gas ni electricidad para activarla.

—Venga ya, ¿cómo no va a funcionar? Nunca he estado en una casa donde la cocina no funcione —digo, poniéndome en pie para comprobarlo por mí mismo. Voy hasta allí. Es bonita, con azulejos antiguos y grifos esmaltados en bronce. Trato de activarla, pero es cierto, no hay manera. Abro la nevera, que tiene la luz apagada y está vacía.

Un escalofrío me recorre la espalda.

«Vamos, Álex. Son demasiadas cosas como para seguir haciéndote el tonto».

Vuelvo al salón y miro a Robert, sin camisa en medio de la habitación. Debe hacer unos trece grados como mucho, temperaturas bajas para esta época y en pleno Mediterráneo, algo notable. Pero a él no parece que le importe.

—¿Por qué no tienes frío?

Esta vez, sus ojos sí me buscan, pero en ellos no hay respuesta, solo una advertencia silenciosa y un resplandor de angustia.

—No me preguntes eso, Álex.

Su voz es suave, casi dulce, pero algo en su tono me asusta.

Podría forzarlo. Podría exigirle que me lo diga, pero ¿de qué serviría? Algo en mi interior ya intuye que, si él decidiera hablar, yo desearía no haber preguntado jamás.

—Vale.

Me alejo del salón y cruzo el pasillo a oscuras hasta llegar al baño. El espejo me devuelve una imagen atípica de mí mismo: el cabello revuelto, la mirada plena, una marca en el cuello, donde anoche me besó con tanta fuerza, casi con ansia…

«No pienses en eso».

Abro el grifo. El agua fría me devuelve un poco de lucidez cuando me la paso por la cara, pero mis pensamientos siguen flotando en un terreno nebuloso.

«No pienses en esas cosas. No pienses en todo lo que no encaja. Aférrate a lo bueno; por una vez en tu vida, Álex, aférrate a lo bueno».

Después de asearme a fondo, me vuelvo a vestir y regreso al salón. Robert sigue allí, en la misma postura, como si ni un solo minuto hubiera pasado. Su cigarro se ha consumido por completo en el cenicero, pero ha encendido otro. Está tocando una pieza hermosa, emotiva.

Me acerco a él con cuidado.

—Me tengo que ir a casa, Tami estará preocupada. —Él asiente con la cabeza, el humo gris formando volutas por encima de su cabeza, como la corona de un santo—. No quiero irme sin saber que está todo bien entre nosotros.

Para de tocar, me mira y alarga la mano para coger la mía. El gesto es tan sencillo que me conmueve.

—Todo está bien, Álex. —Aprieta mis dedos, como si quisiera transmitirme fuerza. Y lo hace—. No me arrepiento de nada. Solo de haberte hecho esperar en la puerta.

Esas palabras me arrancan una sonrisa espontánea.

—Vas a venir a la proyección, ¿no? —pregunto luego, más reafirmado.

—Claro. Te dije que iría.

—Perfecto. Te esperamos a las seis —le recuerdo, con un nudo de nervios agradables en el estómago—. Nos vemos allí.

Él asiente. Me quedo esperando algo, un beso tal vez, pero no llega. Así que me inclino y le beso yo. Sus labios están fríos y percibo su sorpresa, pero también la forma en que aprieta mis dedos de nuevo con afecto.

Luego camino hacia la puerta como un colegial, saludándolo con la mano. Sonríe a medias y vuelve a fumar, y aunque eso es todo, su mirada está llena de luz.



El aire de la tarde es denso y salado cuando llego a casa de Tamara. Está en el sofá, con las piernas cruzadas y el ceño ligeramente fruncido cuando me ve entrar.

—¿Dónde coño has estado? ¿Me vas a explicar algo, Mulder, o me toca hacer cábalas?

Dejo caer la chaqueta sobre la silla más cercana y me paso una mano por el pelo, agotado.

—Perdona, Scully. He conocido a alguien y he estado en su casa.

Tami enarca una ceja.

—¿Quién es?

—El pianista del Café del Mar, Robert.

—¿Te has follado a un pianista? Bueno, bien por ti. Eso es que estás pasando página.

—No sé cómo explicarlo —digo sentándome en el sillón. En la tele está una reposición de *Caiga quien Caiga*, pero no presto atención, divagando libremente—. Es distinto a todos los hombres que he conocido, siento que estamos conectados, pero de una forma muy profunda, ¿sabes? Hay algo en él que…

—Siempre dices lo mismo de todos.

—Que no, que este es diferente. —Tamara resopla y apoya la cabeza en el respaldo del sofá, cerrando los ojos un instante antes de volver a mirarme—. Va a venir al estreno.

—¿En serio? ¿Ya? ¿Y la semana que viene os casáis? —se burla.

—No seas cabrona. Oye, ya sé que todo esto suena precipitado, pero no es lo que parece. No es una de esas veces. Estoy rompiendo con todo, con el pasado… y con el futuro. Cuando el festival termine, me iré y no volveré a verle —confieso, tratando de contener el dolor sordo que me provocan esas palabras—. Mi instinto me dice que lo haga de nuevo, que me enganche, pero sé que es un vicio, algo con lo que también tengo que romper, así que seré fuerte y lo dejaré atrás. Pero por eso mismo… Por eso mismo quiero que venga a ver *Sol amarillo*. Esto es el fin de una etapa, Tami. Pero para cerrarla…

—Necesitas a ese tipo —completa ella, en voz baja.

—Y te necesito a ti.

Tamara suspira. Se levanta del sofá y se acerca, mirándome con una mezcla de cariño y resignación. Se sienta a mi lado y me abraza con fuerza.

—De acuerdo, cerremos esta etapa de una vez. Todos.

—¿Tú también? —digo, rozando la mejilla contra su hombro.

—Yo también. —Toma aire antes de seguir—. Álex, las cosas que te dije…

—No te preocupes. Está bien.

—No está bien. Perdóname.

—Perdonada. Pero en serio, tranquila. Puedo con eso, y puedo contigo. Espero que ahora lo tengas más claro.

Ella me mira y sonríe. Y por primera vez, no hay ningún fantasma entre los dos.



A las seis menos cuarto, el vestíbulo del Melià Sitges está en plena ebullición. La alfombra roja está desplegada delante de la puerta y la gente camina en pequeños grupos, algunos parándose a conversar, otros avanzando hasta el *photocall*.

—¿Crees que podré devolver el vestido después de habérmelo puesto dos veces? —pregunta Tami, que está preciosa con el traje de *flapper* que se compró para la inauguración.

—Si no lo manchas, seguro que sí.

Me acerco, nervioso, arreglándome la chaqueta y buscando a Robert con la mirada, el corazón latiéndome a toda velocidad, como en una cita. Ahí está, esperando cerca, a la sombra del hotel.

—¿Ese es tu pianista? —dice Tami al ver cómo casi doy un traspiés—. Con barba, como tú. Oye, qué buena planta tiene, parece un actor.

—Sí, ¿verdad?

Y tanto que lo parece. Va vestido de manera impecable: traje azul marino, muy oscuro, camisa azul grisáceo y corbata azul petróleo, zapatos negros y gafas de sol. Lleva el cabello ondulado peinado hacia atrás y la barba arreglada. Allí, quieto, con la mano en el bolsillo y el cigarro en la mano, me parece la persona más elegante de todo Sitges. «Y el más guapo», dice la voz de mi yo adolescente y reprimido, derritiéndose por dentro.

—Bueno, vamos, que se va a cansar de esperar —dice mi amiga, acercándose a buen paso.

Yo la sigo, nervioso. Cuando Robert nos ve, exhala el humo con lentitud y se quita las gafas. Sus ojos brillan con amabilidad y una chispa de diversión.

—Hola. Espero que no lleves mucho rato —le saludo.

—No, acabo de llegar.

—Esta es Tamara. Tamara, él es Robert Green —digo, haciendo las presentaciones.

Tamara le dedica una mirada rápida y analítica antes de esbozar una media sonrisa y estrechar la mano que él le tiende.

—Así que tú eres el misterioso pianista del Café del Mar.

—El único misterio es por qué nadie me ha pedido todavía una de Alejandro Sanz.

Ella se echa a reír.

—Mañana mismo voy y te pido *Y si fuera ella*.

—Entonces mañana tendré que ponerme enfermo.

Sonrío mientras los veo charlar con comodidad. Parece que se caen bien, y eso me alivia.

—Bueno, entremos antes de que Álex explote de los nervios —dice finalmente Tami, pasándome un brazo por los hombros de manera efusiva.

Robert me mira de reojo con una media sonrisa en los labios y en los ojos. Caminamos los tres hacia la entrada, entre la multitud, mientras trato de dominar mis emociones. Creo que no me había sentido tan feliz en años.

Dentro del vestíbulo del Melià, el ambiente es cálido y bullicioso, con un murmullo de voces y risas que se mezcla con el tintineo de copas y el sonido amortiguado de la moqueta bajo los zapatos. Me relajo un poco al ver a la gente del equipo: caras conocidas, personas con las que he compartido más de un año de trabajo y de entusiasmo. Me acerco a ellos, saludo, bromeo… Hoy es fácil, hoy no me siento fuera de lugar.

Tamara y Robert permanecen cerca, como dos satélites en mi órbita. Tamara se une fácilmente a la conversación con su desparpajo natural, mientras que Robert se mantiene algo más distante, observando sin prisa, con una leve sonrisa y breves comentarios amables cuando alguien le habla.

De pronto, Jon aparece entre la multitud, como una sombra que se materializa de repente, con su chaqueta impecable y una sonrisa tensa. Siento un calor arrollador por dentro que nada tiene que ver con las emociones que él me provocaba antes. Ahora es ira, pura rabia, la furia justa que siempre me merecí sentir.

—Álex —dice, acercándose.

—¿Qué quieres? —pregunto, manteniendo la voz firme—. Te dije que no quería verte más.

Tamara y Robert, que estaban hablando con Lorena, una de las chicas de *casting*, se vuelven hacia mí y se mueven lo suficiente como para respaldarme.

Jon ladea la cabeza, con una expresión que oscila entre la curiosidad y la superioridad.

—Vamos a entrar todos juntos a la proyección. Deberías venir con nosotros.

—Yo contigo no voy ni a recoger billetes de diez mil.

Parpadea, sorprendido. Desvía la mirada hacia Tamara y Robert, evaluándolos en cuestión de segundos. Después, asiente despacio.

—Entiendo. —Pero no lo entiende. Lo veo en su mandíbula, en la sonrisa tensa, de tiburón. ¿Cómo lo podría entender?—. Si es lo que de verdad quieres… —añade, y extiende la mano—. Sin rencores, ¿vale?

—No tengo ganas de darte la mano, Jon. —Un par de personas se han girado disimuladamente para observar la escena. Jon se tensa más, pero no retira la mano—. Me trataste como a una mierda y no me lo merecía. Nadie se lo merece —continúo—. Me hiciste sentir que no valía nada solo para alimentar tu ego. Supongo que tienes una colección de gilipollas como yo a los que manipular por diversión, no sé, pero conmigo ya no cuentes. Si algún día llego a perdonarte, ya te tenderé la mano yo a ti. Hasta entonces, te la guardas.

Jon mantiene la mirada, su expresión impenetrable. Pero al final, deja caer la mano. A nuestro alrededor se ha hecho el silencio.

—Muy bien —dice, encogiéndose de hombros—. Ya te has retratado como un histérico, supongo que era cuestión de tiempo. De todas formas, te deseo suerte. Espero que ganes.

Le sostengo la mirada y sonrío con ironía.

—No es cierto. Eres más falso que un duro con la cara de Popeye. —Juani, que se ha acercado, suelta una carcajada—. Pero, ¿sabes?, ya puedes dejar de hacer el papel de tipo sereno y amable, en realidad nadie se lo cree.

Jon arruga el entrecejo, confuso, y la mira.

—Hombre, es que ya era hora de que alguien te lo dijera —replica Juani, a quien no le importa nada el ceño fruncido de Jon.

—Bueno, se acabó el espectáculo —interviene Juan Cánovas—. Venga, todos para adentro, que va a empezar.

No digo más. Simplemente me giro y camino hacia la entrada de la sala. Robert me pone la mano en el hombro con afecto y Tamara se me cuelga del brazo.

—Así me gusta, con un par de huevos —me anima mi amiga.

Robert no dice nada, pero hay algo en su expresión, en su mirada tranquila y atenta, que me reconforta más que cualquier palabra.

Una vez en la sala, algunos miembros del equipo se me acercan para felicitarme por mis cuatro palabras con Jon. Al parecer, le ha tocado las narices a mucha gente en este tiempo, pero nadie había dicho nada abiertamente. Me alegra saber que tengo apoyos, pero también me entristece que tanta gente sepa de sus actitudes de mierda y hayan callado hasta ahora. Yo también callaba, también tenía miedo. Quizá sea momento de terminar con eso.

Tras algunas charlas insustanciales, se anuncia que va a comenzar la proyección. Nos acomodamos en nuestros asientos y la luz de la sala se atenúa hasta sumirnos en la penumbra.

—Allá vamos. ¿Nervioso? —pregunta Tamara.

—Mucho, la verdad —admito.

Robert me coge la mano sin que se lo pida. Lo miro con emoción y él sonríe, tranquilizador. Respiro hondo y dejo que mi corazón recupere su ritmo normal poco a poco.

Y así, la película empieza al fin.

Desde la pantalla, el logo de la productora se funde con la primera imagen: en una playa infinita, bajo un cielo nacarado, un niño y una niña corren descalzos, el viento sacudiéndoles el pelo y el mar rompiendo a sus espaldas.

Al principio, me esfuerzo en observar la película con distancia, analizando el montaje final y los detalles que no conocía, pero pronto me descubro atrapado por la historia como nunca antes.

Los niños encuentran un sendero oculto entre las dunas, un camino bordeado por pinos torcidos y rocas cubiertas de musgo. Más allá del bosque, descubren el acantilado, la gran extensión de agua plateada y, en la lejanía, una isla que resplandece como una joya: Tir na nÓg, la promesa de otro mundo.

Los pequeños intentan llegar a la isla en una barca vieja, pero antes de que puedan alejarse demasiado, una bandada de cuervos surge del cielo como una sombra y los ahuyenta. Y ahí entra una de las mejores piezas de mi música, *Vuelo de cuervos*, una obra para

piano y orquesta que suena a revoloteos y agua de mar, a ilusión y a peligro. El corazón se me acelera.

La película avanza poco a poco, pausada, llena de imágenes serenas. Los dos actores infantiles son increíbles, sus actuaciones impactan aún más en pantalla grande, y la forma en que la fotografía, la iluminación y la música elevan las interpretaciones me deja mudo de asombro. Esto es la magia del cine, supongo.

La historia prosigue; la niña y sus padres se mudan lejos del pueblo. El niño se queda allí y crece, aprende a caminar solo por el bosque, a escuchar el murmullo de las olas en la distancia y a esperar. Nunca deja de pensar en su amiga, y aunque al principio ella siempre le responde a las cartas, luego deja de hacerlo.

Cuando ella regresa, ya son adultos. El reencuentro es contenido, lleno de subtexto, pero el brillo en sus ojos, su forma de moverse, de expresar con las manos… Eso dice mucho más que las palabras. La isla sigue ahí, esperándolos, pero esta vez, saben que sus cuerpos vivos nunca cruzarán ese umbral.

Los años transcurren. Se casan, tienen una vida juntos. La isla sigue en el horizonte, inalcanzable. La música entrelaza el tiempo, la composición de cuerdas y vientos desenvolviéndose, extendiéndose como raíces. Los hijos nacen, crecen. Los violines agudos subrayan el clímax de sus vidas plenas… hasta que envejecen.

Y una noche, un cuervo los visita.

La última escena es un cuadro perfecto. La pareja de ancianos camina hasta la orilla, tomados de la mano. La barca sigue allí, esperándolos. Suben, reman en la noche plateada, y los cuervos los rodean en vuelo.

Y entonces suena *Yellow sun*, mientras el sol amarillo resplandece sobre el mar y la barca los lleva hacia otro mundo, hacia otra vida. Un final, un nuevo principio. El fin del tiempo.

Corte a negro.

La gente rompe a aplaudir mientras los créditos aparecen en pantalla, acompañados por una melodía tan melancólica que duele y que reconozco, claro, porque es mía. Tengo un nudo en la garganta, estoy a punto de llorar.

Giro la cabeza para preguntarle a Robert su opinión, y entonces lo veo llevarse una mano al rostro, con un gesto casi imperceptible, limpiándose con la yema de los dedos una lágrima fugaz. Frunzo el ceño, la lágrima le ha dejado un tizne rojizo en la mejilla.

Me quedo quieto, observándolo. Durante un instante, la imagen es casi más impactante que la propia película. Su mirada nunca había estado tan rota como ahora. Me encuentro queriendo consolarlo, aunque no sepa por qué.

—¿Estás bien? —murmuro.

—Sí. Es una buena película —dice, poniéndose las gafas de sol—. Y tu música es perfecta, enhorabuena.

Su voz suena algo ahogada, así que le estrecho la mano con el mismo gesto reconfortante que él usa conmigo.

—¡Madre mía, qué peliculón! —exclama Tami con entusiasmo, rompiendo el momento. Se pone de pie y se alisa el vestido—. Ha sido una pasada. Y la música, Álex… Tu música… ¡Joder! Tienes que ganar, tío, tienes que ganar.

Salimos al vestíbulo con el resto de la gente y luego caminamos hacia el paseo marítimo para tomar el aire y huir de las felicitaciones, que me agobian un poco. Tamara va hablando sin parar sobre lo mucho que le ha gustado todo, lo bien que han actuado los niños y lo bueno que era el guion. Robert hace algunos comentarios e incluso le ríe las gracias.

El aire del mar nos envuelve con su brisa fría. Me cierro la chaqueta y subo el cuello un poco. La luz del atardecer pinta el cielo de tonos naranjas y violetas y el viento riza las olas.

—Bueno, y tú, ¿qué opinas? —me pregunta de pronto Tami, mirándome con expectación—. ¿Has sacado alguna conclusión filosófica, de esas que le gustaban a Loïc?

Que hable abiertamente de él, y delante de Robert, me sorprende y me hace sonreír. La miro con complicidad.

—Él habría dicho que es una alegoría sobre esto y aquello —río, y ella ríe también—. Mi conclusión es mucho más simple, ya sabes que yo no soy tan listo.

—¿Y cuál es?

Miro el mar, los colores reflejados en la superficie ondulante, la fina línea del horizonte.

—Que hay cosas que son cuestión de tiempo —respondo al cabo de un momento—. Solo podemos vivir el presente y esperar lo mejor del futuro.

Tamara asiente con un leve brillo de aprobación en los ojos.

Robert, a mi lado, levanta la vista y mira también hacia el cielo, a través de sus gafas oscuras.

—Me gusta esa frase —dice.

—Y a mí —añade Tamara—. Bueno, ¿volvemos al Melià a celebrar el éxito?

—Yo voy en un rato —respondo—. Antes quiero despedirme de Robert.

Tamara ladea la cabeza, confusa por un instante, y luego asiente, sin preguntar más, atando cabos.

—Vale. Me ha gustado mucho conocerte, Robert. Eres buen tío. Espero verte por el pueblo —dice, y ambos se estrechan la mano.

—Gracias. Tú también eres… buena tía —repite él, sonriendo a medias.

—A ti te veo luego, Álex —me dice mi amiga, y se aleja, alegre y caótica, llena de vida.

Robert y yo nos quedamos solos frente al mar. Sin decir nada, como por un acuerdo tácito, bajamos los escalones del paseo marítimo y nos acercamos a la orilla.

El sonido de las olas acompaña el silencio entre nosotros. Las luces cálidas de las farolas comienzan a prenderse a nuestra espalda con un parpadeo titubeante. Robert enciende un cigarro y suelta una primera bocanada de humo antes de hablar.

—Gracias por traerme a ver tu sol —dice con su voz grave y aterciopelada. Lo miro, esperando más—. Tu música es mejor de lo que piensas. Mejor de lo que parecía sin las imágenes. Integrada en la película, es perfecta —repite. Es la segunda vez que utiliza ese adjetivo y me siento vibrar de ilusión—. Has hecho algo muy grande, y lo has hecho en las peores circunstancias. Aunque ahora todo esté empañado por lo que sucedió entre ese hombre y tú, con el tiempo verás con claridad que este momento fue un hito en tu carrera.

Le sostengo la mirada. Siento sus palabras calar dentro de mí, una certeza que antes no podía aceptar.

—Es posible, sí.

Robert fuma y la brisa marina dispersa el humo. Su postura es relajada, pero hay algo en la forma en que inclina la cabeza, en cómo sus dedos sostienen el cigarro con más presión de la necesaria, que me dice que está esperando el final.

No quiero que llegue todavía. Tomo aire.

—Antes de que nos separemos —digo—, quiero saber la verdad.

Silencio. Solo el rumor del mar.

—No volveremos a vernos, tal como pediste —continúo, sin apartar los ojos de él—. No después de esta noche. Así que cuéntamelo. Quiero saber tu secreto, porque tienes un secreto, ¿verdad?

Sus labios se entreabren, como si fuera a decir algo, pero no lo hace.

—No puedo —susurra al final.

—Vas a tener que hacerlo —replico, dando un paso más cerca de él—. Cuéntamelo, Robert. El mar se lo llevará.

Él me mira largamente. Durante un instante, creo que va a negarse de nuevo, que va a dar media vuelta y desaparecer sin más. Pero entonces se quita las gafas de sol, las guarda y asiente con la cabeza.

Una vez más, me da lo que quiero, como siempre ha hecho desde que lo conozco.

Capítulo siete

El fin del tiempo



El mar se extiende ante nosotros, cada vez más oscuro, ondulante. La espuma de las olas brilla bajo la luz del atardecer ya moribundo. Caminamos en silencio, con la brisa fría arrebatándome el calor del cuerpo.

Robert lleva las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada. Ha terminado de fumar y ha guardado la colilla apagada en el paquete de tabaco para no tirarla a la arena. Él es así, cuida mucho de todo. De las cosas y de las personas.

Cuando finalmente habla, su voz es más clara de lo que esperaba.

—La verdad, no sé por dónde empezar.

Lo miro de reojo.

—Entonces empezaré yo —digo—. Sé que tocas el piano mejor que nadie que haya conocido. Sé que estás frío siempre. Que no recuerdo haber oído latir tu corazón. Que fumas demasiado y cuando lo haces, respiras, pero cuando no… a veces no lo haces hasta que vas a hablar. Sé que finges beber, pero nunca bebes. Que no te he visto comer. Que no tienes miedo a la muerte ni prisa por nada.

Robert sigue andando, sin interrumpirme.

—Y sé otra cosa —añado—. Oía tu voz en mis sueños.

Se detiene, sorprendido.

—¿Cómo sabías que era mi voz? Apenas habíamos hablado.

—¿Cómo es posible? —pregunto, avanzando un paso hacia él mientras el corazón me late a toda prisa—. ¿Cómo puedes hablar en los sueños de la gente?

—No en todos los sueños, ni en los de todos. Pero pude hacerlo en los tuyos.

—¿Y puedes leer mis pensamientos?

—No exactamente. No los pensamientos como palabras. Pero las emociones… las veo. Las tuyas se extienden a tu alrededor como un aura, tan poderosas que deben ser abrumadoras para ti.

Un escalofrío me recorre la espalda. Lo que dice no debería tener sentido, pero algo en mi interior sabe que es verdad.

—Sí que lo son —reconozco. Luego lo miro otra vez—. ¿Cuántos años tienes?

Hay un largo silencio en el que frunce el ceño y lucha contra sí mismo un instante, igual que hizo en la puerta de su piso.

—Más de los saludables —murmura al final.

Me tomo unos segundos para asimilar eso.

—No eres un… No eres como yo, ¿verdad? Ni como Tami o Jon. No eres… un ser humano normal —me atrevo a preguntar, sintiendo que me tiemblan las manos.

Robert se lo piensa, igual que siempre, y luego niega con la cabeza. Me mira.

—No, no lo soy —dice casi resignado. Hace una pausa—. Es una larga historia.

—Ahora soy yo quien tiene tiempo —le digo, sintiendo el pulso retumbar en mis oídos.

Él asiente despacio y por fin, comienza a hablar de nuevo.

—Nací en Oxford en 1808, en una familia de artesanos. —«Imposible», pienso, pero no digo nada y aguardo a que prosiga —. Te dije que era carpintero, ¿recuerdas? Mi padre fabricaba muebles para los aristócratas y mi madre daba clases de piano. Teníamos una vida sencilla, feliz. Éramos católicos en un lugar donde la fe anglicana era predominante, pero no lo llevábamos mal del todo, en parte por el prestigio de mi padre como artesano, pero también porque profesábamos nuestra fe de manera muy privada.

»Al terminar los estudios, empecé a trabajar en el taller de la familia y, poco a poco, prosperamos. Cuando tenía casi veinte años, nos mudamos a Londres. La reputación de nuestro taller había crecido lo suficiente y había muchas oportunidades allí. El cambio me costó un poco, siempre me han gustado las ciudades más tranquilas, pero me acabé acostumbrando.

Robert hace una pausa y me mira de reojo. Yo le apremio con un movimiento de cabeza.

—Sigue, por favor.

Él asiente y se toma un instante antes de continuar.

—A los ocho años de estar allí conocí a Sati, la hija de un diplomático indio. Hasta entonces no me había interesado el matrimonio, pero ella lo cambió todo. —El tono de su voz, ahora mucho más dulce, no deja espacio a la duda—. Nos conocimos en plena calle: yo iba a recoger un pago para mi padre en el West End y a Sati la estaban molestando unos caballeros. Intervine, y la caballerosidad me costó dos puñetazos, que encajé lo mejor que pude. Entonces ella, con mucha calma, le pidió prestado su bastón a un anciano y golpeó a los dos tipos hasta echarlos. —Se ríe entre dientes—. Me enamoré al instante, y, para mi fortuna, ella también de mí. —Pierde la mirada en el horizonte y hace una pausa antes de seguir—. Durante dos años, vivimos un romance secreto hasta que, cansados de ocultarnos, nos fugamos para contraer matrimonio. —Su postura se tensa, igual que un animal acorralado—. Yo no sabía entonces que había sido elegida por Rakesh, una criatura centenaria, para convertirse en su estirpe.

Guarda silencio otra vez y me mira, como si quisiera comprobar mis reacciones. Yo estoy atónito, todo esto parece una fantasía. Mi mente lo procesa igual que si me estuviera contando una historia, un cuento de hadas, pero no soy capaz de sentirlo real. Debe ser alguna clase de invento con el que Robert se sugestiona a sí mismo, alguna gran metáfora o algo así. Pero el corazón me late deprisa y estoy asustado.

—¿Qué clase de criatura? —me atrevo a preguntar al fin.

La brisa despeina su cabello castaño, perfecto y sedoso, ese que acaricié con avaricia durante nuestra noche juntos.

—Una que existe al margen del tiempo —dice finalmente, con voz queda, como si temiera nombrarlo en voz alta—. Más allá de las reglas del mundo, de la mirada de Dios. Un ser que se alimenta de sangre y que no envejece jamás.

Siento un escalofrío que no tiene nada que ver con la brisa.

—¿Un vampiro? —pregunto, aunque la palabra me suena extraña en los labios y una parte de mí quiere reírse, tomarlo a broma.

Pero no es ninguna broma y él no se ríe.

—Si esa palabra te ayuda a entenderlo, puedes llamarlo así.

—Vale. —Intento asimilarlo, pero no puedo—. Un vampiro. —Tomo aire, sin querer detenerme demasiado a pensar en ello. «Es un cuento, un cuento de hadas»—. Sigue. Os fugasteis.

—Nos fugamos, sí. —Vuelve a perder la mirada en las olas, cada vez más embravecidas—. No teníamos nada, solo el uno al otro, pero creímos que bastaba. No queríamos correr riesgos en Londres, así que viajamos medio día en carruaje hasta Maidstone y nos casamos allí. No fue una gran ceremonia: solo un sacerdote anciano, dos jóvenes del pueblo que se ofrecieron a ser nuestros testigos y nosotros dos. Nos prometimos amor eterno, convencidos de que había un futuro ante nosotros.

Se detiene un momento. Veo la tensión en su mandíbula, el esfuerzo que hace para continuar.

—Entonces, él apareció.

Siento un nudo en el estómago.

—¿Rakesh?

Asiente.

—Surgió de una nube de humo negro, allí mismo, dentro de la iglesia. La luz de las velas titiló, el aire se volvió espeso, cargado de algo que nunca había sentido antes. Y de repente estaba ahí. Era más alto que ningún hombre que hubiera visto antes, con la piel cobriza manchada de sangre, el pelo negro y largo que ondulaba a su alrededor como si fueran tentáculos... Parecía sacado de una pesadilla, un demonio que se movía con la gracia de un rey.

Intento tragar saliva, pero tengo la boca seca. Los ojos de Robert brillan con miedo.

—Se acercó y se rio a carcajadas mientras nosotros tratábamos de huir, presas del pánico —prosigue—. Las puertas se cerraron a un gesto de su mano. Intentó abalanzarse sobre Sati, pero yo me interpuse. Al verme, se detuvo y me dijo: «¿Qué haces? Esta es mi mujer».

—¿Sati lo conocía?

—Sí. Lo reconoció en el instante en que lo vio. Se encogió sobre sí misma y le gritó que se alejara, que la dejara en paz. Me confesó que la había estado atormentando en sueños desde que era niña.

Mi pulso late con fuerza contra mis sienes.

—¿Y qué hicisteis?

Robert suspira, y su voz suena casi rota.

—Intentamos luchar, claro. Pero no sirvió de nada, éramos hormigas contra un tigre. En menos de un minuto, mató a los testigos, mató al sacerdote y mató a Sati.

Siento que el suelo se desmorona bajo mis pies.

—Dios… Lo siento mucho, Robert. Lo siento, de verdad.

—Gracias. Fue hace tiempo, pero aún es doloroso. De todos modos, eso no fue lo peor. —Me mira de reojo—. Pensaba que me mataría a mí también, pero al parecer, mi perseverancia le resultaba divertida. Decidió que yo sustituiría a Sati. Me mordió —continúa, con una frialdad espantosa—. Me obligó a beber de su sangre, y así me convirtió en algo como él.

Las olas siguen rompiendo en la orilla con el mismo sonido monótono de siempre, pero para mí, nada en el mundo sigue siendo igual que hace unos minutos. Desde luego, este puto festival me está cambiando la vida en más sentidos de los que esperaba: me he reconciliado con mi pasado, he conseguido romper con Jon, estoy optando a un premio, me he enamorado de un pianista inglés y los vampiros existen. Ni siquiera se me ocurre un titular para tanta mierda junta.

Tras una pausa necesaria, Robert sigue hablando.

—Después de convertirme, me arrastró con él de regreso a Londres. No me dio opción. Apenas tuve tiempo de entender lo que me estaba pasando antes de verme de vuelta en la ciudad, en un mundo que ya no reconocía como mío.

»Rakesh tenía su centro de poder allí. No se ocultaba en sótanos ni en criptas, como en las historias victorianas. No lo necesitaba. Controlaba a la gente desde lo alto, a plena vista, y aunque el sol le molestaba un poco en los ojos y la piel, no lo destruía, igual que no lo destruía la fe cristiana, de la que se burlaba cada día. A través de su sangre, mi creador había sometido a su voluntad a empresarios, comerciantes, políticos y diplomáticos. Londres era su tablero de ajedrez, y él movía las piezas con precisión quirúrgica.

Miro alrededor, inquieto, y me centro en las palabras de Robert.

—Pero no era el único. Había otro en la ciudad —continúa él—. Un vampiro mucho más antiguo, más poderoso. Su sola existencia era una amenaza para Rakesh. No podían destruirse mutuamente sin desencadenar un caos que pondría en peligro su dominio, así que mantenían una especie de guerra fría, un equilibrio precario entre el miedo y la ambición.

Se detiene un momento y enciende otro cigarro. Lo veo inhalar profundamente, un gesto humano, un reflejo de lo que fue.

—Por eso Rakesh me convirtió. Buscaba ampliar sus filas, hacer crecer su poder. Me quería como su hijo, como su soldado, como su amante, pero por encima de todo, como su posesión.

Algo en su voz se quiebra al decir la última palabra.

—¿Intentaste huir? —pregunto, con el corazón palpitando en mi garganta.

Robert esboza una sonrisa irónica.

—Claro que lo intenté. Al principio me rebelé con cada fibra de mi ser. Quería matarlo, quería matarme, quería cualquier cosa que me alejara de él. Pero el problema con los vampiros es la adicción. Una vez pruebas la sangre de un vampiro —explica—, es como si algo dentro de ti se reescribiera. Su presencia se convierte en algo fundamental. Siempre quieres más. Más de su sangre, más de su atención, más de su amor retorcido que no es amor realmente.

—¿Cómo escapaste? —pregunto débilmente.

Robert exhala el humo y sacude la cabeza.

—No lo hice. No de inmediato. Durante mucho tiempo, fui suyo en todos los sentidos.

Asiento, comprendiendo con angustia. Por eso Robert entiende tan bien algunas cosas, porque las ha vivido en su forma más monstruosa. Dios, y yo quejándome de Jon.

Un estremecimiento de ira me recorre. Ahora sé por qué, desde que lo vi, quise protegerlo. Ahora entiendo los cristales rotos de sus ojos. Este hombre, o lo que sea, ha sido un esclavo de la forma más literal posible. Y es tan injusto…

—Finalmente, la guerra llegó a su fin —sigue diciendo—. Henry Dunsmoor, el rival de Rakesh, le tendió una emboscada y lo mató. Henry tenía recursos, paciencia y más experiencia que él. Lo dejó creerse invulnerable, confiarse, y cuando cayó en su trampa, lo destruyó. Yo aproveché la confusión que vino después, y desaparecí. Pero no tenía a dónde ir. No sabía quién era sin él.

Se cruza de brazos y mira hacia la línea del horizonte, como si pudiera ver los años desplegándose ante él.

—Durante un tiempo, viajé por Inglaterra y Francia, de un sitio a otro, intentando encontrar a otros como yo, pero acabé desesperando. Rakesh me había obligado a matar. Había visto demasiada sangre, demasiada muerte, así que cuando me liberé de él, decidí que nunca más tocaría a un ser humano.

Siento un atisbo de esperanza, pero es fugaz. Robert no sonríe. No hay orgullo en lo que está contando.

—Al principio quise aferrarme a mis principios. Me alimentaba de animales. Era lo único que podía hacer sin odiarme a mí mismo…, pero no era suficiente. Estaba débil, solo, sin contactos, sin protección… Así que cuando encontraba a otros vampiros, a pequeñas comunidades que se formaban aquí y allá, todos querían acabar conmigo.

—Qué cabrones, ¿por qué?

Robert se gira hacia mí, y en sus ojos hay un brillo sereno que contrasta con las terribles palabras que pronuncia a continuación.

—Porque cuando un vampiro consume a otro, su poder crece. Se vuelve más fuerte, más rápido, más dominante.

Tardo un momento en procesar lo que eso significa.

—¿Quieres decir que…?

—Que yo era una presa —dice él—. Y ellos eran cazadores. —Otra pausa—. Finalmente, entendí que no podía seguir así. Tal como lo veía entonces, solo tenía dos opciones: morir como lo que había sido o vivir como aquello en lo que me había convertido. Y escogí lo segundo.

Siento un nudo en la garganta cuando lo dice.

—¿Por qué?

Robert esboza una sonrisa breve, sin alegría.

—Me daba miedo morir. No por la muerte en sí, sino por el infierno. Así que abracé mi nueva naturaleza monstruosa y empecé a atacar a otros vampiros, a devorarlos hasta el tuétano.

Sus ojos relampaguean. Trago saliva, entre el miedo y algo más.

—Había un éxtasis indescriptible en aquello, en matar a los que ahora eran mi propia raza y consumirlos por completo. Al principio me fue bien, pero luego entendí que tenía que rodearme de otros para aguantar los ataques de las comunidades más unidas. Así que creé mi propia comunidad en el norte de Inglaterra y en Escocia. Y por un tiempo… fui el monstruo que debía ser. Algunos me llamaban «el demonio de Hawick» y me parecía bastante descriptivo, la verdad. No merecía otra cosa.

Vuelvo a tragar saliva, sin saber qué decir. Robert da un paso más cerca de la orilla. Su silueta recortada contra el profundo gris del mar, que ya refleja la luna y las primeras estrellas, parece más distante que nunca.

—¿Sabes lo que es abrazar la oscuridad? —pregunta, sin mirarme —. ¿No pelear más contra ella, dejar que te inunde, que te atraviese hasta que ya no eres más que un eco de lo que fuiste? —Niego con la cabeza—. Espero que no lo sepas nunca.

Continúa hablando, sin dramatismo ni adornos, como si esa historia no fuera la suya.

—Podría haber seguido así para siempre, pero, con el paso del tiempo, mi existencia empezó a perder sentido. Establecía vínculos con otros vampiros: amantes, amigos, cosas parecidas a una familia. Sin embargo, nunca era real. Todos esos vínculos estaban contaminados por la sangre —continúa—. No existía nada puro, y mi

fe me atormentaba cada vez que intentaba construir algo verdadero y veía que no era más que una estatua de barro deforme.

Levanto la cabeza, sorprendido.

—¿Todavía creías en Dios?

Robert esboza una sonrisa.

—Y lo sigo haciendo. Pero entonces me aterraba más que nunca —dice—. Estaba convencido de que no tenía redención posible.

Se queda en silencio por un instante, y, por primera vez desde que ha empezado a contarme su historia, parece dudar. Como si lo que viene ahora fuera más difícil que todo lo anterior.

—Cincuenta años después de mi transformación, mis padres fallecieron. Volví entonces a la casa de mi infancia, movido por la nostalgia. Todo estaba igual: el taller de mi padre, las habitaciones, las mismas cortinas… y el piano. Me senté e intenté tocar, pero no pude. No había nada. Las notas sonaban vacías, sin sentido. Como si mis manos ya no fueran mías. Como si todo lo que alguna vez me hizo ser quien era se hubiera desvanecido. No sé qué clase de revelación tuve entonces, pero entendí que vivir a toda costa no era una solución, que si iba a seguir en este mundo, tenía que hacerlo bajo mis propias reglas.

—¿Y qué hiciste? —pregunto con angustia. Necesito algo de esperanza, que todo termine bien para él.

—Volví con mi comunidad y los maté a todos. A cada criatura bajo mi amparo: familia, amigos, amantes, protegidos.

El aire se congela entre nosotros.

—¿Qué?

—Sí. Uno a uno. —Mi estómago se revuelve, pero no aparto la mirada—. Los devoré a todos. —Noto que me estoy mareando, pero trago saliva y permanezco quieto—. Fue un acto compasivo —continúa—. Y, al mismo tiempo, egoísta. Les di un final que no les habría dado nadie más y me aseguré de que nunca volvieran a ser monstruos como yo. Después, fingí mi propia muerte para que los otros vampiros poderosos del sur de la isla me dejaran en paz y se olvidaran de mí, y me marché.

Permanezco callado un momento. Intentando asimilarlo todo.

—Joder —es lo único que puedo decir.

—Sí.

—Necesito un momento —le pido.

Dejamos otro silencio entre los dos mientras espero a que toda esta historia, toda esta maldita locura cobre algún sentido. Sospecho que no lo va a hacer.

Un vampiro. Entiendo lo que ha dicho, pero es como si esa resistencia en mi interior no terminase de ceder. La realidad no puede romperse así, el mundo que conozco no puede ser tan desconocido en realidad, ¿no es cierto?

No lo sé. Ya no lo sé. Suspiro y, sin pensar mucho en por qué lo hago, le doy la mano. Robert me mira extrañado, pero acaba enlazando sus dedos con los míos.

—¿Qué pasó luego? ¿Cómo llegaste a Sitges?

—Después de todo aquello, viajé. Durante un siglo entero, fui de un lado a otro, esta vez bajo mis propias normas… —comienza despacio. Ahora su tono es sereno y ligeramente cálido—. Ya no necesito matar para alimentarme, y tampoco necesito hacerlo con frecuencia. Normalmente, basta con la sangre de animales. Y algunos de mis amigos humanos me dan la suya voluntariamente.

—¿Amigos? —pregunto, sorprendido.

Robert asiente.

—Te dije que me gusta la gente, pero no toda, ni siempre. Tengo buenos amigos aquí y allá, personas a las que admiro y que me aceptan con todos mis defectos y maldiciones. Y también tengo algunos amigos que son como yo: criaturas que nunca dejan de sentir hambre, de desear la sangre. A veces, compartirla es lo más cercano a la intimidad que nos permitimos.

La idea me revuelve el estómago y me fascina a partes iguales.

—En estos años, he visto cómo cambiaba el mundo —sigue diciendo—. Algunas cosas son diferentes, pero no muchas. No tantas. —Su voz se vuelve más baja y melancólica—. Ahora todo el mundo está hambriento. Y no solo de comida o de sangre. La gente quiere más, más de todo. Nadie se conforma con lo que tiene.

Se queda en silencio y aprovecho para reflexionar sobre sus palabras. Creo que tiene razón, aunque no sé explicar por qué.

—Al vivir según mi propio código y relacionarme de nuevo con la gente de manera sincera, volví a encontrar lo que necesitaba para tocar. Las emociones, la compasión, el impulso de expresarme, de manifestar mi existencia en este mundo, de reclamar una identidad. Pero con el tiempo, todo se vuelve cíclico —suspira—. Me cansé de todo, supongo. Fue entonces cuando un amigo me habló de Sitges y decidí venir. Aquí encontré cierta paz. Hay una tranquilidad extraña en este sitio. Quizá tenga que ver con el mar, o con el sol.

—¿Y qué estabas pensando hacer? —pregunto, aunque en el fondo sé la respuesta y no quiero oírla—. Viniste a terminar con todo, ¿no?

—Sí. No es la primera vez que lo considero, pero esta vez parecía definitiva. Al fin y al cabo, el infierno me espera de todos modos, y llegará en algún momento.

La forma en que lo dice, con esa calma devastadora, me hace sentir como si el mundo estuviera desmoronándose a mi alrededor.

—¿Realmente crees que tu destino ya está escrito? A lo mejor no vas al infierno. Quizá ni siquiera exista.

—Puede ser —dice simplemente, pero sé que no se toma en serio mis palabras—. Vuestra película me ha removido muchas cosas por dentro —confiesa en voz baja—. Habla de todo aquello que nunca sentiré. La paz de la muerte, la liberación de partir junto a los seres queridos, de reunirme con mis ancestros…

—Eso no lo sabes —insisto yo.

Robert no me escucha. Hace una pausa y deja escapar el humo.

—Pero también ha subrayado cosas que sí siento. La caricia del sol, aunque escueza un poco, esa quemadura suave. El tacto de la brisa. La conexión en una conversación casual con un desconocido. Un licor que no puedo beber, pero que sí puedo saborear. La música. —Suspira y su voz se suaviza—. Vivimos en un mundo muy hermoso, Álex, y sigue siendo hermoso por mucho que nos empeñemos en destrozar todo lo bueno que hay en él, incluso dentro de nosotros. No es tan fácil acabar con la belleza. —Se mete las manos en los bolsillos, dejando que la brisa le revuelva el pelo—. Quizá no sea tan malo estar en este punto, sin tiempo, fuera del ciclo. No lo sé.

Arrugo el entrecejo, pensando en sus palabras. Al examinar mis sentimientos, me sorprende comprobar que ya no estoy asustado. Impresionado, sí. Fascinado, también. Pero no tengo miedo. Robert me observa con la cabeza ligeramente inclinada, como si intentara descifrar lo que estoy pensando.

—Eso es todo —dice al final—. Ya tienes la verdad que querías.

—Es una verdad difícil. —Él asiente—. Todo esto parece un cuento de hadas macabro. Es fácil no creerlo, y aunque te creo, me sigue pareciendo irreal. Quizá… ¿puedes mostrarme algo que me ayude a sentirlo como verdadero?

Frunce el ceño.

—Podría, pero no voy a hacerlo.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres, que te enseñe los colmillos y las garras? ¿Quieres ver al monstruo que soy? No quiero enseñarte eso, tengo dignidad. Intento tenerla, al menos.

Le sostengo la mirada.

—Pero yo quiero ver también eso de ti.

—Entonces eres idiota.

No me ofendo, estoy demasiado fascinado, demasiado atrapado en la intensidad del momento como para preocuparme por eso.

—¿No quieres morderme? —le pregunto en voz baja.

Él parpadea, una sombra pasa por su rostro.

—Pues claro. Quiero morder a todo el mundo. Quiero beber cada gota de sangre de este país y de este continente. —La crudeza de su respuesta debería asustarme, pero lo único que siento es un escalofrío eléctrico recorriéndome la piel—. Pero es un sentimiento con el que todos los vampiros conviven, y yo estoy muy acostumbrado a contenerme.

Me estremezco por razones que no tienen nada que ver con el frío.

—Ya, no hace falta que lo jures.

—Además, no quiero hacerte daño.

—¿Y si te lo pidiera? —pregunto, sin apartar mis ojos de los suyos—. ¿Si te pidiera que me mordieras y bebieras mi sangre?

—No.

Su negativa es firme. ¿Por qué me gusta que me diga que no? Jon me decía que sí y luego no cumplía sus promesas. Robert, en cambio, me dice que no, pero luego siempre cede. Y eso me encanta.

—Por favor.

—No.

—Vamos, solo un poco.

—Álex, no insistas.

Me coloco delante de él, lo miro con rabia y lo abrazo con todas mis fuerzas. Robert se queda rígido, sorprendido por un instante, pero no se aparta.

—Otórgame este último regalo —susurro en su oído, tan melodramático e intenso como soy, eso que Jon odiaba, eso de lo que Tami se burla—. Déjame sentir lo que es. Muérdeme, Robert. No me importa ser solo una anécdota —susurro—. Lo que temo es que me olvides.

Él tiembla ligeramente en mis brazos, y por primera vez, siento que está perdiendo el control.

Su respiración se vuelve irregular. Sus manos, antes inertes, se aferran a mi espalda con más fuerza de la que esperaba e intenta alejarme de sí, pero yo lo aprieto más.

—Álex… —murmura, y es a la vez una advertencia y una súplica.

—Por favor, muérdeme un poco. Solo un poco.

Lo escucho suspirar y siento el roce de sus labios en mi cuello, un gesto casi tierno, un beso sutil.

—Estás loco. —Su susurro está preñado de deseo. Lo agarro del pelo, apretando su boca contra mi cuello, y entonces lo oigo gemir, grave, contenido..., y el dolor me atraviesa, un relámpago punzante que pronto se convierte en placer y fuego.

Me aferro a él, jadeando. Veo destellos blancos ante los ojos, todas las fibras de mi cuerpo se estremecen. Noto los latigazos de placer en el pecho, en el vientre y entre las piernas cuando él empieza a chupar, bebiéndose mi sangre con una necesidad feroz, intentando mantener el control.

Joder. Es un puto vampiro de verdad.

En medio del vértigo, de la sensación de vacío y plenitud al mismo tiempo, me escucho hablar:

—Quiero quedarme contigo. —Su cuerpo se estremece, lo escucho gemir de nuevo, pero sé que es por la sangre, no por mis palabras—. Estamos unidos —digo, mi voz ahogada de placer—. Desde que te vi por primera vez, hemos estado unidos. Tú también lo sientes, ¿verdad?

El mundo se funde en sombras y luz. Él solo gruñe, bebiendo. Escucho los sonidos húmedos de su boca y siento sus dedos clavándose en mi espalda. La forma en que me toma no tiene nada que ver con lo que hemos hecho esta noche. Ahora no me está saciando a mí, se está saciando él, y eso me hace sentir un éxtasis que me empuja casi hasta las lágrimas. Su aliento arde contra mi piel.

—Tú y yo, tus cristales rotos y mis cenizas… somos fragmentos del mismo tapiz…

Exhalo un gemido, siento que me mareo, pero solo dura un momento.

El mar rompe contra la orilla con un estruendo hueco cuando Robert se separa de mí de golpe, trastabillando como si el mismo acto de alejarse le doliera. Su pecho se mueve con respiraciones irregulares, sus labios están manchados con el rastro oscuro de mi sangre y los ojos le brillan como dos estrellas salvajes. Para la gente del paseo marítimo solo somos una pareja que se ha besado apasionadamente. Lo que ha ocurrido en realidad, eso nadie se lo creería. Pero yo sí. Ahora no me queda más remedio que creerlo.

Aun así, me tomo otro largo rato para asimilarlo todo bien. El rumor del mar acompaña nuestro silencio y el mundo gira a nuestro alrededor como un sueño lento y difuso. Intento encajar esa nueva realidad, pero no encuentro forma de hacerlo. La acabo aceptando casi a martillazos, incrustándola en mi mente y en mi pecho hasta que pueda asumirla, si es que puedo hacerlo alguna vez. Pero hay algo que sí tengo claro:

—Quiero quedarme contigo —repito, más consciente que nunca.

—No. No quiero esto —murmura, su voz entrecortada, como si aún sintiera el eco de lo que acaba de hacer—. Ni para ti, ni para mí.

Al ver su expresión, entiendo que no esperaba esas palabras. Parece confundido, asustado, como si de pronto no le gustara lo que ve. Me paso la mano por el cuello. Aún me arde, pero la sensación no es nada comparada con el frío que siento al verlo así.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque siempre termina mal —susurra, más para sí mismo que para mí.

—Quizá esta vez no termine mal. No tienes por qué ir al infierno cuando mueras. Al conocernos me dijiste que no todo estaba escrito, que tuviera fe… Todas esas cosas, ¿las creías de verdad, o solo eran palabras vacías? —Me mira, desconfiado, como si le estuviera tendiendo una trampa—. Dijiste que la esperanza no hay que perderla nunca. No la pierdas tú tampoco —le pido en voz baja.

—No lo entiendes.

—Sí, puede que no lo entienda. Siempre he elegido lo malo —le confieso, con la garganta cerrada—. Pero contigo… Contigo, lo malo no parece tan malo. Ya sé que soy dependiente, que tengo problemas, que siempre necesito engancharme a alguien, pero esto es diferente. Esto me parece una decisión, ¿sabes? No una inercia. Quiero quedarme contigo, aunque seas… —me toco el cuello—. No sé. Lo que seas. Quiero que intentemos estar juntos.

—No. Tenemos un acuerdo. Después del festival, te irás —insiste con dureza.

—Muy bien —digo, mirándolo—. Cuando acabe el festival, me marcharé. Pero volveré. ¿Cuándo quieres que regrese? Quizá dentro de unos meses…

Robert se tensa de inmediato, sus ojos centellean con miedo.

—No.

—Vale, ya veo, eres una criatura inmortal, necesitas tiempo para asimilar todo esto. ¿En un año?

—No.

—¿En dos?

—No.

—En tres, entonces.

Silencio.

—¿Cuatro? ¿Cinco?

Robert sigue sin responder. Resopla y aparta la mirada, la fija en el horizonte, en el punto exacto donde el cielo y el mar se funden.

Sonrío un instante.

—Lo tomaré como un sí.

Él no se mueve.

—Dentro de cinco años —digo, con un tono más suave—, si aún existe este vínculo entre nosotros, volveré. Y espero verte de nuevo.

Aguardo un momento, esperando algo, lo que sea. Que lo niegue, que lo acepte, que me mire. Él guarda silencio, pero que no discuta más es lo que espolea mi fe.

Doy un paso atrás, preparándome para marcharme.

—No dices nada, lo entiendo. De verdad. Ahora que sé tu historia, joder, lo entiendo. Así que vamos a dejarlo así. No necesito una respuesta —añado al final—. Tengo esperanza. Y eso me lo has devuelto tú.

Me giro, dispuesto a irme con esa llama y nada más, pero entonces, su voz pronuncia mi nombre.

—Álex.

Me doy la vuelta. Esperanza.

Me está mirando. El viento ha arreciado y agita la chaqueta de su traje perfecto además de sus cabellos. Sus ojos derraman ternura.

—Aunque creas que no, sí eres suficiente —dice con calma—. Antes o después lo verás. Eres tu propio sol. No necesitas dar vueltas alrededor de nadie.

Lo observo una última vez, queriendo grabarme su imagen. Ahí está mi vampiro, el que un día fue una bestia salvaje pero escogió la serenidad. Siento que no hay nadie más confiable que alguien que, pudiendo desplegar todo su poder para obtener cuanto quiere, decide quedarse tranquilito tocando el piano en Sitges. Sea un vampiro o no.

—Te creo, pero aún tengo que demostrármelo a mí mismo. —Robert no despega sus ojos de mí. Luego hace un gesto afirmativo con la cabeza—. Cinco años serán suficientes —añado con humor.

Por primera vez en toda la conversación, Robert ríe, y esa risa me ilumina el corazón más que cualquier luz.

—Ya veremos —dice, con ese tono enigmático que tanto le gusta usar para hacerse el interesante.

Me quedo mirándolo un momento más y luego, sin añadir nada, me doy la vuelta y camino de regreso a la ciudad. Es suficiente. Más que suficiente.

La brisa marina sigue soplando a mi espalda mientras me alejo. Sigo caminando, dejando la playa atrás, sintiendo cada paso como si estuviera atravesando una frontera invisible.

Cuando llego a la fiesta del estreno, ya hay gente por todas partes y un murmullo constante de conversaciones, de brindis, de felicitaciones. Tamara está de pie junto a la barra, riéndose de algo que alguien ha dicho, su copa en la mano, su vestido oscuro brillando bajo las luces.

Se gira y en cuanto me ve, su sonrisa se ensancha.

—¡Ahí estás! —No le doy tiempo a decir más. La atrapo en un abrazo y la levanto del suelo, girando con ella entre mis brazos—. ¡Eh, suéltame! —protesta entre risas.

Pero no lo hago. La felicidad me desborda, hay un júbilo extraño, un alivio, en la plenitud de este momento, en su risa, en la calidez de su cuerpo contra el mío. Cuando la dejo en el suelo, me mira con una ceja arqueada.

—¿Tú qué has hecho, eh? ¿Has tenido una buena despedida con el pianista?

Me río, sin responder.

—Algo triste, pero esperanzadora —resumo—. ¿Y por aquí, qué tal?

—Genial. Tus compañeros son muy majos. Todo el mundo dice que vas a ganar.

—No voy a ganar, pero no importa. —Miro a mi alrededor. El festival, las luces, la música, la gente… De pronto ya no estoy nervioso por nada, todo parece en su sitio, como piezas encajando al fin cuando un engranaje gira—. Estar aquí ya es una pasada. Y sobre todo, estar contigo.

Tamara sonríe.

—Venga, anda, vamos a beber algo. Tenemos mucho que celebrar. Y mucho de lo que hablar.

Nos dirigimos a la barra y, mientras pido una copa para mí, siento cómo todos los fantasmas desaparecen, el pasado se diluye y el futuro deja de ser un monstruo para convertirse, simplemente, en una posibilidad.

Capítulo ocho

Lo mejor



Septiembre de 2002, Madrid

—No entiendo una mierda, Tami. ¿Cuánto era de azúcar?

El altavoz del móvil escupe su risa enlatada.

—A ver, Álex, hijo mío, presta atención. Es un bizcocho, no ciencia espacial.

Bajo la mirada a la encimera y observo el bol con los ingredientes frente a mí.

—Sí, bueno, pero repíteme, anda.

—Tres huevos, doscientos gramos de azúcar, doscientos gramos de harina… ¿Por qué no lo apuntas?

Me froto la frente con la manga de la sudadera.

—Joder, no tengo harina.

—Pues baja a comprar.

—Lo que voy a comprar es una tarta.

—¡De eso nada! —exclama ella al otro lado de la línea—. Cumples treinta y tres, es un número importante. Ahora que por fin te has liberado de toda la toxicidad de tu vida, cuando estás en el momento más dulce, tienes que demostrar que eres un adulto pleno y funcional. ¿Y qué mejor manera que hacerte tu propia tarta?

Me echo a reír.

—Te pones épica con cualquier cosa, tía.

—No es épica, es justicia poética. Te lo mereces, y yo también.

—Es solo un bizcocho.

Tamara suspira con dramatismo.

—Haz lo que quieras, pero como mañana llegue a tu casa y me encuentre una tarta comprada en el Alcampo, te juro que no me la como.

Me río entre dientes.

—No me subestimes, me la puedo comer yo solo.

—No me cabe duda.

—Oye, por cierto, ¿a qué hora llegáis tú y Ferrán?

—Un momento, voy a mirar los billetes.

Se escucha ruido en la línea, el tintineo de algún vaso y el sonido de pasos en el suelo de su casa. La oigo llamar a gritos a Ferrán y sonrío a medias. Me quedo esperando, el teléfono sujeto entre el hombro y la oreja, y dejo la cuchara de madera en el bol para limpiarme una mano sucia de azúcar y huevo. Debería haber comprobado que tenía de todo antes de empezar a cocinar, la verdad.

En fin. Cosas que pasan.

Miro alrededor, satisfecho, mientras espero a que Tami vuelva a la conversación. Este es mi hogar, al fin. Un hogar de verdad.

El año pasado, con el dinero ahorrado con mucho esfuerzo, trabajo y los derechos de cientos de *jingles* publicitarios a mis espaldas, compré un pequeño piso de dos habitaciones en el barrio del Pilar, nada ostentoso, pero completamente mío. Decorado como quiero, con mis libros apilados en la estantería, mi piano junto a la ventana y los cuadros de Tamara en el salón, junto a nuestra foto con Loïc, que tiene, por supuesto, un lugar de honor.

Este año ha sido bueno. Además del dinero por componer música para publi, he ganado varios premios por la banda sonora de *Zimna krew*, una película de vampiros polaca, y he sacado un disco alabado por la crítica que no se está vendiendo nada, pero me da igual. Estoy contento. Orgulloso.

Los martes y jueves como hoy, doy clases de piano a niños y niñas, intentando ahorrarles los traumas que me provocaron a mí en

el conservatorio. Vivo solo, pero es una soledad tranquila, una que he aprendido a apreciar.

Tamara y yo nos vemos al menos cuatro veces al año. Ella se ha vuelto a mudar a Barcelona y lleva ya bastante tiempo con Ferrán, un chico guapo y tranquilo que la adora. Me gusta para ella. Son un buen equipo.

El sonido de su voz en el Nokia me devuelve al presente.

—Vale, ya lo tengo —dice Tami—. Llegamos a Madrid mañana a las diez y media en el puente aéreo.

—Genial, pues os recojo en el aeropuerto.

—Perfecto. ¿Y entonces? ¿Qué pasa al final? ¿Bizcocho casero o humillación pública en el Alcampo?

Abro la boca para responder cuando suena el timbre.

—Espera, que llaman.

—¿Uno de tus alumnos?

Frunzo el ceño, sacudiendo la cabeza mientras camino hacia la puerta.

—No, Laura ya se fue. Igual se ha olvidado algo, espera.

Abro sin mirar, y de pronto, el aire se me congela en el pecho.

Dios. Diosdiosdios. Es Robert.

Me lleva unos segundos asimilarlo.

Está ahí, de pie, en el umbral de mi apartamento, vestido con uno de sus impecables trajes oscuros y sus gafas de sol.

Mi cerebro se queda en blanco. Durante un momento no sé si estoy despierto o soñando. Me doy cuenta de que sigo sujetando el móvil cuando oigo la voz de Tamara al otro lado de la línea.

—Álex, ¿qué pasa? ¿Holaaaa?

Trago saliva, apenas puedo formular las palabras. Me llevo el móvil al oído otra vez.

—Luego te llamo, Robert está aquí.

—¡¿Cómo que Robert…?!

Cuelgo sin esperar a que termine de hablar y parpadeo con fuerza. Él sonríe a medias.

—Bueno, ¿vas a invitarme a pasar o no? —pregunta.

—¿Qué? —Joder, claro. Es un vampiro. Tengo que invitarlo a entrar, ¿no? Doy un paso atrás, abriendo la puerta—. Sí, sí, por

supuesto. Bienvenido. Pasa, por favor.

Él se queda quieto por un momento y luego cruza el umbral. Lo observo alucinado mientras se quita las gafas de sol y mira alrededor, recorriendo mi apartamento con los ojos, bebiéndose cada detalle: la decoración un poco excesiva, de *hippie* trasnochado, mis libros en la estantería, el piano en la esquina del salón. Sus ojos pasan sobre cada objeto con una atención casi reverencial, incluso sobre el gotelé de las paredes y las cortinas horribles que venían con el piso y que prometí cambiar hace meses pero que siguen ahí.

Entonces, sus ojos vuelven a mí.

—¿Interrumpo algo? —pregunta, señalando la cuchara de madera que aún tengo en la mano.

Me miro la mano como si no recordara que tengo extremidades.

—Ah. Yo… Intentaba hacer un pastel de cumpleaños —le explico, sintiéndome ridículo de repente—. Mañana cumplo treinta y tres.

Robert me estudia con su intensidad habitual.

—Una buena edad.

—Vale, tengo que preguntarlo… Si no te hubiera invitado a pasar, ¿qué ocurriría? ¿Te habrías desintegrado, o…?

Se ríe entre dientes y me mira con sus ojos brillantes y feéricos. Siento que me está estudiando a fondo, no solo por fuera, sino por dentro.

—Estás igual que hace cinco años.

Suelto una risa baja.

—Algo menos neurótico, espero.

—Por entonces tenías muchas emociones y poca gente dispuesta a escuchar. Espero que lo segundo haya cambiado —responde sin más. Me encanta recibir estos refuerzos positivos en cuanto abre la boca. Supongo que esa es la magia de Robert. Que es muy buena persona, aunque beba sangre y todo eso.

—Esto es una sorpresa. Una sorpresa agradable —aclaro rápidamente—. Aún falta un mes para que se cumplan los cinco años.

—Lo sé —dice con una leve inclinación de cabeza—. Pero consideré que ya te había hecho esperar demasiado. —Deja la frase suspendida en el aire, como si no quisiera darle más peso del

necesario. Luego, su voz desciende apenas un tono—. Si es que aún estabas esperando.

Cierro los dedos alrededor de la cuchara. Mi corazón, que había ido recuperando su ritmo poco a poco, vuelve a acelerarse. Su mirada de vidrieras rotas se fija en mí y de nuevo siento que solo quiero abrazarlo, protegerlo, tenerlo cerca siempre.

—Sí. —Mi voz no tiembla—. Siempre. No he dejado de pensar en ti.

Robert asiente despacio.

—Estupendo, porque de lo contrario estaría haciendo el ridículo presentándome aquí sin avisar. Lo cual era una posibilidad.

—Dudo mucho que tú puedas hacer el ridículo nunca —reconozco—. Y menos viniendo a verme.

Robert me agradece las palabras con un nuevo gesto de cabeza.

—Recuerdo muchas cosas de hace cinco años, de todo lo que hablamos —me dice—. Pero lo que más recuerdo es eso que repetías de vez en cuando, que siempre eliges lo malo.

Sus palabras resuenan en mí, trayendo de vuelta aquellos días tan difíciles, todo lo que parecía explotar en mis manos a cada paso: Tami, Loïc, Jon, la nominación… No gané, pero salí renovado. Y sí que me llevé el premio dos años después con otra banda sonora, e incluso le estreché la mano a Jon.

—Por entonces lo pensaba, aunque ahora ya no.

Él me mira de forma estudiada.

—Entonces, ¿crees que ya estás preparado para elegir lo bueno?

Sonrío.

—Estoy preparado para lo mejor. —Él asiente y sonríe a su vez, entrecerrando los ojos con el gesto. Siento que el pecho va a explotarme—. Vale, solo por aclararlo, para asegurarme de que no me estoy montando ninguna película… ¿Te refieres a…? —Nos señalo—. ¿Tú y yo?

Robert alza la ceja y se echa a reír.

—Sí, Álex, me refiero a tú y yo.

Dios, ¿por qué está de pie en medio de mi salón, mirando uno de los cuadros de Tami? ¿Por qué no nos estamos besando ya? «Bueno,

es que él no es así», me recuerdo. «Él va despacio hasta que lo agobias tú, Álex. Pero está aquí. Eso ya es un puto milagro».

—Vale, estoy preparado —digo con determinación—. ¿Cómo lo vamos a hacer? ¿Vas a convertirme en vampiro?

Él me mira, casi escandalizado.

—¿Qué? No, claro que no. No quiero hacer eso.

—Ah, vale.

—¿«Ah, vale»? ¿Eso es lo que tienes que decir? Eres increíble. —Se ríe por lo bajo y añade—: No, nada de convertirte. Si queremos intentarlo y que sea bueno de verdad, si queremos que sea lo mejor…, entonces ninguno de los dos tiene que ser otra cosa que lo que es.

Asiento con fuerza.

—Muy bien. Pues te informo de que soy alguien que no sabe hacer una tarta.

—Yo tampoco.

—Estupendo. Y… ¿cuánto tiempo te vas a quedar? Porque te quedas aquí, ¿no?

—Podría quedarme, si tú quisieras.

—Sí que quiero. Por tiempo indefinido, ¿qué te parece eso? —Él asiente con la cabeza—. ¿Y tu equipaje? ¿No traes nada?

—No te preocupes por eso.

—¿Hay algo de lo que me tenga que preocupar?

Robert me observa un instante antes de responder.

—Solo de dónde quieres que sea nuestra primera cita.

Esto es real. Está pasando. Dios, qué vértigo.

Camino hasta la estantería, cojo un par de vasos y sirvo *whisky* para mí y ginebra para él. Luego, tras un momento de duda, me corto un dedo con la navaja del sacacorchos y dejo que unas gotas de sangre caigan en la bebida de Robert.

Él no dice nada, pero veo cómo sus ojos relampaguean.

—Nuestra primera cita es aquí y ahora —le respondo.

Robert coge el vaso, lo levanta en un brindis silencioso y, esta vez, sí bebe. Nos sentamos en el sofá, con el eco de cinco años de espera vibrando en el aire. Él alarga el brazo sobre el respaldo y

cruza la pierna, ocupando el espacio con su presencia serena, sólida y reconfortante.

—Y bien… —Dibuja una sonrisa apenas perceptible—. ¿Cómo te ha ido?

Suspiro, satisfecho, con la seguridad de que, esta vez, elijo lo mejor.

Y lo mejor para mí es un vampiro de doscientos años.

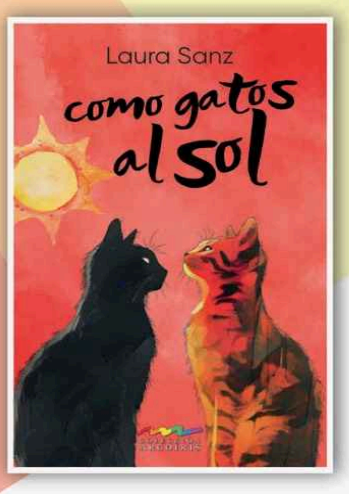
Y mientras hablamos y bebemos, detenidos en el tiempo, siento que una música suave suena de fondo en mi mente, arpegios enredándose, como en una banda sonora. Y la luz a través de las ventanas parece la iluminación de un plató, suave, color ámbar, fingiendo una tarde más cálida de lo que será ninguna tarde real. Y casi puedo ver cómo la cámara se aleja, encuadrándonos a los dos, captando apenas la risa suave y maravillosa de Robert, más lejos, más lejos, como un espectador que se marcha deseando lo mejor a los protagonistas de una peli lo bastante buena como para ser recordada.

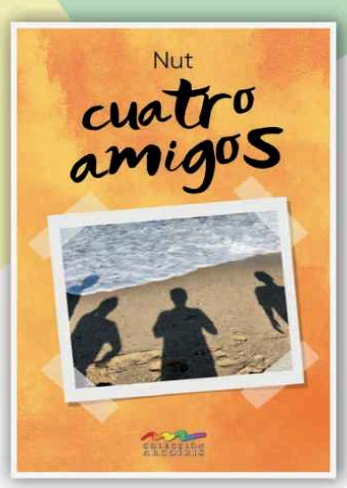
Y todo se emborrona. Y todo es perfecto hasta fundirse en negro.

Acerca de la autora

Hendelie es una autora de terror, cifi, fantasía y romance LGBT afincada en Madrid. Dio sus primeros pasos en el ámbito de la poesía y los relatos durante la adolescencia y publicó su primera novela, “Fuego y acero”, en 2012. Varios de sus relatos han sido seleccionados en diversas antologías como "Ailofiu" (Khabox Editorial, 2015), "Érase otra vez" (2019) o "Fandom Of Our Own" (2020). En 2022 inició el proyecto *Slowbooks*, una forma de autopublicación sostenible con un enfoque artesano. En 2023 ganó el Premio Avenida a mejor libro autopublicado con la antología de relatos de terror LGBT "Sangre, musgo, sombras". En 2024 publicó “Sangre, musgo, sombras - volumen 2” con el que participó en la Feria del Libro de Vallecas, y en 2025 el relato de terror y romance “Tempus est iocundum”. Actualmente sigue explorando la combinación de terror con romance tanto en relatos de ambientación gótica como contemporánea, publicando fanfics y trabajando en el mundo editorial.

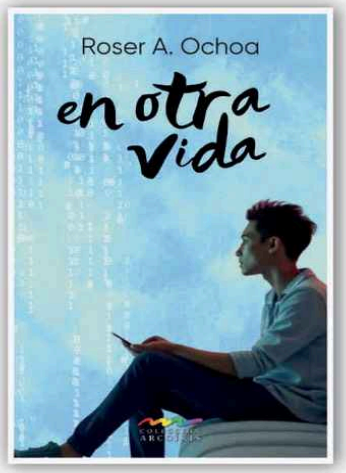


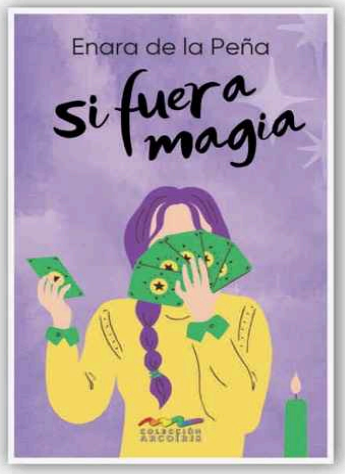












COLECCIÓN
ARCOÍRIS